LITERATURA
Y
(DE)FORMACIÓN
NACIONAL

ECHEVERRÍA
MÁRMOL
SARMIENTO
LUGONES

Rodolfo Schweizer
2008

A mis hijos Federico y Melina

INDICE

1. Discurso y formación nacional 1

2. La generación del 37 y sus mitos..... 28

3. Echeverría y Mármol: La ficción como anticipo del modelo nacional..... 51

4. Sarmiento: El modelo como imitación 67

5. Leopoldo Lugones: La desilusión con el modelo 85

6. Literatura y deformación nacional.....105

Obras citadas.....106

PRÓLOGO

Nación. Nacionalidad. Nacionalismo. Ser nacional. Lo nacional. Conceptos por los cuales los hombres mueren y se matan. Productos de la evolución del miedo ancestral ante lo desconocido; de la necesidad de diferenciarnos colectivamente; de creernos únicos ante el mundo; del egoísmo colectivo para salvarse ante la vida y del resto de la humanidad.

Nación. Nacionalidad. Nacionalismo. Ser nacional. Lo nacional. Productos aleatorios de la civilización o la cultura para ajustar la convivencia entre los hombres; para mantener el control sobre la sociedad; para poder defender legalmente los intereses personales y de grupo.

Y en el medio de todo esto las narrativas para justificarlo. Las orales para crear un tiempo mítico y de leyenda que nos legitime en el tiempo; las escritas para legitimarnos históricamente ante el "otro" o "los otros".

Nación y narrativas: creaciones humanas al servicio una de otra, para asegurar el futuro en nombre de las utopías que cada sociedad inventa.

Sin embargo, ante todo esto, el poema "Alta traición" de José Emilio Pacheco para poner las cosas en su lugar y salvarnos:

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
fortalezas,
una ciudad deshecha,
gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
-y tres o cuatro ríos.

Al menos nos justificará como para poder decir "Aquí estuve; por aquí he pasado. Fue lo único realmente mío".

1

DISCURSO Y FORMACIÓN NACIONAL

Narrativa[1] **y nación**

En su afán de influir en la formación de los estados nacionales, la literatura fue, históricamente, una herramienta más de las tantas utilizadas para apoyar la formación de los mismos o explorar sus formas temporales. La poesía, el cuento, la novela y el ensayo, vistos como narrativas en general, no pocas veces han cruzado su límite estético, para explorar la realidad social con el fin de influir en el desarrollo nacional, poniéndose en ese movimiento intencional al servicio de los grupos en pugna por el poder.

En la investigación de la relación entre narrativa y nación surgen de entrada algunos conflictos. El primero es de representatividad. Teniendo en cuenta que toda obra surge de un individuo, es lógico pensar que ella responde a la ideología de su creador y, de una manera u otra, representa la visión de su grupo social de pertenencia. Este factor social limitante, lleva a preguntarnos hasta qué punto la producción literatura de un individuo, grupo o generación puede considerarse como "nacional." Naturalmente, de serlo, se debería asumir que esa narrativa representa y articula los valores de toda la sociedad de su tiempo, algo que es dudoso cuando la misma proviene de sociedades estratificadas y fragmentadas en clases y grupos étnicos, religiosos o de cualquier otro tipo. La realidad es que la producción literaria no representa una práctica cultural de las mayorías. En otras palabras, es una práctica segmentada que se localiza en los sectores intelectuales o letrados de aquélla, que en general coinciden con los sectores minoritarios que definen qué se entiende por literatura, qué se produce y cómo se distribuye. En otras palabras, con los sectores de poder. El hecho de que así sea en la práctica, privaría a toda literatura del derecho a considerarse "nacional".

De todas maneras, estas limitaciones no impidieron que la literatura se inmiscuyera en el tema de formación nacional. Sin embargo, el paso no fue gratuito, ya que al involucrarse en lo nacional desde distintas perspectivas, lejos de aportar estabilidad al objeto que la ocupaba –la formación nacional o la idea de "nación"- lo que logró es aumentar la inestabilidad de ésta. El resultado de ese afán es por lo tanto negativo; un discurso ambivalente que Bhabha asimila a la doble faz de una deidad, Janus: por un lado uno interesado en afianzar los elementos significantes que dan identidad a una nación y, opuesto a éste, otro que expone los signos o elementos todavía transicionales que la niegan, porque son parte de una historia incompleta (Bhabha 2-3). No menos tajante es Jameson, "ya que el discurso, como signo, evidencia no sólo la presencia de uno o varios referentes, sino también la ausencia o exclusión de otros, lo que revelaría su no-inocencia, independientemente de la voluntad del escritor (Jameson 98).

La ambivalencia en torno al concepto de "nación" surge, según Bhabha, del hecho de que la cultura no es unitaria, ni uniforme, posición con la cual coincide Raymond Williams. Esta falta de unidad cultural impide una visión social única en torno a la idea de "nación" o, lo que es lo mismo, favorece una multiplicidad de ideas en torno a la misma, que operan cuestionándose unas a otras. Esto, según Williams, no es otra cosa

[1] Por "narrativa" entendemos al conjunto de discursos que coexisten en una sociedad, sean escritos o hablados, en todo lo cual el texto literario es, obviamente, uno más.

que el resultado de una superposición cultural, donde a la aparente vigencia de una cultura dominante con su propia idea de "nación," se le superponen otras residuales y aun otras emergentes, aún no consolidadas y en conflicto entre ellas (Williams 121-125). La situación se agrava aún más si se tiene en cuenta que esas divisiones no son estáticas, sino dinámicas, con lo que se crean zonas de superposición e intercambio cultural, a través de las cuales se intercambian constantemente elementos y valores culturales que, a su vez, ofrecen nuevas posibilidades de representación, al facilitar la incorporación de otros sectores sociales (Bhabha 4).

Ahora bien, el estudio de algunas obras del pasado relacionados al tema de formación nacional, como aquí se plantea en relación a la obra de Echeverría, Sarmiento, Mármol y Lugones, genera otro problema, que Luis Montrose define como una dicotomía: por un lado, la historicidad del texto y, por el otro, la textualidad de la historia. Lo primero ve al texto como producto cultural de un periodo histórico. Lo segundo sugiere la idea de una manipulación; la posibilidad de que lo que se nos presenta sea producto de una transacción e interés personal, donde entraron en juego procesos complejos y sutiles de preservación o eliminación voluntaria de información (Montrose 23). Si, como dice Hayden White, por el hecho de que "el historiador se ve forzado a interpretar y a llenar los vacíos en su información a través de inferencias especulativas, toda narrativa histórica es una mezcla de eventos adecuada e inadecuadamente explicados" (White 51), debemos concluir que en toda obra del pasado, sobre todo en las que se relacionan al tema que nos ocupa, hay una parcialidad difícil de evitar, producto del interés de los autores en influir en la subjetividad social[2]. En definitiva, este interés personal lleva al escritor a incluir o excluir actores sociales y a deformar su representación, con la finalidad de promover un modelo compatible con su ideología y la de su grupo de pertenencia. Naturalmente, la narrativa latinoamericana no es una excepción a los planteos de Montrose o de White.

Jean Franco sostiene que los sectores intelectuales de la región latinoamericana se apropiaron de la literatura hasta bien entrado el siglo XX, con el fin de explorar soluciones imaginarias a los problemas que la evolución nacional les planteaba (Franco 204). En el caso particular de la Argentina, esa múltiple funcionalidad de la literatura fue aprovechada por los autores arriba mencionados para promover sus visiones parciales de la sociedad de su tiempo, no sin antes incurrir en los vicios de que habla Montrose. Así, al revés de la función que a la literatura se la hizo cumplir en Europa, como la de promover o consolidar un modelo de formación armonizado con la cultura política de la sociedad, en Argentina sirvió para distorsionar la visión sobre la realidad con el fin de apoyar un modelo de deformación nacional. No otra visión alimentan en sus obras literarias Echeverría y Mármol con sus prejuicios de clase alta contra los sectores empobrecidos, Sarmiento con su teoría determinista para condenar al gaucho y Lugones con su desprecio a las mayorías. Su objetivo fue claro: exonerar a los grupos privilegiados de sus responsabilidades históricas por el atraso y culpar a los desposeídos por la involución política, para así justificar un gobierno a cargo de las elites ligadas a los sectores tradicionales de poder. El objetivo lo lograron una vez derrocado Rosas, cuando la oligarquía tomó las riendas del poder a partir de 1860.

[2] "Todo significado deriva del poder del lenguaje para hechizar a la inteligencia con la promesa de un significado que puede probarse, por medio de un análisis, que es arbitrario y espurio" (White 278)

No es difícil definir los estadios consecutivos por los cuales pasaron las narrativas, literarias o no, relacionadas a la construcción de un modelo de formación nacional en el Plata. Su uso para promover un modelo de formación nacional liberal arranca en el siglo XVIII, cuando se apropia de los postulados del iluminismo francés para justificar éticamente un modelo inspirado en los eslogans de libertad, igualdad y fraternidad. Las promesas de la Revolución Francesa y la Norteamericana, esta última generando la idea utópica de un progreso sin fin, alimentan por entonces las aspiraciones de quienes buscaban una alternativa independiente frente a España. Con todo este bagaje ideológico se llega a 1810.

Sin embargo, lograda la independencia, lo que sigue no es la construcción de un estado basado en los mitos del siglo XVIII, sino la dictadura de Rosas, que implica el fracaso del proceso. Esto da origen al segundo estadio en la evolución de la narrativa de carácter ideológico en el Río de la Plata: la de la resistencia y denuncia de la dictadura, cuyo mejor ejemplo es El matadero de Echeverría y Amalia de Mármol y la de promoción de un modelo alternativo, como lo es el Facundo de Sarmiento y El dogma socialista de Echeverría. Para 1830 algunos principios, como los de igualdad y fraternidad, habían sido dejados de lado. Las nuevas elites rioplatenses ya no admiten como iguales a quienes, según ellos, habían consentido la dictadura: la mayoría del pueblo argentino. Quedaba así justificada la necesidad de un gobierno elitista en nombre del progreso. Echeverría, Sarmiento y Mármol, nombres claves de la Generación del 37 y a quienes nos referimos aquí en particular, atestiguan con su narrativa el arribo de esa nueva ideología en la primera mitad del siglo XIX, cuya perspectiva define el modelo liberal, elitista y excluyente que siguió a Rosas.

Implementado el modelo propuesto en el Dogma y en Facundo, hacia 1900 se tiene el tercer periodo narrativo, el del desencanto con la modernidad, no porque se estuviera en desacuerdo con ella, sino por sus efectos no deseados. Nos referimos aquí al periodo que arranca hacia 1880 con la llegada al poder de Julio A. Roca, que inaugura el periodo político del poder oligárquico, más o menos estable, ideológicamente positivista y anticlerical en esencia, en el cual se sucedieron, por un cuarto de siglo, nueve presidentes elegidos de manera cuestionable. Hoy, a todos quienes encabezaron y sostuvieron ese proceso se los reconoce como la Generación del 80, un grupo inspirado en una visión elitista del poder, herencia de las influencias de "orden y progreso" de Auguste Comte, el sucesor ideológico de Saint Simon. A sus políticas se debió la implementación de una modernización acelerada que llevó a que el país entrara en la órbita de la división internacional del trabajo; que se abriera incondicionalmente al capital extranjero; que se impulsara la inmigración con el fin de abastecerse de mano de obra barata para, de paso, "europeizar" el país, a cuyo pueblo se creía básicamente bárbaro e incapaz industrialmente; que se implementara la educación gratuita y laica, no tanto para formar ciudadanos intelectualmente libres, sino para abastecer de mano de obra alfabetizada y disciplinada a la industria.

Sin embargo, así como en la superficie el país pudo exhibirse como uno de los más adelantados en Latinoamérica, también es cierto que el costo social fue significativo. Efectivamente, la modernidad fue acompañada con el crecimiento anárquico de la urbe portuaria; el aumento del marginamiento social, cuyo mejor exponente era el conventillo; el aumento de la prostitución, alimentada por el exceso de mujeres solteras y la escasez de hombres, muertos en las luchas internas, en la Campaña del Desierto y en la Guerra de

la Triple Alianza. No menos patético era el escenario cultural, jaqueado por la influencia de millones de extranjeros, que habían hecho de Buenos Aires una Babel.

En el otro lado, en cambio, el sacrifico de los sectores populares no fue compartido por los sectores altos de la sociedad. Aquí se competía por ver quién se asimilaba más a lo europeo, por quien construía el mejor palacete, por el boato y la ostentación. Lejos estaba de los intereses oligárquicos cualquier idea de inversión y desarrollo que hubiera significado la construcción de una economía autónoma de los poderes económicos externos. No resulta extraño entonces que, en esa sociedad polarizada entre la marginación y la opulencia irresponsable, la evolución hacia la modernidad se diera en un contexto socialmente turbulento y constantemente jaqueado por revueltas militares y huelgas. Revoluciones como las del 90, por nombrar una, y la semana trágica de 1919, con un gobierno supuestamente popular, atestiguan del estado calamitoso en que el proceso de modernidad se desarrollaba.

Obviamente, esos desequilibrios no fueron intrascendentes en el campo literario. Desequilibradas las elites intelectuales por el proceso antes descripto, las narrativas del periodo reflejan la inestabilidad ideológica y emocional del escritor local frente a un proceso sobre el cual se había perdido el control. Quizás Lugones, que vivió esa transición sin asimilarla y comprenderla (lo que explicaría su pasó de positivista y socialista en su temprana juventud a fascista y reaccionario al fin de sus días), sea el mejor ejemplo de esa desesperación seudo aristócrata frente a un país y una sociedad que se les escapaba en busca de su propio destino histórico. Sus obras reflejan la angustia política que acompañó a las elites intelectuales ligadas al poder oligárquico que, no comprendiendo las leyes naturales de evolución del sistema capitalista, creyeron que hubieran podido usufructuar los beneficios de un nuevo sistema económico abierto a la competencia, manteniendo las incongruencias de un sistema arcaico como el oligárquico. Justamente, porque Lugones es el caso más extremo de ese desajuste intelectual e ideológico, es que aquí le dedicamos su propio espacio[3].

El uso de la literatura con fines extra literarios por parte de Echeverría, Sarmiento, Mármol y Lugones confirma la capacidad de la literatura para ir más allá de lo estético, con la intención de influir en la sociedad y en el destino nacional. Esto no es nada nuevo ya que, como sostiene Montrose, la literatura no es sólo socialmente producida a través de un "autor," sino que también es productiva socialmente; que por un lado es el producto de un trabajo personal, pero por otro también hace un trabajo durante el proceso de ser leído (Montrose 23-24). Por lo tanto puede ser utilitaria a los fines que un autor o un grupo considere conveniente. Esto hace que los textos, en tanto manifestaciones o expresiones de las relaciones sociales vigentes en una sociedad, no sean inocentes frente a la historia porque, voluntariamente o no, expresan relaciones históricas de tiempo, lugar y dominación: "El punto no es que los textos defiendan posiciones políticas específicas, aunque lo puedan hacer, sino que ellos derivan de ciertas relaciones políticas de las cuales no pueden abstraerse" (Fox-Genovese 221). Esto obliga a revisitar las ideas en

[3] Héctor Pedro Blomberg en Las puertas de Babel, Eugenio Cambaceres en Sin rumbo y En la sangre, Luis Pascarella en El conventillo, Juan Palazzo en La casa por dentro, Eduardo Wilde en Aguas abajo, Ismael Moreno en El matadero son algunos de los autores que retrataron el ambiente socialmente degradado que acompañó al proceso de la modernidad en el Buenos Aires de alrededor de 1900. Estas obras, en distinto grado, también revelan el prejuicio del escritor porteño hacia el inmigrante, el gaucho y el habitante del interior.

torno al concepto de "nación," con el fin de hallar la relación entre sociedad, tiempo histórico y literatura.

En torno a la idea de "nación"

El arribo por parte de la sociedad humana a los estados nacionales, tal como se los conoce hoy, no ha sido espontáneo. En la actualidad, la visión de la nación-estado se ajusta a un paradigma: la idea de un territorio ocupado y reconocido como perteneciente a una sociedad organizada, con una administración impersonal que actúa bajo ciertos principios y ostenta la lealtad de sus ciudadanos por encima de toda otra lealtad a familias, clanes, tribus o fe religiosa. Sin embargo, antes de llegar a ese estadio, cientos de años tuvieron que pasar, a lo largo de los cuales las sociedades negociaron su propia supervivencia adoptando diversas formaciones nacionales.

Ahora bien, más allá de que esto sugiera que nuestra actual etapa también puede ser temporaria, el hecho es que al individuo se le impone ese paradigma desde el momento en que accede al uso de razón, especialmente a través de la escuela, a cambio de su reconocimiento como parte de la sociedad. Sin embargo, el hecho de que acepte la imposición de las circunstancias de su nacimiento, no invalida o anula su capacidad de juzgar, de lo que resulta su mayor o menor lealtad hacia el entorno social, cultural y jurídico, en función de la satisfacción o no de sus esperanzas personales. Naturalmente, esto obliga a replantear lo básico; a recordar las razones elementales por las cuales los individuos se asocian, aceptan o rechazan integrarse o no a una comunidad como para constituir una "nación" y a replantear el papel de la literatura dentro de esa relación.

Leslie Lipson, luego de sugerir que la razón más elemental para agruparse es la tendencia natural a vivir en sociedad para protegerse y controlar las acciones por las que el individuo puede sufrir (14-22), presenta dos teorías: la primera, que ve al grupo como lo central. En esta concepción orgánica de la asociación, el individuo sólo puede existir o tener sentido si es parte de aquél. La segunda, en cambio, ve al individuo como lo central y a la sociedad como una sumatoria de voluntades. Aquí el individuo tiene vida propia y su separación del grupo no afecta su individualidad ni la del grupo (Lipson 17-33).

Para Lipson, un grupo, más que un estado de cosas, se proyecta en sus integrantes como un estado mental, porque parte del reconocimiento de cada miembro de cómo se interactúa internamente. Si bien el grupo provee al individuo la posibilidad de desarrollarse, éste a su vez es una sumatoria de la conciencia individual de cada uno de sus integrantes. Por lo tanto, paradójicamente, aunque se concibe al individuo existiendo separadamente, al mismo tiempo es parte inseparable del grupo. La sociedad y, por extensión, una "nación," no sería otra cosa que la sumatoria de todas estas agrupaciones que los individuos conforman para satisfacer sus necesidades.

Otro autor, Seton-Watson, previene no confundir nación con estado. Un estado puede existir sin una nación o tener varias naciones dentro de él. En muchos casos, una nación existió antes del estado y en otros, una nación sobrevivió al estado. Para este investigador, una nación "es una comunidad de gente ligada entre sí por un sentido de solidaridad, una cultura en común y una conciencia nacional." Un estado, en cambio, "es una organización legal y política, con poder para requerir obediencia y lealtad de sus ciudadanos." Sus fines se pueden resumir en dos puntos: lograr la independencia y la unidad nacional, incorporando a todos los miembros de una misma cultura (Seton 3).

Para este autor también es difícil definir qué se entiende por "nación." Recuerda una definición muy conocida de Stalin[4], que demandaba como condición la existencia en común de una lengua, un territorio, una vida económica y una misma mentalidad. El dictador ruso negaba a la religión y a la tradición el papel de aglutinante. Con esto último negaba que los judíos fueran una nación[5]. Como este caso demuestra, en general, las definiciones provistas siempre fueron emitidas por el vocero de un grupo con poder, para negar a otros el derecho a su propia identidad. Luego se introdujeron las diferencias entre nación y nacionalidad, nación y tribu, todos recursos verbales y políticos para diferenciar "mi grupo" del "otro". Por lo tanto, para este autor no hay una definición científica del término "nación," la cual puede decirse que existe cuando un número significante de individuos se consideran a sí mismos como tal (Seton 3-5).

A su vez, para Ernest Gellner el consenso y la voluntad son básicos para conformar una nación, pero las formas de organización son incontables, sin descontar la coerción y el miedo. Sin embargo, sugerir la existencia de un grupo y, por extensión, el de una nación como un producto voluntarista no bastaría, porque la definición abarcaría a clubes u organizaciones delictivas. Tampoco una cultura en común es condición suficiente para generar un país para este autor, porque el pasado demuestra que culturas diferentes compartieron y convivieron en un mismo territorio y viceversa, cuando una misma cultura se encontró muchas veces repartida en diferentes territorios políticos.

Según Gellner, la realidad es que el concepto de "nación" fue introducido por el nacionalismo y no al revés. Ello ocurrió cuando las condiciones sociales favorecieron el desarrollo de una cultura bien definida, homogénea y centralizada, que desembocó en una legitimación política de la cultura (Gellner 3-55). El método consistió en inventar tradiciones y aun resucitar lenguas muertas, con la idea de proyectar la idea de una sociedad anónima, impersonal y articulada a través de valores culturales imaginados, que luego se impusieron a través del sistema educativo. Naturalmente, esto obligó a pasar por alto a los grupos minoritarios, en nombre de un fin "superior" (Gellner 56-57). La idea de "nación" quedó así establecida y justificada.

Las definiciones de "nación" no se agotan en éstas. Homi Bhabha menciona otras no menos importantes: la de Benedict Anderson, que adjudica al Siglo de las Luces y al racionalismo su creación, que la definió como un sistema cultural o social más que político; la de Michael Oakeshott, que la ve como el producto de una asociación en torno a normas morales y convenciones de conducta, detrás de un destino en común; la de Hannah Arendt, que la define como un "reino híbrido," donde los intereses privados asumen significación pública y están en constante colisión; la de Tom Nairn, que visualiza la nación como un dios de doble cara, donde el capitalismo impone su racionalidad e irracionalidad política. Para Bhabha, todas estas definiciones no hacen más que justificar el carácter ambivalente del término (Bhabha 2).

Si se aplican estas definiciones a los países emergentes de la colonia española, es notable la fragilidad con que ellos responderían a la condición de "nación." Si bien una historia en común, una misma lengua, religión y dependencia favoreció el desarrollo de una identidad propia frente al indígena, por otro lado la profunda estratificación social

[4] Pronunciada en el entierro de Lenin en 1913.

[5] Aquí Stalin respondía a la polémica con el movimiento socialista de los judios, con la intención de probar que no constituían una nación.

heredada de la colonia, donde el criollo blanco ocupaba la punta de la pirámide mientras la base era ocupada por el gauchaje, los negros y los indígenas con nada en el medio, negaba la existencia de una "nación," más allá de que se compartiera un territorio y hubiera un poder nominal. Que no se conformaba una nación lo demostraría, en el caso argentino y de muchas otras naciones hispanoamericanas, el conflicto fratricida entre facciones que siguió a la independencia, que prueba que los modelos de formación que se discutían no eran el producto de una maduración política común a todos los sectores sociales, sino imposiciones interesadas al servicio de las facciones en pugna.

Justamente, la no existencia de una idea de "nación" en la sociedad es lo que explica el faccionalismo que impregna la perspectiva de los intelectuales de la Generación del 37, al momento de explorar salidas a la dictadura de Rosas. Esto hace que sus obras no sean inocentes frente a la realidad y que una parcialidad interesada impregne su representación de ella o de lo social, en armonía con sus intereses de clase. Así, la reducción del problema nacional a un mero enfrentamiento entre civilizados y bárbaros que Sarmiento hace en el Facundo, como la representación de los indígenas en el poema La cautiva o de los sectores marginados en El matadero de Echeverría, no son casuales y apuntan a conquistar al lector para agregarlo a la visión interesada del grupo social de pertenencia de los autores mencionados.

Esta idea de "rescatar" el país para la civilización, que impregna su literatura, prueba que los integrantes de esta generación opuesta a Rosas no se veían a sí mismos como parte de una nación de iguales, sino como un grupo elitista ante una sociedad a la cual se veía como atrasada. Dado que de este grupo salieron los dirigentes del proceso nacional luego del derrocamiento de Rosas en 1852, es fácil comprender el carácter elitista que caracterizó a las distintas administraciones nacionales en la segunda mitad del siglo XIX. La imposición despótica del progreso a partir de la presidencia de Sarmiento, que encuentra su apogeo con los gobiernos de Roca y los presidentes que él mismo digitara desde el Partido Autonomista Nacional, se explica por la persistencia de ese tipo de mentalidad mesiánica en el grupo de intelectuales que surgió del Salón Literario de Echeverría hacia 1830, confirmado en la visión impresa a la producción literaria de esta generación.

Sin embargo, el éxito aparente que coronó el proyecto de modernización argentino, que incluyó al país dentro de la división internacional del trabajo de manos del capitalismo inglés, no debería inducir a pensar que con ello se consolidó una idea de nación. Por el contrario, los constantes conflictos sociales, las revueltas civiles y militares entre 1890 y 1905 y la presencia de una inmigración no integrada pero definidora de pautas culturales, atestiguan la presencia de una gran fragmentación social, política y cultural. Ante este cuadro conflictivo, la sola presencia del estado no puede tomarse como prueba de existencia de una nación. Por lo tanto, en el caso hispanoamericano, ni los estados ni los modelos nacionales deberían verse como el producto natural de una maduración política de sus sociedades, sino más bien como el resultado de una imposición facciosa, inspirada en el deseo de imitar los modelos que el nacionalismo impusiera en Europa a partir del siglo XVIII.

Mito y nación

Cuestionar la idea de nación en época de la globalización parece lógico, porque su existencia no se compadece con la utopía de un mundo uniforme. Sin embargo, el

espectáculo de las guerras étnicas y regionales para controlar los recursos naturales o fundar espacios autónomos o independientes, demuestra que el proceso es al revés. Los pueblos, liberados de sus impuestas fidelidades e influencias al fin de la Guerra Fría, siguen desandando los mapas impuestos al final de la Primera y Segunda Guerra Mundial, mientras se encaminan a construir aun mayores divisiones territoriales y políticas que las existentes en el pasado. Esto prueba que el nacionalismo, lejos de haberse extinguido en nombre de la globalización y el fin de las ideologías, sigue siendo un componente importante, si no el fundamental, en la construcción de las "nuevas" naciones emergentes. Sin embargo, este papel fundamental no invalida el argumento de que es un fenómeno histórico, acotado temporalmente en el devenir de la sociedad humana, lo cual no le garantiza un rol a perpetuidad.

Si bien desde nuestra visión actual damos por normal la existencia de las naciones, éstas recien comienzan a aparecer en el siglo XVIII, gracias a la aparición en escena de un nuevo concepto político: el del nacionalismo, en cuyo nombre se comienzan a fundar estados en donde antes sólo habían habido monarquías absolutistas y pueblos actuando como siervos. Por entonces, las elites de una Europa occidental en crisis, apremiadas por la decadencia de la aristocracia, se ven en la necesidad de consolidar un nuevo concepto, el de nación-estado, que les requiere la definición de un espacio nacional. Para definirlo se abocan a explorar la historia en busca de un origen que las justifiquen y legitimen en sus aspiraciones territoriales. Obviamente, en algunas regiones donde el proceso histórico había afianzado una monarquía duradera, como en Francia, Inglaterra o España, el proceso fue fácil. En otras, en cambio, donde no hubo un poder monárquico unificante, aunque sí una cultura prevaleciente, se hizo la misma exploración histórica con el fin de encontrar esos elementos culturales comunes, para luego reclamar el derecho a la existencia como país. En todos los casos, el proceso desembocó en la creación de mitos fundacionales, lo cual parece justificar a Homi Bhabha cuando sostiene que "las naciones, como las narrativas, establecen sus orígenes en un tiempo mítico y solamente concretan su horizonte en la imaginación" (Bhabha 1).

Lo dicho por Bhabha encuentra su confirmación en Geary cuando sostiene que ningún pueblo europeo puede, realmente, demostrar que su territorio actual se corresponde con su lugar de origen. Según éste investigador, las razones son simples: las olas migratorias han sido la norma en el pasado remoto y la cultura, la lengua y las tradiciones de los pueblos actuales no son otra cosa que la resultante de la convergencia de vastas y numerosas migraciones que finalizaron en el siglo XVI, con la llegada de los turcos a los Balcanes. Por lo tanto, ningún país europeo actual puede ser visto como puro o como una unidad cultural con raíces propias. Ninguno puede reclamar un momento específico del pasado como el momento de su origen, ni el proceso de mezcla o etnogénesis se detuvo súbitamente en la Edad Media, como para dar identidad a una nación. Esto niega el derecho a todo grupo humano a sentirse autónomo y dueño de ningún territorio.

De acuerdo a Geary, la idea de una "primera adquisición" nunca existió. El primer siglo que los alemanes o el quinto que los franceses aducen para decir "aquí comienza nuestra existencia como país o nación" son falacias. Otros grupos étnicos habitaron sus tierras antes que ellos y los habitantes actuales no podrían justificar que étnicamente sean los mismos que los que habitaron esas tierras un milenio antes. En resumidas cuentas, no

hay nada particular en la antigüedad acerca de los pueblos de Europa y sus supuestos derechos a considerarse originarios del lugar en que hoy habitan. En realidad, según Geary, toda la narrativa acerca de su pasado fue un invento de los intelectuales del siglo XVIII y XIX, siglos en que la combinación de las filosofías político-románticas de Hegel y Rousseau, combinadas con el cientificismo y el avance de la filología acuñaron un nuevo término político, el nacionalismo, fuente de los mayores males para la humanidad en los últimos doscientos años (Geary 10-13).

Sin negar que haya habido una identidad colectiva, para Geary la historia real de los países europeos comienza en el siglo XVII y no al comienzo de la Edad Media, cuando el nacimiento del nacionalismo como idea impulsó los estudios históricos con el fin de dar forma a la idea de nación. La táctica usada fue inventar comunidades imaginarias para transformar los aspectos románticos del pasado, como el folclórico y el tradicional, en una agenda política. Esos estudios no solamente inventaron un pasado, sino que usaron las fuentes escritas, las leyendas y las creencias, de forma tal de crear la idea de una unidad cultural que justificara lograr una autonomía política para sus comunidades o pueblos. Esto fue usado de diversas maneras en diferentes lugares: en unos para afianzar el estado (Alemania), en otros para suprimir las minorías (Francia e Inglaterra), en otros para ganar autonomía (minorías en Turquía) (Geary 15-18).

Geary pone como ejemplo el caso de Alemania. Aquí, a partir del siglo XVIII se usó la estrategia anterior para imaginar y justificar la existencia de una sociedad con caracteres o cultura propia o única. Primero, unos intelectuales "iluminados" estudiaron el lenguaje, las costumbres y la historia de la gente de un lugar determinado; luego se transmitieron sus conclusiones a un grupo de "patriotas," quienes la diseminaron en la sociedad; a continuación se creó un movimiento nacional para poner en marcha un plan de acción de acuerdo a las circunstancias e ideas de una elite, que vio en esa propuesta la posibilidad de hacerse del poder. Pero, el ejemplo alemán cundió y, en el siglo XIX, ante el impulso de las revoluciones, del romanticismo y de la debilidad de las viejas aristocracias, los intelectuales y los políticos de otras regiones geográficas inventaron a su vez nuevas "naciones" que, para justificarse históricamente, también proyectaron su origen al comienzo de la Edad Media (Geary 18).

El comienzo del desarrollo de una identidad nacional es ubicado por Geary en el Renacimiento, cuando se produjo una transformación que llevó a las sociedades de entonces a dejar de sentirse parte de la cultura romana, para pasar a sentirse víctimas del imperialismo de Roma. Pero, en cada región el proceso fue distinto. En la Francia del Renacimiento, por ejemplo, no se planteó la construcción de un estado, porque la monarquía era firme y daba identidad a la sociedad, pero sí se abrió la puerta para legitimar su poder histórico aduciendo una continuidad con los francos, antiguos conquistadores de los galos. Esto se apoyó con textos de Cornelius Tácito del siglo I y luego con trabajos medievales de Gregorio de Tours. Otros escritores como Guy de Coquille, de 1588, fueron más lejos argumentando el entroncamiento de la familia reinante de entonces con el sajón Hugo Capet.

No menos acotado en el tiempo es el origen de Inglaterra como nación. Seton-Watson sostiene que se podría arriesgar la generalización de que, aunque Inglaterra haya sido una tierra de civilización humana desde el tiempo de Julio Cesar y aún antes, la nación inglesa y su lengua recién empezaron a existir en el siglo XIV. Las guerras con Francia y el descontento religioso con la jerarquía católica de Roma unificaron a la

sociedad, mientras que la traducción inglesa de la Biblia, la literatura y el florecimiento de la poesía fueron los elementos que convergieron en la formación de una conciencia nacional. En relación a la monarquía, esto coincidió con la época de los Tudor, que favoreció las ambiciones de los terratenientes y mercaderes por la riqueza de los monasterios, en un contexto de resentimiento contra los franceses y de rapiña sobre las flotas españolas que transportaban el oro y la plata, rapiñada a su vez en América. También coincide este desarrollo de conciencia con la época de Elizabeth, cuando surgió la literatura y fermentaron las ideas religiosas y políticas (Seton 30).

A su vez, en Alemania, los intelectuales precursores del nacionalismo como Johann Gottfried Herder y los historiadores de la universidad de Gottingen apelaron a los textos de Tácito, pero desde un punto de vista lingüístico y cultural, aunque sin demandar una unidad política como en Francia. Geary menciona específicamente el uso de los historiadores alemanes de la obra Germania del siglo V de Tácito como apoyo a la idea de una raza germana pura y otras, como Germania Illustrata de 1491 de Conrado Celti, Epitome rerum Germanicarum de Jacob Wimpleling y Proverbia Germanica de Heinrich Bebel, con el fin de construir la idea de una unidad cultural germana, aunque no de una unidad política que apuntara a la formación de un estado nacional (Geary 22).

El proceso de formación del estado alemán fue luego reforzado en el siglo XIX, cuando el ministro prusiano Freiherr von Stein instiga a los poetas y escritores a escribir en alemán, para generar la idea de una nación germana frente a la agresión napoleónica. Fichte con sus discursos de aliento al pueblo alemán frente a la misma agresión, apunta al mismo objetivo. En sus discursos de resistencia, éste reclama el derecho alemán a su propia identidad a partir del reconocimiento de valores culturales propios, mientras cita a Tácito en su obra Germania y el relato de la victoria de Arminius sobre el romano Varus, para defender la idea de una unidad cultural basada en la geografía y la lengua común, según él anterior al mismo imperio romano. Del esfuerzo intelectual de Stein saldría la Monumenta Germaniae Historica, que plasmaría en una narrativa la idea de nación a partir de los descubrimientos filológicos comparativos iniciados por Sir William Jones. En ella colaboraron Humboldt y Goethe, entre otros intelectuales[6] (Geary 21-27).

El ejemplo ofrecido por Alemania cundió y la identificación de pueblos a través del método filológico inundó Europa. Si los documentos históricos no coincidían con lo asumido, se inventaba y se imponía una versión oficial a través del sistema educativo. Naturalmente, esta estandarización impuesta a la historia y al lenguaje acabó con infinidad de tradiciones y lenguas antiguas como el provenzal. El lenguaje nacional estándar, adoptado en las instituciones educativas, devino así en la herramienta esencial para la creación de una conciencia nacional, mientras que la filología se dedicó a establecer la conexión entre el presente y el pasado, usando los textos antiguos que

[6] William Jones (1786-?) estableció que el sánscrito, el griego y el latín tenían un origen común y que el gótico, el celta y el persa probablemente pertenecían a la misma familia. Luego el filólogo alemán Friedrich von Schlegel propuso que las lenguas germanas eran derivadas del sánscrito. Más tarde Franz Bopp y Jacob Grima siguieron con la investigación y propusieron el árbol genealógico del cual se deriva cada lengua indoeuropea, lo que les permitió sugerir un territorio ancestral donde las lenguas germánicas se usaban. El resultado fue que se consideraron como parte del pasado germano todos los textos escritos en estas regiones, y que abarcaba geográficamente desde el sur de Italia hasta el Báltico e incorporaba a los francos, a los reyes merovingios y carolingios, a los visigodos, lombardos y burgundíes, al norte de África porque ahí estuvieron los vándalos, etc. De esta forma los filólogos inventaron narrativamente la idea de una nación alemana, anterior aún al imperio romano.

servían de antecedentes a la cultura nacional. Los alemanes encontraron esto en textos del siglo VIII, los franceses en el IX, etc. Con esto, los filólogos proveyeron a los nacionalistas con las herramientas necesarias para que reclamaran un pasado nacional. A ellos le siguieron los etno-arqueólogos, que aclararon las rutas de migración del pasado, lo que también fue aprovechado políticamente por los nacionalistas para reclamar derechos territoriales (Geary 30-35).

Para Geary, todas las propuestas y conclusiones filológicas y etnoarqueológicas son mitos, porque no existe ninguna congruencia entre un individuo actual y uno del medioevo y porque las tesis de investigación no se sostienen si se aplican al presente, lo que las invalida. La realidad prueba que un mismo grupo étnico no necesariamente se mantiene unido en base a lo racial, sino que muchas veces se divide en base a diferencias religiosas, como lo prueba, por ejemplo, Irlanda del Norte o Croacia y Serbia, que hablan dialectos distintos de una lengua común y sin embargo se mantienen alejados. Por lo tanto, el reclamo de un pasado mítico es más un intento de ser reconocidos como nación que la demostración de serlo; son apelaciones no fundadas en la historia, sino intentos de crear historia: "el pasado es un territorio extranjero y nunca podremos encontrarnos como parte de él" (Geary 37).

Las conclusiones de Geary son terminantes. No se puede saber con exactitud qué lenguas hablaban los diferentes grupos humanos de la antigüedad o del medioevo. Las evidencias anecdóticas sugieren que se hablaban varias lenguas y que grupos étnicos diferentes compartían una misma lengua. La conexión o relación entre restos arqueológicos también probó ser un mito. Las joyas, vestimentas o cerámicas encontradas no demuestran nada acerca de la lengua que sus poseedores hablaban en el pasado. Por lo tanto, los mapas culturales dibujados por Gustaf Kossina a comienzos del siglo XX, para demostrar los orígenes y la extensión que abarcó el pueblo germano en la antigüedad, son un mito. Tampoco el uso de un determinado artefacto demuestra que una persona pertenezca a una cultura determinada, ni antes ni ahora. Por lo tanto no hay necesariamente una correspondencia entre lenguaje y cultura.

En realidad, en el medioevo, las diferencias lingüísticas y culturales que separaban a la población de un mismo grupo étnico en segmentos, no eran de origen geográfico, sino político, económico o social. Es más, la diferencia real era entre la gente de pueblo y la del campo que lo rodeaba. En el primero habitaban los funcionarios que podían ser de otros lugares, los mercaderes y los militares con rango. En el campo habitaban los aristócratas nativos y los campesinos. Esto creó diferencias lingüísticas y culturales que sirvieron para diferenciar política y socialmente a la población. Por lo tanto, no se puede trazar ni definir un mapa lingüístico o étnico de la antigüedad o el medioevo que justifique derechos territoriales (Geary 37-40).

Coincidiendo con Geary, Seton-Watson establece el siglo XVIII como comienzo de la idea que llevó a formular el concepto de "nacionalismo," base de la idea de nación-estado. Según él, su origen está ligado a la Revolución Francesa, cuando el principio de soberanía popular se impone sobre la base del reconocimiento implícito de que quienes hablaban en francés constituían la nación francesa. Del lado alemán aparecen Fichte y Herder con la misma idea, reforzando la tesis de la lengua en común como base de la nacionalidad.

Pero, Seton-Watson diferencia dos grupos: los que a la llegada del concepto de "nacionalismo" a fines del siglo XVIII ya tenían una conciencia nacional y los que no la

tenían. Esta división entre viejas y nuevas naciones es más relevante que aquélla entre históricas y no-históricas, ya que todas las naciones han tenido su historia, pero su continuidad puede haber sido interrumpida por invasiones o conquistas. En el primer grupo están los ingleses, escoceses, franceses, holandeses, castellanos y portugueses en el oeste; daneses y suecos en el norte y húngaros, polacos y rusos en el este. Sólo tres de estos pueblos no fueron gobernados por gente de su nacionalidad: los escoceses, los polacos y los húngaros, que eran mandados por nobles de otras nacionalidades. Al segundo grupo pertenecen los alemanes e italianos, quizás los catalanes, irlandeses y noruegos, que tenían una historia propia y una conciencia de comunidad o identidad propia, pero no una idea de nacionalidad. En cambio, en el resto de Europa, no existía ni el más mínimo signo de una conciencia nacional, lo que no impediría que en los siglos siguientes aparecieran nuevas naciones siguiendo el modelo alemán, incluso en otros continentes, productos obvios del desarrollo por parte de las elites del concepto de nacionalismo (Seton 7).

Seton-Watson aclara que el origen de la palabra "nación" se remonta al medioevo, pero no con el mismo sentido con que se la usa hoy en día. "Nacion" era la denominación del lugar dentro de las universidades medievales en donde se alojaban los estudiantes venidos de otras tierras. Cada grupo representaba una "nación" dentro de la institución. En cambio, la gente dentro de sus propias regiones eran mencionadas como pueblo, populus, peuple, people, volk, popolo. Las viejas naciones, como la actual Francia o Inglaterra, no existían como "naciones" hacia 1200, ya que aunque sus soberanos y nobles hablaban la misma lengua, sus pueblos, similares en ambos lados, no eran más que siervos, no participaban en el poder y hablaban una cantidad de lenguas diferentes.

Pero, hacia 1600 Francia e Inglaterra ya tienen su propia identidad, concretada políticamente en el reconocimiento de sus reyes respectivos como símbolo de unidad. Más tarde se incrementa esa unión con el acceso al poder de gente de los estratos más bajos, apoyados por el avance del mercantilismo, la educación y la fijación de una lengua común a través de la literatura en lengua vernácula. Esto estuvo íntimamente ligado al crecimiento del poder monárquico y su burocracia de control, incluyendo la militar, lo que ayudó a fijar los límites territoriales que luego afirmaron el concepto de "nación" (Seton 8-9).

En cambio, con las naciones nuevas el proceso fue más simple. A partir de la Revolución Francesa, la aparición de movimientos nacionales, líderes políticos y la propaganda oral y escrita, ayudaron a conformarlas. En la Europa y América del siglo XIX la lengua en común fue el principal factor aglutinante, porque facilitó la creación de una conciencia nacional. En cambio, en otros lugares como Africa, fue la imposición arbitraria de los colonizadores lo que definió los límites de las nuevas naciones, mientras en civilizaciones antiguas como la China e India, los movimientos nacionales se impusieron sobre ese antiguo molde cultural (Seton 9).

Para Seton, el punto inicial de la formación de una conciencia nacional no necesariamente ha sido el mismo en cada lugar. En algunos casos fue el descontento social de raíces económicas, que los líderes encausaron no hacia cambios económicos, sino hacia la independencia. En otros fue la combinación de factores políticos, religiosos o sociales que se relacionaban al ejercicio del poder por parte de un sector ajeno a la sociedad. Por lo tanto, la creación de una conciencia nacional, con el fin de que eventualmente convergiera en un estado nacional, fue un acto deliberado en el caso de las

naciones nuevas, mientras que en el caso de las naciones viejas, como Francia o Inglaterra, fue un acto progresivo e inconsciente que avanzó con la consolidación de las monarquías (Seton 10-11).

Para otros autores como Benedict Anderson, el término "nación" implica la existencia de una comunidad imaginaria, limitada y soberana. Toda nación es imaginada porque los miembros de una nación no se conocen entre sí y, sin embargo, saben que comparten algo; que más allá de las desigualdades están unidos por una camaradería horizontal y profunda. Es limitada porque no abarca a toda la humanidad y soberana porque nació de la destrucción de la legitimidad supuestamente divina y hereditaria de las dinastías reales del pasado. Para éste investigador, nación, nacionalidad y nacionalismo son artefactos culturales surgidos hacia el final del siglo XVIII, como resultado de una combinación de factores históricos, que luego fueron trasplantados a un terreno ideológico y político. El proceso comenzó con la desaparición de la organización política feudal, lo cual coincidió con el fin del oscurantismo religioso, derrotado ideológicamente por el iluminismo y la razón.

Anderson sitúa como primer fenómeno de ese proceso la decadencia del latín como lengua de los intelectuales a partir del siglo XVI y el crecimiento de las lenguas vernáculas como necesidad colateral al nacimiento del precapitalismo. La segunda causa fue la desaparición de la idea de que la sociedad debía estar aglutinada alrededor de un monarca que gobernaba por disposición divina y hacía de centro o fuerza centrípeta en la sociedad. El tercer elemento perdido fue la idea de que el origen del mundo se confundía con el de la historia humana (Anderson 4-36). Todas estas pérdidas demandaron la adopción de un nuevo elemento de aglutinación cultural, lo cual fue proporcionado en primer lugar por la adopción y la imposición de una lengua vernácula y, en segundo lugar, por la divulgación del libro impreso, reproducido en forma masiva desde el invento de la imprenta. Respecto a lo primero, el crecimiento de las lenguas vernáculas fue a expensas del griego, el hebreo y el latín, que perdieron su sacralidad. Esto se verificó al final del siglo XVIII cuando William Jones - un investigador de sánscrito-, verificó mediante un estudio comparativo que la civilización de la India era mucho mas antigua que la griega y la judía, lo que arrojó como corolario que las lenguas dejaran de ser consideradas como regalo divino, para pasar a ser simple inventos humanos. Respecto a lo segundo, Anderson destaca el papel fundamental del libro en la construcción de una conciencia nacional, lo cual dependió de una combinación fortuita: el invento de la imprenta con la posibilidad técnica de reproducir un texto y el nacimiento del capitalismo, que vio en esta combinación la posibilidad de generar ganancias difundiéndolo (Anderson 70).

Los resultados de esa combinación no tardaron en hacerse sentir. El libro escrito en lengua vernácula unificó en una comunidad imaginaria a quienes podían leerlo y entenderlo, mientras excluyó de ella a quienes no podían hacerlo, definiendo de paso un espacio propio. La fijación gramatical del lenguaje mediante la impresión y la reproducción, permitió presentar al mismo como parte de algo histórico que, naturalmente, contribuyó a darle identidad espacial y temporal a la comunidad. Finalmente, al ser ciertos dialectos más usados que otros en la impresión, algunos devinieron más dominantes, lo cual facilitó la unidad lingüística. Todo este proceso, que

al principio fue inocente, con el tiempo se transformó en herramienta de consolidación de la idea de un estado nacional (Anderson 44-45)[7].

En conclusión, como estos investigadores lo demuestran, el origen de las naciones-estados se remonta al siglo XVIII. Antes de eso, si bien algunas sociedades como la inglesa, la francesa y la española ya ostentaban rasgos propios, el carácter absoluto del poder hereditario de sus reyes y el servil de la población, hace imposible calificar a esos reinos como naciones, en el sentido actual de la palabra. Otras como la alemana, en cambio, dispersa y fragmentada políticamente en infinidad de principados, recién se aboca a fines del siglo XVIII a la tarea de rastrear sus antecedentes históricos con el fin de reclamar un territorio propio, sobre el cual fundar su propia idea de nación, actitud que se trasvasa al resto de Europa. Todo esto prueba que el concepto de nación o de la estructura de gobierno que la mantiene es histórico y, por lo tanto, esencialmente temporal. En otras palabras, si el pasado no garantiza nada eterno, tampoco el futuro.

En torno a España

La temporalidad del concepto de nación también aplica a España, un tema que levantó polémicas acaloradas en el siglo XX, cuando se dicutía su origen e identidad como pueblo. Una de esas discusiones enfrentó a dos renombrados intelectuales. Por un lado Américo Castro y su libro España en su historia. Cristianos, moros y judios, donde niega la existencia de una identidad propia como nación antes de la conquista árabe. En otras palabras, que la cultura española recién toma su identidad definitiva después de ese evento de 711, como resultado de la confluencia de las tres religiones monoteístas que, más o menos, convivían por entonces. Del otro lado Claudio Sánchez Albornoz y su libro España, un enigma histórico, defendiendo la idea de una identidad propia anterior a los árabes. Para éste, España existía como nación, culturalmente hablando, desde antes de 711 y estaba en pleno desarrollo al momento de la invasión árabe, que la interrumpió. Por lo tanto niega que en la cultura española actual converjan las influencian de las tres culturas antes mencionadas.

Sin embargo, el devenir histórico de la nación española también confirma las ideas de Geary, Seton-Watson y Anderson. En efecto, en tiempos remotos y anteriores al imperio romano, la Península Ibérica, estaba habitada por varios grupos celtas que hablaban diversas lenguas, por los vascos que hablaban una completamente diferente en el norte y por colonias fenicias y griegas en la costa mediterránea. En el siglo III AC, la zona costera pasa a control de los cartagineses, que la dejan en el 206 AC, cuando llegan los romanos para dominarla por casi setecientos años, hasta su propio colapso en el siglo V DC, cuando llegan varias tribus germanas. Es de imaginar que durante todo este proceso no pudo haber habido una lengua dominante, aunque es lógico pensar que la larga dominación romana impuso el uso de varios dialectos del latín.

Caídos los romanos, la presencia germana en la península se concreta en el reino de los visigodos que, por no ser numerosos, no pueden imponer su lengua. Por el contrario, variaciones del latín continuan prevaleciendo, mezclado con el alemán antiguo de los ocupantes. Por otro lado, el hecho de que los visigodos fueran arrianos

[7] Anderson se apoya en Febvre y Martin para ejemplificar cómo el libro devino en un elemento cohesivo. Por ejemplo, estos autores sostienen que para el 1500 ya habían circulado veinte millones de Biblias protestantes y para 1600 doscientos millones en lengua vernácula (33-34), lo que aseguró el triunfo de la Reforma sobre la Contrarreforma, que seguía usando el Latín (38).

religiosamente, aisla a la península del resto de la Europa católica por casi dos siglos, lo que contribuye a afianzar una cierta identidad cultural. En 586 DC, la conversión del rey visigodo Recaredo al catolicismo termina con el aislamiento y reafirma el uso del latín como base lingüística, lo que facilita la absorción cultural de los visigodos.

En 711 llega a España la primera invasión musulmana. Su dominio llega a casi toda la península –desde entonces Al-andaluz- excepto Asturias, Galicia y el país vasco. La lengua popular sigue siendo una variedad de dialectos derivados del latín romano, aunque por razones prácticas se aprende árabe, mientras muchos cambian de religión, debido a que por entonces el Islam todavía era una religión tolerante y adaptable a las variantes culturales. Con la invasión llegan no sólo beréberes originarios del norte de África, convertidos al Islam, sino también árabes. Esta dominación dura casi ochocientos años, aunque no en forma pareja en toda la península.

Como se sabe, la convivencia y los desencuentros entre cristianos y musulmanes, así como las luchas intestinas entre ellos mismos fue un hecho dominante durante los casi ocho siglos de dominación musulmana. Al principio, Asturias es el refugio y un lugar de resistencia inexpugnable para los árabes. Luego León desplaza a Asturias aduciendo ser los herederos de los visigodos. Con sus vecinos los Navarros, León luego teje alianzas y guerrea, aunque sus nobles pertenecían a la misma dinastía. De León emerge luego Castilla como condado, para luego llegar a reino. Dos siglos (el XI y el XII) le llevó a Castilla superar a León en poder, hasta que en 1230 sellan su unión. A su vez, Navarra absorbe a Aragón en el siglo XII, pero este último se separa en el siglo XIII para unirse a Cataluña en un reino separado. Mientras tanto, en el oeste peninsular surge Portugal independizándose de Castilla en 1139. En esta época también se "descubre" la tumba de Santiago apóstol en lo que hoy es Santiago de Compostela, con lo que Asturias gana reconocimiento y los católicos un lugar respetable ante los ojos de Europa.

Como se sabe, la Reconquista no fue una operación lineal en el tiempo y tomó casi 500 años concluirla. El proceso, con sus altibajos, avanzó desde tres direcciones: Portugal, Castilla y Cataluña, lo que permitió que tres lenguas se desarrollaran en forma paralela: el portugués, el castellano y el catalán. También comenzó entonces a manifestarse la supremacía del castellano sobre los dialectos del noroeste español (gallego y leonés), aunque el gallego había sido usado más temprano en literatura. Esta supremacía se concreta en el Poema de Mío Cid del siglo XII, primera gran obra en castellano, mientras que el catalán se afianza en el siglo XIII, con el poeta Ramón Lull. A su vez, también se afirma el portugués como derivación del gallego en el siglo XIV, cuando es usado en poesías y crónicas. Por lo tanto, se podría decir que en el siglo XV existían lingüísticamente, además del árabe, tres naciones lingüísticas en la península ibérica, lo que en la práctica se tradujo en hablar de "las Españas" hasta el siglo XVIII.

La historia de la España cristiana en los siglos XIV y XV es una continuidad de luchas por la sucesión al trono y las guerras civiles. En 1469 se casa Isabel de Castilla con Fernando de Aragón, dando lugar a la unión de los dos reinos, base del reino de España que luego, bajo la dinastía de los Habsburgos -Carlos V y Felipe II-, conforman el imperio más poderoso de Europa. Como se sabe, en 1492 Fernando e Isabel terminan la Reconquista, prometiendo respetar las costumbres y propiedades, así como mantener los gobiernos locales en los territorios anteriormente musulmanes, lo que no se cumple. La victoria cristiana se completa con el decreto de una política oficial de conversión religiosa que no se aplica férreamente a los "moriscos," nueva denominación de los

musulmanes convertidos supuestamente al cristianismo. Esta política mantuvo un estatus-quo social hasta 1568, en que estalla una nueva revuelta que termina con la deportación de los árabes granadinos a regiones de Castilla.

El capítulo final se da en 1609, cuando acusados por la corona de ser cómplices de los piratas turcos y árabes que asolaban el Mediterráneo, aproximadamente 275.000 musulmanes son expulsados de la península. Esta expulsión, junto con la de los judíos en 1492, refuerza la homogenización cultural y nacional de Castilla sobre el resto de España. Esto no quiere decir, sin embargo, que a partir de entonces Castilla haya reinado en paz como poder único y que no haya tenido problemas con las otras naciones de España. Mientras Portugal es reconocido como reino independiente en 1668, Cataluña defiende su identidad cultural y sus derechos hasta el presente, aunque esto no le bastó para separarse en nación independiente. Lo mismo puede decirse de los vascos.

En conclusión, España, poder imperial antes que Inglaterra y Francia, ilustra la complejidad de los procesos previos al arribo a la categoría de nación. Su devenir, como el de los otros países europeos, demuestra que no hay, en ningún caso, un instante histórico que justifique afirmar "aquí comenzamos como nación," lo cual abarca a lo etnográfico y racial, porque no se puede demostrar la pureza étnica de ninguna sociedad. Por el contrario, la información demuestra que la necesidad de sobrevivir ha obligado a los grupos humanos a migrar de un lado a otro en busca de sustento y que, en ese proceso de adaptación y crecimiento, la mezcla fue inevitable. España no pudo haber sido y no es la excepción obviamente, máxime si se tienen en cuenta los siglos por los cuales la Península Ibérica estuvo dominada por diferentes grupos con culturas tan dispares como los romanos, los germanos visigodos y los musulmanes, sin contar el elemento nativo y los judíos. Por lo tanto, España también confirma las propuestas de Geary, Setton-Watson y Anderson.

En torno al origen de los países hispanoamericanos y Estados Unidos

Se podría afirmar que, a diferencia con los países europeos, donde el proceso de afirmación de las naciones fue producto de una maduración histórica que requirió, más o menos, unos quinientos años, las formaciones nacionales en las Américas fueron producto de una situación que, en términos históricos, se podría definir como muy corta. Aquí, la idea de la emancipación fue alimentada principalmente por la alienación de las relaciones entre las metrópolis y las colonias a causa de las medidas comerciales implementadas por estas últimas a partir del siglo XVII, lo cual hizo posible que en el siglo XVIII y XIX, en unos cuarenta años (1776-1820), Inglaterra y España perdieran casi todas sus posesiones. Sin embargo, en el caso hispanoamericano se agregan otras variables que tienen que ver con la situación decadente de España y su necesidad de recobrar un espacio internacional perdido.

Usando el concepto de "journey" de Benedict Anderson, que lo define como un proceso de auto descubrimiento y afirmación colectiva ante un evento que los afecta, se podría decir que tanto en Norteamérica como en Hispanoamérica, los pueblos pasaron por una serie de experiencias negativas que los llevaron a tomar conciencia de su propia identidad y poder, como para plantearse la necesidad de lograr su independencia. La más directa que podría señalarse como común a ambas sociedades coloniales es la relacionada al plano económico, donde la imposición del monopolio comercial por parte de las metrópolis impidió y hasta arruinó, en el caso hispanoamericano, la posibilidad de

progreso económico en las colonias. En todo lo demás, los procesos se distanciaron sustancialmente, lo que explica los distintos derroteros históricos de la América anglosajona y de la hispana.

Lynch coincide con esta apreciación al sostener que la independencia latinoamericana fue "la culminación de un largo proceso de alienación respecto a España, a través del cual los latinoamericanos tomaron conciencia de su propia identidad, de su cultura y de los recursos de que disponían." Lynch ubica el comienzo de ese proceso a finales del siglo XVII, cuando la explotación minera decae y obliga a crear nuevas actividades productivas, que llevan a eliminar la dependencia económica de España. El control burocrático español impedía ese crecimiento, por lo que muy pronto las colonias empiezan a negociar entre ellas, profundizando su independencia económica y ganando conciencia de su poder. El resultado es la formación de una elite comercial criolla y una redistribución económica en detrimento de España. Sin embargo, esta mayor autonomía económica no se tradujo en un reclamo de independencia en el siglo XVIII, porque los criollos, básicamente, vivían bien (Lynch 1-2).

Pero, el proceso empeora a partir de 1765, con la llegada al poder de Carlos III. Su reinado, inspirado por la idea de rescatar a España del atraso y de alinearla con las ideas progresistas de la Ilustración, también estuvo alimentado por el ideal de recuperar para España el aura de su poder imperial. Esto lo lleva a atar el destino de América a la construcción de una gran España, prestigiosa, con poder y respetada en Europa. Sin embargo, en el plano económico, los Borbón implementan una política contradictoria, que aliena aún más su relación con los criollos: por un lado alivian las restricciones al comercio exterior, bajando las tarifas para el intercambio entre las colonias (que ya se venía haciendo de forma oculta), pero por otro suben considerablemente los impuestos a las transacciones comerciales. Esto sin contar que, como en el caso inglés en relación a Norteamérica, todo debía ser controlado desde la metrópoli. Dos objetivos inspiran estas decisiones: quitarles a los criollos la emancipación económica que habían ganado desde fines del siglo XVII y aumentar las rentas de la Corona (Lynch 11-12).

Sin embargo, la apertura comercial, aunque limitada, también expuso las debilidades estructurales y la incapacidad financiera y tecnológica de España, frente a la competencia de sus adversarios, especialmente Inglaterra. Su política comercial terminó llevando a la bancarrota las pocas actividades productivas de la colonia como, por ejemplo, la de los viñateros mendocinos por la introducción de vinos desde España o la textil de Tucumán, por la importación de textiles desde Inglaterra, vía Buenos Aires. En resumen, España no sólo ahogaba económicamente a sus colonias, sino que demostraba su incompetencia frente al resto de Europa, lo cual no pasó desapercibido para los criollos (Lynch 13-16).

Parecido proceso, aunque distinto en sus detalles, se da en la colonia inglesa de Norteamérica. De acuerdo a Faulkner, el proceso que lleva a su guerra de independencia también se origina en problemas de índole comercial. Este autor considera importante recordar que durante el siglo XVII, Inglaterra se regía por la teoría del mercantilismo, la cual sustentaba que la base del poder de un estado era su auto suficiencia y una balanza de intercambio favorable. Esto lleva a la monarquía a invadir, colonizar e imponer sus intereses al resto del mundo y a obligar a que todos los productos que entraran o salieran de Inglaterra lo hicieran en barcos ingleses, construidos en Inglaterra o sus colonias y con tripulación del mismo origen.

Con respecto a la colonia, Inglaterra también restringió toda manufactura que pudiera competir con la que se hacía en la metrópoli. Para ello prohibió la exportación hacia Inglaterra de lana, sombreros y la construcción de molinos y hornos para hacer acero. Peor aún fue la prohibición de emitir moneda y dinero, lo que devaluó el valor de las exportaciones de productos coloniales y encareció las importaciones. Naturalmente, todo esto impedía el desarrollo económico en la América inglesa y la hacía una simple proveedora de materia prima barata. No es de extrañar que la prosperidad pasara a depender de la violación de las leyes, o sea del contrabando. A pesar de todo, Faulkner, citando a Gipson, afirma que la vida del colono en América era la más afortunada que se podía imaginar (97).

Toda esta convivencia termina hacia 1763. A partir de entonces las medidas políticas del parlamento inglés se orientan hacia una mayor centralización del poder y las económicas hacia un constante aumento de impuestos. De graves consecuencias es la prohibición de avanzar hacia el oeste ocupando tierras y de negociar con los indígenas, lo cual arruina las ansias de riqueza del colono y los negocios del especulador en tierras. También el aumento del impuesto al azúcar, el té y la melaza, de la cual se hacía el ron, una bebida importante en la relación con el esclavo. Todo esto fue rechazado e impulsó un congreso en 1765 que proclamó el derecho de las colonias a decidir por sí mismas en temas de impuestos, ante lo cual Inglaterra tuvo que retroceder.

Sin embargo, de mucha mayor consecuencia política fue la ley que aumentaba el poder de la aduana, con el objeto de controlar el contrabando. Esta ley afectaba la base de la prosperidad del colono, ya que autorizaba a allanar propiedades en busca de pruebas condenatorias. La oposición a esta medida fue tan contundente que el discurso de James Otis rechazando tal ley fue considerado por John Adams el "primer cañonazo de la Revolución"[8]. El rechazo terminante a todas estas medidas del parlamento inglés y el consecuente embargo a las importaciones y exportacions causó la ruina del comercio británico en 1769, por lo cual Inglaterra se vio obligada nuevamente a retroceder, aunque mantuvo el impuesto al té para salvar las apariencias.

El golpe final a la relación entre la colonia y Gran Bretaña fue la solución que el gobierno británico quiso dar a la bancarrota de la East India Company, que arrastró a muchos capitalistas ingleses a la ruina. Para paliar su situación, Inglaterra la autoriza a exportar a América unas 7.000 toneladas de té. Si bien para el americano esa importación iba a significar un té mucho más barato, también se comprende que con ello se establecía un monopolio que se podía extender a otros productos más tarde. Grandes importadores como Hancock creyeron que tal medida sentaba un precedente que podría afectar sus negocios en el futuro. La resistencia, previa agitación con las masas en la calle, no se hizo esperar, lo cual llevó al rompimiento con Gran Bretaña. En lugares como Nueva York y Boston, el té de la India fue tirado al agua, en Charleston fue confiscado y luego rematado, mientras en Annápolis el barco que lo transportaba fue quemado.

Obviamente, la reacción inglesa no se hizo esperar y la situación llevó inexorablemente a la guerra independentista. El puerto de Boston fue clausurado, los derechos políticos derogados, la justicia enajenada a favor de tribunales ingleses en Londres y, por el Acta de Québec, se daba libertad de credo a los católicos, algo que hirió la sensibilidad de los habitantes de Nueva Inglaterra. Como es de esperar, los americanos

[8] Citado por Faulkner, 101.

respondieron a todo esto rechazando las medidas y llamando a un congreso en Filadelfia en 1774, donde la facción de Henry y Adams triunfa sobre los más conciliadores. Para 1775 los ingleses habían iniciado las hostilidades, cuando el general inglés Gage ordenó la destrucción de un depósito militar en Concord, que los milicianos resistieron en parte, para luego sitiar a los ingleses y lograr su expulsión once meses después.

En resumen, si bien hasta 1760 el colono norteamericano vivía aceptablemente bien, era leal a la Corona y pagaba, como siempre fue, sus impuestos, pocos años más tarde se había declarado en total rebeldía. Las causas eran simples: en ese mismo lapso el gobierno inglés había afectado con nuevos impuestos y medidas reaccionarias la calidad de vida y las posibilidades de prosperar del colono. Todo esto llevó inevitablemente al conflicto, del cual la imposición de un nuevo impuesto al azúcar y la nueva ley de aduanas fueron la gota que colmó el vaso. Obviamente, a esta altura el problema sobrepasaba la idea de que las leyes locales debían ser hechas localmente, para transformarse en otra pregunta más crucial: quién dirigiría esos cambios. Estas cuestiones fueron más trascendentales si se tiene presente que, en todos estos conflictos, las masas sin derechos políticos eran usadas para alimentar las protestas, un peligro latente que no pasaba desapercibido para las elites que dirigían las mismas[9]. En conclusión, el proceso que culminó en la independencia norteamericana fue eminentemente de raíz económica y comercial, no político.

Distintas circunstancias, además de la comercial, concurren en el proceso independentista hispanoamericano. Uno importante, que demuestra la existencia de una identidad con el terruño y no con España, es el conflicto de Carlos III con la iglesia, que se salda con la expulsión de los jesuitas en 1767, sin tener en cuenta que la mayoría de ellos eran americanos. En México, por ejemplo, de 680 jesuitas expulsados, 450 eran mexicanos. Estas medidas fueron complementadas con otras que alienaron totalmente al bajo clero, como la eliminación de sus fueros, único privilegio que tenían. No sorprende, entonces, que muchos de los líderes y guerrilleros de la independencia provinieran del sector eclesiástico, como lo prueba el caso del sacerdote José Morelos en México, sucesor del otro legendario sacerdote Miguel Hidalgo. Como se sabe, en Argentina también es notoria la participación de clérigos en el Congreso de la Independencia de 1816.

La expulsión de los jesuitas permite demostrar que, hacia finales del siglo XVIII, ya se había desarrollado una conciencia propia, americana, que se manifiesta a través de una literatura del exilio. Ésta es impulsada por una reacción ante la equivocada percepción que escritores como Buffon, De Paw y Raynal[10] tenían de América. Entre estos jesuitas escritores estuvieron el chileno Juan Ignacio Molina con su geografía e historia de Chile, los mexicanos Juan Luis Maneiro con su descripción de la vida de los desterrados y Francisco José Clavijero con su Historia antigua de México.

Sin embargo, el ejemplo más contundente de la existencia de una identidad americana y una vocación independentista lo da la "Carta dirigida a los españoles

[9] En esta manipulación de las masas se destacaron hombres como Patrick Henry y Samuel Adams.

[10] Buffon sostenía que la inferioridad de América estaba representada en el puma, que era más cobarde que el león. DePaw decía que los indígenas mexicanos no podían contar más que hasta tres. Raynal sostenía que los americanos formaban una raza decrépita (Lynch 30-31)

americanos" del arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán, un jesuita refugiado en Florencia, Italia, que la redacta entre 1787 y 1791. En esa carta escrita en francés y de unas treinta páginas, Viscardo condena a España y reclama la necesidad de independizarse[11]. Esto demuestra que la idea de la independencia es anterior a la Revolución Francesa, aunque no se puede soslayar en ella las influencias de Montesquieu, Rousseau y Voltaire. Su mención de los levantamientos de Túpac Amaru, de los comuneros de Nueva Granada y de los Catari de Bolivia demuestra que el espíritu de rebeldía ya campea en la mente de los hijos de América en el siglo XVIII. Finalmente, su importancia también estriba en que esa carta es traducida al castellano por el precursor de la independencia, Francisco de Miranda, y se la menciona en la "Carta de Jamaica" de Simón Bolívar. No en vano se postula que Viscardo es el real precursor de la independencia hispanoamericana[12].

Lynch enumera otras medidas que contribuyeron a alienar las relaciones de América con España. Una fundamental fue la eliminación de los fueros militares de los criollos ante la duda de su lealtad en la represión de la rebelión de Túpac Amaru en 1780. Ante el Gran Alzamiento, España había ofrecido esos fueros para atraer criollos y compensar su falta de soldados. Naturalmente, la derogación de esos fueros los aliena y los lleva a embanderarse con la causa de la independencia (Lynch 10-11).

Otra medida que ahondó la división social entre criollos y españoles fue el impulso de Carlos III a una gran inmigración española, calificada por Lynch como una "segunda conquista." El objetivo fue recuperar el control de la Corona sobre la administración colonial, por entonces en manos de criollos que, aunque ricos en propiedades, habían abandonado las actividades productivas para hacerse dependientes económicamente de sus puestos administrativos o de sus profesiones de leguleyos. El desplazamiento de los criollos de los puestos administrativos, más la riqueza que los inmigrantes (esta vez del norte de España) adquieren merced a su iniciativa y casamientos de conveniencia, aliena a los criollos. Naturalmente, el crecimiento demográfico del criollaje hizo imposible que tal control perdurara: a principios del siglo XIX, de una población continental de casi 17 millones, solamente 3,2 millones eran blancos, de los cuales sólo entre 30 y 40 mil eran españoles, o sea el 1,2 % de la población (Lynch 18-19).

Pero, si con la metrópoli las relaciones estaban alienadas, hacia dentro la relación con los diversos grupos étnicos preocupaba. Un factor importante perturbaba el sueño de los criollos en la América hispana: la posibilidad de un nuevo levantamiento indígena como el de Túpac Amaru, que al principio había despertado simpatías, pero que luego fue

[11] La carta estaba escrita en francés para que la pudieran leer los ingleses, de quienes Viscardo buscaba ayuda para pelear por la independencia. Los ingleses rehusaron ayudarlo porque estaban en buenas relaciones con los españoles en ese momento.

[12] Sin embargo, el revolucionario más reconocido al final del siglo XVIII es Miranda, que participó directamente en los campos de batalla ligados a la Revolución Francesa (Valmy, 1792) y siguió in-situ a la Revolución Norteamericana. Su heroismo en la primera le ganó la admiración de Napoleón y el grado de general en el ejército francés. Su nombre, grabado entre los héroes, engalana el Arco del Triunfo en París. Su relación con los padres de la independencia en la segunda le ayudó a formar una fuerza expedicionaria hacia Venezuela en 1806, para liberarla del poder español, la cual fracasó. Luego colaboró con Bolívar, que le sucedió en el mando luego que los españoles lo apresarán.

rechazado porque, entre otras cosas, planteaba la igualdad social de todos los habitantes, que aquéllos rechazaban por principios. Lynch sostiene que si bien el gran levantamiento apuntaba a la derogación de las iniciativas borbónicas, que imponían impuestos gravosos a los nativos, también denunciaba e intentaba parar el abuso de los indígenas de parte de los mismos criollos. Por lo tanto, más allá de que se viera con simpatía esa rebelión por haber ayudado a minar el poder de la monarquía española, lo cierto es que se temía un levantamiento indígena que hubiera comprometido el poder de los criollos[13] (Lynch 24).

Pero, el temor de los criollos puros también abarcaba a las bases sociales urbanas, lo que irónicamente los obligaba a acercarse al poder de los peninsulares. En efecto, la estratificación social y la brecha entre los criollos y los grupos étnicos que constituían la población urbana, que abarcaba desde el negro y sus mezclas hasta el mestizo, todos en la pobreza, no ofrecían garantías de estabilidad. En la memoria retumbaba el recuerdo de Haití y su rebelión independentista de 1804, que había llevado a los negros al poder. Esto se complicó aún más cuando la Corona abrió las puertas de la milicia a los pardos, lo que les dio fuero militar y promovió su ascenso social. La idea real no obedeció, naturalmente, a un rapto de humanismo, sino más bien al interés de eliminar las posibles tensiones raciales que el sistema de castas creaba y, de paso, crearles a los criollos un grupo que les hiciera competencia para debilitarlos. En Venezuela, por ejemplo, la aristocracia ganadera se queja ante el rey y critica sus medidas, aduciendo que los pardos usarían su nuevo estatus para "desparramar las perniciosas semillas de igualdad." (Lynch 22-23).

La suma de todas estas situaciones se traducen en una creciente pérdida de confianza hacia la Corona Española de parte de los criollos. Llegan a rechazar que se los considere como españoles. Pero, también son concientes de que sus privilegios, que no tenían cómo defender sin ayuda de la Corona, alienan a los sectores bajos de la sociedad, que representan nada menos que el 83% de la población. Es de imaginar que, cuando la monarquía española cae por la invasión napoleónica en 1808, se impone una reacción para auto protegerse. Como lo explica el mismo Bolívar en su carta al general Páez de

[13] La verdad es que la resistencia indígena venía operándose desde comienzos del siglo XVIII a causa de la demanda española de tributos, el pago del diezmo y los impuestos, los repartimientos y la mita, más los abusos de los corregidores. Prueba de ello son los ciento cuarenta levantamientos indígenas que ocurrieron entre 1708 y 1783. La gota que colmó la medida fue, sin embargo, el aumento de la alcabala (impuesto a las ventas) al 4% en 1772 y al 6% en 1776, y la instalación de puestos de recaudación para asegurar la recolección de impuestos (Lynch 165). Estas medidas afectaron a los indígenas, que habían sido obligados previamente a acometer tareas productivas mediante la imposición de préstamos que nunca terminaban de pagar y los sometía de hecho a servidumbre por deuda de por vida. Obviamente, el aumento de los impuestos agravaba su ya precaria situación.

Tupac Amaru, un cacique educado y con conexiones en el territorio peruano, fue el líder natural ante esas circunstancias. Pero, cometió un error: habló en términos igualitarios a negros, criollos, indígenas, zambos y mestizos, prometiéndoles protección ante la opresión de los europeos. Obviamente, los criollos no aceptaron esto, porque eran los directos beneficiarios del sistema de explotación colonial al indígena y porque no tenían confianza en poder realmente controlar el movimiento. Por lo tanto no se puede incluir como antecedente independentista el alzamiento de Tupac Amaru, ya que ese tema no estaba en su agenda y la intención de su lucha era solamente eliminar esos impuestos y terminar con los abusos de españoles y criollos. Paradójicamente, al final los beneficiarios fueron los mismos criollos, ya que la rebelión les hizo tomar conciencia de su poder de negociación como grupo, mientras los españoles comprendieron que su suerte dependía de ahí en más del grado de cooperación que se pudiera dar entre los criollos y los demás grupos oprimidos.

Agosto 4 de 1826, los criollos no podían quedarse de brazos cruzados (Lynch 24). El ejemplo de Haití era demasiado reciente.

Ahora bien, si bien estaba claro que el marco negativo de las relaciones con España sólo se podía saldar con la emancipación, esto no significó que no hubiera diferencias entre los criollos. Así como las divisiones territoriales y administrativas previas a la independencia fueron fundamentales para determinar los límites de las diferentes repúblicas, la distancia creaba diferencias culturales y económicas que derivaron en una falta de integración entre las colonias, que llevó a que cada región buscara sus propias soluciones. (Lynch 25-26).

Contrario a lo que se asume generalmente, Lynch niega que la independencia americana de España haya sido producto de la influencia del iluminismo o los filósofos franceses[14]. Según este investigador, si bien los intelectuales franceses eran bien conocidos por algunos miembros de las elites americanas, la realidad era que atraían más como curiosidad que como inspiración. Lo que más les interesaba eran sus ideas de libertad, que servían a los fines de justificar una actitud revolucionaria que ya había madurado. Pero, diferente era la actitud criolla ante las proclamaciones de igualdad de la Revolución Francesa, especialmente luego de conocerse los sucesos de Haití, donde una revolución de esclavos, que se extendió a las colonias de esclavos de Venezuela, terminó con la proclamación de una república independiente (Lynch 27-28).

Diferente actitud relaciona a los criollos con la Revolución Norteamericana, según Lynch. Sus ideas de libertad y el republicanismo fue un modelo inspirador y sus líderes eran conocidos y admirados a través de sus escritos, que circulaban por la América hispana. Bolívar mismo admiraba críticamente a Washington. La idea de libre comercio practicada en el norte atrae a los mercaderes del sur, sumergidos económicamente por el monopolio español. Esto se refleja en las constituciones latinoamericanas, las cuales siguen el modelo del norte y adoptan, de paso, sus ideas de federalismo. Sin embargo, según Lynch, es difícil medir hasta dónde llega esa influencia. En todo caso, sí ayudó a los criollos a tomar conciencia de su propio entorno (Lynch 29-30).

Finalmente, la oportunidad para buscar la emancipación llega con la invasión de Napoleón a España en 1807/08. Desde la muerte de Carlos III en 1788, España había perdido definitivamente su rumbo político. Desde 1793 a 1796 guerrea contra Francia, pero a partir de ese año es arrastrada por este país hacia un papel subalterno en su guerra con Inglaterra. En represalia, ésta le corta las rutas marítimas con América, lo que hace colapsar el comercio con la colonia. El golpe final le llega con la derrota en Trafalgar en 1805 y la destrucción de su flota atlántica. A todos estos desastres políticos, España respondió erráticamente, permitiendo o prohibiendo nominal e inútilmente el libre comercio, en función de presiones políticas y económicas circunstanciales. La realidad era que ya no tenía poder para imponer un control en sus colonias. Por ello, la destitución napoleónica de la monarquía española no viene más que a reconocer un estado de cosas y a crear el espacio político como para justificar la necesidad de independencia de las colonias (Lynch 35-37).

[14] Habría que definir un antes y un después de la Revolución Francesa. Como se dijo antes, Viscardo es inspirado por Montesquieu, Voltaire y Rousseau, lo que prueba la gran influencia del iluminismo en los precursores de la independencia. Pero, Viscardo murió en 1792, tres años después de esa revolución, por lo que no tuvo tiempo de asistir a todas sus consecuencias.

En cuanto al proceso independentista en sí, la lucha tuvo sus paradojas regionales, aunque la crueldad acompañó en todos los casos. En México, en 1810, ante la rebelión del cura Hidalgo y sus huestes indígenas y campesinas pobres, los criollos se alinean con los españoles para defenderse y mantener el poder español. Sin embargo, en 1821, ante la revolución del general Riego en España y la proclamación de leyes liberales, los criollos mexicanos, con apoyo de la iglesia y militares españoles conservadores, se declaran independientes y proclaman a Agustín de Iturbide emperador. En cambio, el Perú debe su independencia al esfuerzo externo y combinado de San Martín y Bolívar, no a una acción interna de los criollos peruanos. A su vez Centroamérica, que había comenzado en 1823 su proceso emancipatorio como reflejo de lo que pasaba en México con Iturbide, completa su separación en cinco repúblicas en 1838. Para esta misma época la Gran Colombia de Bolívar ya era parte del pasado, pues para 1830 ya se había desmembrado en las tres repúblicas actuales de Colombia, Venezuela y Ecuador. En otros casos, la creación de una nueva nación dependió de las presiones internacionales, como el caso de Panamá en 1903 (Seton 220). La guerra tuvo, entonces, sus avances y sus retrocesos, ya que se peleó en un vasto territorio con grandes pérdidas militares y civiles, mientras la lucha estuvo signada por crueles actos de represión contra la población civil de ambos lados.

Con el tiempo, el devenir de los países hispanoamericanos siguió distintos rumbos, en función de los intereses económicos en juego. En el caso argentino ese avance estuvo marcado por la idea de acceder a la modernidad a través de la enajenación del país al capital extranjero. Pero, el proceso no fue gratuito para quienes lo diseñaron. Justamente, una de las medidas que acompañó ese proceso, la inmigración, tuvo su impacto quizás más demoledor por sus consecuencias ideológicas. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Argentina recibe 3.500.000 inmigrantes y alrededor de 1.500.000 entre las dos guerras (Seton 221). Poco cuesta imaginar el impacto cultural que tal afluencia poblacional extranjera puede haber tenido en una población local que rondaba los 10 millones de habitantes en 1900 (Seton 222-223). Obviamente, hablar de "nación" ante estos datos demográficos es un contrasentido, debido a la ausencia de una cultura uniforme. Si para ser legítimo en sus pretensiones de representatividad, el estado y sus formas deberían representar la legitimación política de la cultura, este no es el caso hacia 1900, donde la dispersión cultural de la población hace imposible visualizar un estado y un poder político realmente representativo, desde el plano cultural, de la sociedad. Quizás esto explique las sucesivas maniobras fraudulentas de Roca para mantener el poder de la oligarquía entre 1880 y 1905. En conclusión, no hay nada que demuestre que el modelo de estado impuesto después de la caída de Rosas se corresponda culturalmente con el nivel de desarrollo histórico de la sociedad. Esta disfuncionalidad entre contenido y forma o cultura y sistema explica la inestabilidad histórica del país, que llega hasta nuestros días montado en dicotomías más modernas pero mutuamente excluyentes, que demuestran que el faccionalismo sigue vigente no sólo en nuestro país, sino en casi toda Latinoamérica.

Latinoamérica y Estados Unidos: Pocas coincidencias, muchas diferencias

En la comparación de los procesos que llevan a la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y de Hispanoamérica de Inglaterra y España respectivamente, ya hemos señalado los coincidentes, como el efecto que tuvieron las restricciones

comerciales en la decisión de buscar la independencia. Ahora corresponde mencionar los diferenciadores, los más sutiles que tienen que ver con los planos culturales de la sociedad. Efectivamente, muchos componentes objetivos y subjetivos agrupan y al mismo tiempo diferencian a ambos procesos emancipadores. Por empezar, los une el hecho de que ambas Américas revistieran en calidad de colonias ante los poderes europeos, lo cual definía un tipo de relación. También las influencias de la ilustración y las ideas de libertad, igualdad y fraternidad del siglo XVIII europeo. Pero, los diferencia el hecho de que mientras el proceso de emancipación en los EE.UU. es calculado y producto de la maduración y ebullición de una nueva clase social, capitalista, emprendedora y expansionista en el mundo de los negocios, en Hispanoamérica el proceso arrastra el lastre de la mentalidad medieval heredada de España: el individualismo anárquico, el nepotismo, el militarismo y el clericalismo, los códigos de honor, la idea de la propiedad de la tierra como factor de riqueza y no la industria, el desprecio por el trabajo manual, el fanatismo religioso, la idea de la alcurnia familiar como determinante de la posición social del individuo, entre otros. Quizás la más simbólica de las diferencias lo constituya el hecho de que mientras Bolívar muere defendiendo la conveniencia de una dictadura vitalicia para él mismo en 1830, dos años antes, en 1828, en los Estados Unidos se afirma la democracia ampliando el derecho al voto a todos los ciudadanos, gracias a los cuales llega al poder un hombre común y rudo, surgido del pueblo mismo: Andrew Jackson.

Las diferencias entre ambos procesos también se exponen si se analiza la procedencia social de los representantes a sus respectivos congresos independentistas: mientras al Congreso de Tucumán acuden abogados, curas y militares ligados a los sectores con prestigio social heredado de la colonia, al de Filadelfia llegan hombres de negocios, hacendados, especuladores de tierra. Esta diferencia en la mentalidad de los congresistas explica que mientras en el norte el estado es puesto desde un principio al servicio de un desarrollo capitalista y expansionista por naturaleza, en Hispanoamérica la construcción del estado es demorada por las luchas entre una facción retrógrada y reaccionaria que triunfa llevando a Rosas al poder y otra extranjerizante, que sólo aspira a parecerse a sus amos intelectuales.

En comparación con los Estados Unidos, la mentalidad económica de la sociedad hispanoamericana al momento de la independencia es muy atrasada. Aquí, la actitud de las masas ante la emancipación se compadece con el nivel de desarrollo atrasado de las relaciones sociales. Al igual que en España, en sus colonias no existe una vocación ni una dinámica capitalista en la sociedad, ni tampoco un grupo dirigente embebido en las ideas de tal sistema. Por el contrario, el vasto territorio de la América hispana está habitado por una sociedad estratificada en clases, sin movilidad social, que funciona sobre la base de una relación semifeudal en el plano económico, lo cual impide, por su propia naturaleza, el desarrollo de cualquier idea progresista. Ya que todo se asentaba en el poder de algunas familias tradicionales, para el hombre común no había ningún lugar o forma de canalizar pacíficamente ninguna iniciativa que garantizara la superación de los lazos de dependencia en que había nacido. En este sentido, Rosas y su estilo de gobierno no son más que la manifestación política de un sistema de relaciones sociales atrasadas, pero vigentes en la misma sociedad.

Por otro lado, si bien tanto la sociedad norteamericana, como la criolla de fines del siglo XVIII, estaba compuesta por individuos que hacía tiempo habían perdido su

conexión espiritual con el país de sus ancestros, lo cierto es que la de los EE. UU. se ve engrosada con el arribo de una gran cantidad de inmigrantes provenientes de naciones como Holanda, Suecia, Alemania e Irlanda. Esto no pasaría de ser un dato demográfico más si no fuera porque esa inmigración arrastra consigo no sólo las destrezas técnicas y la madurez civilizatoria de sus sociedades de origen, sino también un componente vital y emocional de gran valor en la lucha por la emancipación y la consolidación nacional: su odio ancestral hacia la Gran Bretaña, más sus ansias de construir una alternativa frente a la decrepitud de las monarquías europeas. Por lo tanto no fue tanto la oposición a pagar impuestos sin tener el correspondiente derecho a elegir representantes o los impedimentos al libre comercio lo que alimentó la independencia norteamericana, como se aduce, lo que impulsó la independencia. Impuestos siempre hubo y las leyes monopólicas de la corona eran pasadas por alto mediante el contrabando y la explotación del mercado indígena en la frontera. La realidad era que la sujeción política a la Corona Británica era disfuncional con el tiempo histórico en que la sociedad norteamericana comenzaba a vivir: el tiempo del capitalismo emergente como fenómeno civilizatorio y de progreso.

Ahora bien, lo dicho no implica sugerir que la idea de la independencia hubiera sido unánime al comienzo. Faulkner recuerda que, contrariamente a lo que se cree, no todos los estados que luego conformaron la Unión apoyaron el proceso independentista. Sólo Massachussets y los hacendados o plantadores ricos de tabaco de Virginia –Washington entre ellos- lo hicieron. Estos últimos por una razón práctica: la independencia implicaba el desconocimiento de sus deudas con la corona británica. En cambio, Nueva York y Nueva Jersey fueron hostiles a la misma, porque el antiguo régimen colonial los beneficiaba. Es justamente este disenso el que da origen a los dos grupos políticos de entonces: los Whigs o liberales, que apoyaron la independencia y los Tories o realistas, que se opusieron[15]. Sin embargo, derrotados estos y confiscados sus bienes al comienzo mismo de la guerra de independencia, el país se dirigió hacia la implementación de un modelo capitalista y, desde 1800, a la perfección de su sistema democrático. Por lo tanto, si se excluye al sur esclavista, los que dirigieron el movimiento emancipador actuaron desde un primer momento dentro de una estructura ideológica afín al capitalismo, a la cual llegaron a través de una evolución propia.

Proceso parecido en la superficie, aunque diferente en su esencia, se da en el Río de la Plata. Aquí también el proceso emancipador y sus contradicciones internas deriva en la creación de dos facciones como en los Estados Unidos: una federal y otra unitaria. Pero la confrontación ideológica se da en otro nivel. En los primeros se representa la continuidad de las estructuras coloniales, económicas y mentales. Esto explica que las relaciones entre sus mandamases y las masas fueran de carácter medieval, primitivo y paternalista. Sus intereses no iban más allá del mantenimiento de sus feudos provinciales, donde su palabra era la ley. En otras palabras, representaban la continuidad de la colonia, pero con rostros criollos. Del lado unitario la situación no era mejor. Su desconexión con el pueblo y su cultura era total. En esta facción operaba una elite urbana con base en las familias tradicionales, la cual trataba de llevar adelante sus utopías políticas, alimentadas en lecturas foraneas completamente desconectadas de la realidad social que los rodeaba.

[15] Sus tierras fueron confiscadas, divididas en parcelas y vendidas. Además se eliminó la primogenitura y la renta feudal que se pagaba a la aristocracia. Todo por disposición del Congreso de 1777. Como se aprecia, la reforma agraria no fue un invento socialista del siglo XX.

A los pies de ambas facciones se extendía un pueblo semianalfabeto, pobre y disperso, obligado a obedecer por unos y a no entender nada por otros. Por lo tanto, la disputa entre federales y unitarios no constituye un conflicto entre dos ideas de desarrollo, sino un conflicto entre utopías: una tratando de mantener el pasado cuando en el mundo ya había aparecido el capitalismo y otra tratando de saltar etapas para acceder al mito del progreso, copiando o adaptando lo extranjero y pasando por alto el nivel de desarrollo histórico de la sociedad.

La trayectoria seguida por ambas Américas después de la independencia también las separa. Terminada la guerra emancipadora en los Estados Unidos, la necesidad de un poder central fuerte a fines del siglo XVIII estuvo definida por varias necesidades esencialmente expansionistas: la industria manufacturera del norte no podía competir con la inglesa y reclamaba tarifas a las importaciones; los dueños de los barcos necesitaban seguridad en alta mar y los capitalistas una moneda fuerte y protección contra los deudores. A su vez, los banqueros querían seguridad financiera, mientras que el especulador en tierras del oeste demandaba seguridad militar contra el indígena. Todas estas demandas justificaban la necesidad de un gobierno central y, obviamente, de una constitución, que se concreta en Filadelfia en 1787.

En cambio, lo que se tuvo en el Río de la Plata a partir de 1810 fue un territorio nominalmente unido por una matriz administrativa que se había heredado de la colonia, pero completamente atomizado por las luchas entre caudillos y facciones por el poder. Como se sabe, las luchas por establecer cierta organización nacional recién terminan hacia 1860, cincuenta años después de la emancipación. Sin embargo, esto no significa que a partir de ahí el modelo de nación implementado respondiera a un diseño propio. Por el contrario, la adscripción irrestricta del país a la división internacional del trabajo y al área de influencia del capital inglés a partir de 1880 con el fin de acceder a la modernidad, demuestra que lo que se buscó fue un desarrollo postizo, en el cual la oligarquía se vio a sí misma garantizando la paz interior y las ganancias de las compañías extranjeras a cambio del usufructo del poder. A las masas, engrosada con el inmigrante expulsado por la miseria de Europa, sólo se le reservó, en cambio, la posibilidad de vender su esfuerzo en la factoría que lo admitiera. Esta desarmonía entre los grupos en pugna por el poder y la sociedad, explica la constante inestabilidad en el devenir político nacional.

En conclusión, si bien ambos procesos partieron de situaciones similares frente a la metrópoli, la evolución los separó. Estas diferencias se podrían resumir en dos ideas: mientras en el proceso posterior a la independencia norteamericana lo político se subordinó a lo económico, en el de Hispanoamérica lo económico se subordinó a lo político. Mientras en el norte el modelo político respondió a la mentalidad capitalista de la sociedad, lo que armonizó el sistema con la sociedad, en el sur el modelo económico se ajustó a las veleidades e intereses de las facciones políticas, mientras la sociedad permanecía al margen. Los resultados están a la vista.

Esta diferencia esencial explica el sentido del desarrollo histórico en el Río de la Plata, que se transfiere al plano artístico para explicar la obra de los autores de la generación del 37. Dado que aquí no había un desarrollo económico capitalista que garantizara el acceso a los mitos de la modernidad, es que las elites intelectuales se plantean tomar el poder político, para imponerlos a la sociedad. Como se sabe, a la larga sus propuestas triunfan luego del derrocamiento de Rosas, con la creación de un estado

moderno en la superficie, pero disfuncional en su esencia y relación al nivel de desarrollo histórico de la sociedad. La Argentina conflictiva de fines del siglo XIX y comienzos del XX no es otra que la que Echeverría, Mármol y Sarmiento propusieron en su producción literaria.

2

LA GENERACIÓN DEL 37 Y SUS MITOS

Visto desde la distancia que impone más de un siglo y medio, uno de los aspectos que resalta en toda la visión de ese grupo de jóvenes intelectuales que se aglutinan en el Salón Literario de Echeverría, es el proceso de mitificación que construyen en torno a Europa y a la experiencia norteamericana, como paso previo a la aplicación de sus principios de gobierno a su propia patria, con el fin de acceder a lo que ellos entendían como civilización o progreso. Salvo Echeverría, que había estado en Francia entre 1825 y 1830, ninguno conocía el viejo mundo y menos aún el país del norte. Sin embargo construyen una idea alrededor de estos países, que luego tratan de imitar y de aplicar una vez llegados al poder, pasando por alto las condiciones locales, lo cual los hace intelectualmente utópicos y, en la práctica, los desconecta del pueblo a quien pretendían servir.

Si nos atenemos a Mannheim, sus actitudes se corresponden con una de las formas de la mentalidad utópica, la liberal-humanitaria, que surge en el siglo XVIII francés, después de dejar atrás la milenaria medieval, que cifraba sus esperanzas en el retorno de Cristo y la abrupta instalación del reino de Dios en la tierra por los próximos mil años. Aquélla se diferencia de ésta en que no asume el fin abrupto de una era, sino que ve el desarrollo histórico como un progreso unilinear. Esta "idea" implica dos cosas: que la historia tiene un sentido que, con el paso del tiempo, la aproxima más y más a lo racional y que los cambios son progresivos. Quienes actúan desde esta perspectiva, revisten su discurso de racionalidad y ética con el fin de ganar la conciencia moral de la sociedad, con la esperanza de que ésta actúe de inspiración para lograr una sociedad justa. El que mejor expresa esta idea en el Siglo de las Luces para Mannheim es Condorcet (1743-1794), un filósofo francés cuyos escritos engloban todos los valores del iluminismo y el racionalismo francés del siglo XVIII: el libre comercio, la educación pública, la igualdad de derechos para la mujer y el hombre y el republicanismo (Mannheim 219-229).

Imposible desconectar estas propuestas de las de la Generación del 37. Condorcet les era conocido, lo mismo que los demás intelectuales de la época, muchos de los cuales según el mismo Alberdi, fueron introducidos al Río de la Plata por el mismo Echeverría a su vuelta de París. Sin embargo, dadas las condiciones particulares heredadas del colonialismo en la región, donde el atraso político implicado en la dictadura de Rosas y el caudillismo de mentalidad medieval hacían imposible vislumbrar alguna posibilidad de evolución, la desesperación por alcanzar la utopía evoluciona y los lleva a desarrollar una concepción elitista del poder, con el fin de justificar la imposición del progreso a una sociedad no preparada para asumirlo o concretarlo, dado su atraso histórico. El que mejor representa esta evolución en el Río de la Plata es Sarmiento con todas sus medidas de gobierno y creación de instituciones, y luego Roca con su alianza al capitalismo inglés con tal de alcanzar el mito civilizatorio.

La mitificación de Europa lleva a la intelectualidad rioplatense a imitar en lo artístico y lo político a los intelectuales europeos del siglo XVIII y XIX. Respecto a lo primero, el Romanticismo y luego el Realismo y el Naturalismo rioplatense surgen como

adaptación de lo que se hacía en el viejo continente. En lo político, en cambio, aparecen dos etapas: Al principio, hasta 1850 más o menos, un alineamiento con las ideas que la intelectualidad francesa creaba a partir de su realidad, a las que vieron como lo más avanzado que la sociedad humana podía producir y, por lo tanto, adoptaron como propias. Luego, en la segunda mitad del siglo XIX una adhesión pragmática a lo que se hacía en los Estados Unidos, país del cual Sarmiento trató de tomar el modelo para aplicarlo una vez llegado a la presidencia en 1868. Esto, naturalmente, no sólo privó de originalidad a la postura intelectual de su generación y al modelo político que luego construyeron los sobrevivientes de la misma, sino que también influenció en la conducta social, impulsando una cultura imitativa en la sociedad.

Si se considera la visión negativa de algunos pensadores europeos sobre Europa, la actitud de los intelectuales criollos sorprende. Efectivamente, ya Voltaire había destruido en el siglo XVIII el mito del viejo continente como antorcha civilizatoria, al haber acusado al cristianismo y a los papas de todos sus males históricos. Pero, tampoco escaseaba información como para mirar con cautela a Estados Unidos, donde su propia evolución a partir de la independencia ofrecía claroscuros. Aquí, la corrupción bancaria, la especulación con las tierras, la conquista del oeste y el consiguiente avasallamiento de los indígenas en nombre de la civilización, la esclavitud sureña y la política de expansión sobre México sugerían mirar con reserva todo lo que allí pasaba. Sin embargo, los intelectuales rioplatenses se aferran al mito y se dejan llevar por el voluntarismo intelectual, negando en ese proceso ideológico interno la posibilidad de generar un modelo propio de nación.

En la actitud de subordinación intelectual a lo externo de parte de esta generación convergerían tres motivos. El primero podría explicarse como originado en la necesidad de justificarse intelectualmente ante sí misma y ante su propia sociedad. El estar en sintonía con las ideas de avanzada daba prestigio y autoridad, máxime ante una sociedad remota y aislada como en la que vivían. El segundo, la ilusión de identificarse con la Europa del progreso para diferenciarse de España, a la que se repudiaba por su atraso y por haber sido poder colonial. El tercero tiene que ver con la desesperación política que generaba la presencia de Rosas en el poder. La ansiedad por encontrar un modelo político que garantizara una salida a la dictadura, los impulsa a creer que adoptando las medidas políticas elaboradas a la luz de otras realidades, el país saltaría etapas históricas y accedería al mito civilizatorio.

Se podría decir que la actitud intelectual y política de esa generación quedó específicamente definida en el mismo momento de fundar la Asociación de Mayo y el Salón Literario[16], bastiones esencialmente ideológicos liderados por Esteban Echeverría para enfrentar a Rosas e introducir las nuevas ideas que la intelectualidad francesa generaba a la luz de su experiencia. Como se sabe, el autor de El matadero había vuelto de Francia en 1830, trayendo consigo todas las ideas de vanguardia de aquella sociedad, tanto en el plano artístico como político, circunstancia que le aportó autoridad intelectual y lo llevó a transformarse en el líder natural de aquellos jóvenes, ávidos de encontrar referencias en su búsqueda de un modelo de nación.

[16] En ese agrupación participaron, además de Echeverría, Juan B. Alberdi, Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor, Félix Frías, Vicente Fidel Lípez, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, que creó la filial San Juan y otros. Vale decir, casi toda la intelectualidad que luego definió, directa o indirectamente, el modelo del estado.

Desde su perspectiva, el nuevo país que pretendían refundar debía estar alineado conceptualmente con la utopía del mito de la civilización y el progreso, por entonces simbolizado en Europa. Esto fue proclamado directamente por Juan M. Gutiérrez en su discurso inaugural, cuando declaró el rompimiento intelectual y artístico con España y la adhesión a la Europa del "progreso"; a la representada intelectualmente en Francia. La desesperación que caracterizó esa búsqueda los llevó a pasar por alto las condiciones históricas que hacían posible la capacidad creadora europea. Creyeron que adaptando o adoptando directamente esas experiencias no sólo superarían etapas, sino que se justificarían en nombre de un principio superior, cual era el de alinear el país con aquel mito.

Lo que siguió a la caída de Rosas ya es conocido. Aunque lo político no es nuestro objetivo, si es importante recordarlo, porque lo artístico se puso a su servicio, lo que obliga a ver ambos planos en una relación recíproca, realimentándose uno a otro. El objetivo de los intelectuales fue claro: servir y apoyar un modelo de nación identificado con el liberalismo, en nombre del progreso. Sin embargo, la realidad social les opuso sus propias formas y variantes, lo que los llevó a caer en el mesianismo y el elitismo como fórmula idonea de gobierno; a creer que el progreso se podía imponer despóticamente[17] para salvar a la sociedad del atraso, pasando por alto los factores históricos que lo impedían. Esto explica, en parte, la sucesión de políticas que se implementaron a partir de entonces, muchas de ellas violentas, las cuales duraron hasta bien entrado el siglo XX. El asesinato de caudillos como Peñaloza, la Campaña del Desierto para expulsar de sus tierras a los indígenas y afianzar el dominio territorial, la construcción de un sistema ferroviario convergente sobre el puerto para apoyar un modelo exportador de desarrollo, el diseño del sistema educativo para generar individuos instruidos y disciplinados que sirvieran en la factoría, la creación de las academias militares para garantizar el control interno, la apertura irrestricta al capital inglés y la política inmigratoria de puertas abiertas para cambiar racialmente la sociedad, entre tantas otras medidas, no son sino ejemplos de las políticas que se implementaron con el fin de acceder al "paraíso prometido" del progreso.

En torno a lo político

Para explicar la actitud artística y política de la Generación del 37, es necesario comenzar recordando su visión del proceso de emancipación argentino. Para ellos, éste fue un producto intelectual del iluminismo francés. Para entonces, como lo afirma Sarmiento, la idea de libertad ya había madurado:

> Con las paradojas del Contrato Social se sublevó la Francia; Buenos Aires hizo lo mismo; Voltaire había desacreditado al Cristianismo; se desacreditó también en Buenos Aires; Montesquiú distinguió tres poderes, y al punto tres poderes tuvimos nosotros…. Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. (Facundo 143)

Sin embargo, la visión de Sarmiento pasa por alto otras causas más simples y menos prestigiosas que quizás hayan sido más importantes al momento de considerar la

[17] Tal la acusación de Alberdi a Sarmiento.

decisión, como el miedo de los criollos a la rebelión de las otras etnias que conformaban la sociedad iberoamericana, quizás más víctimas aún que ellos del sistema colonial: los negros y los indígenas. Seguramente todavía estaban frescas en la memoria los recuerdos de la reciente independencia de Haití, donde los descendientes de africanos habían tomado el poder y la rebelión de Tupac Amaru, en gran parte contra los mismos criollos.

De todas maneras, para el momento en que estos jóvenes se asocian, el proceso iniciado en 1810 había fracasado. Lo que había comenzado como la posibilidad de evolucionar hacia un régimen de libertad, igualdad y progreso, inspirado en los ideales del siglo XVIII francés, había sido derrotado. Vanos habían sido los intentos de hombres como Moreno, de alinear a la naciente nación con esos ideales. La realidad era que los pragmáticos conservadores, los que solamente vieron en la emancipación la posibilidad de alzarse con el poder, lograron sus objetivos, como lo demostraba el mismo Rosas, un sujeto que ni siquiera había participado en las luchas por la independencia.

Pero, además, para la época de creación del Salón Literario, el entusiasmo con algunas ideas y experiencias externas que habían alimentado a los idealistas de 1810 había disminuido. Los ideales de igualdad de la Revolución Francesa habían quedado destrozados ante el espectáculo de terror que siguió a ella, lo cual llenó de temor a los criollos. Como luego dijera Sarmiento, "sólo después de la revolución de 1830 en Francia y de sus resultados incompletos, las ciencias sociales toman nueva dirección, y se comienzan a desvanecer las ilusiones" (Facundo 143). Esas ilusiones caídas no eran otras que los ideales de igualdad, libertad y fraternidad que habían absorbido de Rousseau, que para 1830 yacían en el cesto del olvido. Esto explica no sólo la reserva con que luego esta generación miró al pueblo o lo popular, expresado por el habitante mestizo o gaucho, sino también el recelo con que se consideró la participación de las masas en las decisiones políticas.

En resumen, reconocido el fracaso político de Mayo, el problema para esa generación de intelectuales fue cómo recrear los ideales de la revolución de 1810 con la preservación de sus intereses de grupo. Sarmiento decía "nosotros queríamos la unidad en la civilización y en la libertad" (Facundo 24), pero el problema era cómo poner en práctica esas ideas utópicas en una sociedad que recién se había liberado del yugo colonial y conformaba una sociedad extremadamente estratificada, donde el criollo blanco ocupaba el vértice de la pirámide y hacia su base se extendían los negros, los indígenas y todas las posibles mezclas raciales que el despotismo colonial había producido. Para empeorar las cosas, esa población se hallaba desparramada en un territorio inmenso, compartida entre un puñado de centros urbanos y un interior pobre, residencia de una masa semi analfabeta, acostumbrada a vivir al margen del sistema colonial.

La respuesta a esas inquietudes fue un proyecto político excluyente de las mayorías, el cual les garantizaba el poder y la posibilidad de construir sus utopías. De ahí que plantearan no incluir en las decisiones políticas a los individuos no emancipados[18],

[18] Esta idea elitista tiene su base en el pensamiento de Montesquiú (1694-1748), un pensador clave del Iluminismo e influyente en todo el ideario independentista sudamericano. Montesquiú propone en su obra El espíritu de las leyes limitar el derecho de los que pueden votar, excluyendo a aquellos que por su pobreza son totalmente dependientes y no tienen una voluntad propia ("Acerca de la Constitución de Inglaterra"). También que los más ignorantes [en cuestiones políticas] deben ser ilustrados por la gente importante y sometidos a la opinión y peso de ciertos hombres inminentes ("Acerca del gobierno

siguiendo la idea de algunos pensadores franceses y la experiencia norteamericana, donde hasta 1828 se debía ser propietario para poder votar. No extraña entonces que rechazaran los postulados de igualdad de la revolución de 1810, por considerar que la sociedad no estaba preparada para ejercer sus derechos políticos.

Ahora bien, cómo era el mundo europeo, al cual habían mitificado para transformarlo en ejemplo. Europa era a comienzos del siglo XIX una contradicción. Por un lado, había recorrido un largo camino histórico que la llevó a constituirse en la fuerza dominante en el escenario mundial. Varios factores se habían combinado para que ello fuera posible: el aumento de su población, la conquista de América, el desarrollo del capitalismo, el dominio de los mares, la colonización de África y partes de Asia, el dominio tecnológico y el progreso de su industria. Toda esa combinación hizo posible que se constituyera en poder ante el mundo y que se expandiera. Esa expansión también había sido posible porque, en el plano humano, en la Europa progresista se había desarrollado un tipo de individuo con talento e iniciativa; con mentalidad urbana, comercial y aventurera. De aquí saldría con el tiempo la burguesía progresista que le permitió diferenciarse del este europeo, dominado por el atraso, la falta de evolución política y la presencia de una sociedad reducida a la servidumbre por una aristocracia parásita.

Sin embargo, el hecho de que se accediera a todos esos logros no implicó que los beneficios llegaran a toda la sociedad. A pesar de ese avance material, Europa seguía siendo una sociedad económicamente pobre, donde los beneficios del esfuerzo productivo social eran apropiados por una minoría. Francia, era el mejor ejemplo de esos desajustes con su industria primitiva y su economía de base rural. Aquí, la vida económica seguía girando alrededor de la producción en el campo, sostenida por una población semi analfabeta, aunque el poder, el comercio, las posibilidades de educación, el desarrollo de las artes y el control de las comunicaciones se daban o controlaban desde los pueblos. España era otro ejemplo de esos desequilibrios: a mediados de siglo, sobre una población de 15 millones, 12 millones eran analfabetos.

Esta situación desvelaba a los intelectuales europeos de avanzada. El problema para ellos era cómo armonizar los beneficios del avance de su civilización con el de su sociedad en términos de progreso económico, educación, salud y justicia; cómo dotar a las masas de una capacidad económica que garantizara la expansión económica, que se vislumbraba con el advenimiento de la máquina en la cadena productiva; cómo encausar institucionalmente a esas mismas masas que habían asaltado el poder para cuestionar con su acción y en un plano universal, todo el andamiaje monárquico que hasta entonces parecía producto de una decisión divina.

En el plano político, todo ese proceso social había dado resultados dispares en cada país. Si bien el constitucionalismo, el voto popular y la legalización de sindicatos en algunos países habían brindado un reaseguro ante las posibilidades de rebeliones populares, por el otro el proceso no era linear a lo largo y ancho del espacio europeo. Cada región o país tenía sus avances y retrocesos. Las autocracias y los despotismos se turnaban en su historia, junto con las rebeliones de campesinos y sectores emergentes de la sociedad, sin contar las revoluciones como la francesa, que buscaban dar respuesta a nuevas necesidades sociales, producto de la misma evolución histórica. Por lo tanto, si

---

republicano"). Como se ve, el elitismo que luego dominaría el terreno de las ideas en los países hispanoamericanos en el siglo XIX, tiene su justificación intelectual en el siglo XVIII.

por progreso político entendemos un sistema constitucionalista fundado en la decisión política de los ciudadanos, Europa con la excepción de Inglaterra y Holanda estaba en franco retroceso político a comienzos del siglo XIX, lo que no impide considerarla como la más evolucionada del planeta.

Por lo tanto, las condiciones en que la intelectualidad progresista europea desarrollaba sus teorías políticas y sociales respondían a una situación concreta, producto del desarrollo histórico en que sus sociedades se encontraban. Obvia decir que la situación en la América hispana estaba muy lejos de exhibir los mismos problemas, simplemente por haber sido colonia de España. Sin embargo, esa diferencia abismal de desarrollo histórico entre Europa y América no fue obstáculo para que los intelectuales rioplatenses intentaran adoptar las ideas de avanzada europeas como solución a los problemas propios. Esas ideas se pueden dividir en dos áreas: la artística y la filosófica[19].

En torno a lo artístico

Explicar la estética que guió a la generación del 37 en su producción literaria, demanda nuevamente reconocer la influencia de la Europa progresista en el devenir intelectual rioplatense. Esta vez el vehículo fue el Romanticismo europeo, a cuyas ideas se adhirieron y se le agregaron otras funciones. Efectivamente, introducida la nueva moda al Río de la Plata por Echeverría a su regreso de Francia en 1830, se aprovecharon sus postulados para agregarle a lo artístico una función extra literaria: la política. El objetivo fue usar la literatura para combatir a Rosas, lo que Echeverría inaugura en su memorable obra El matadero, y se continúa en el Facundo de Sarmiento y en Amalia de Mármol.

Ser romántico implicaba incluir lo emocional en la percepción y representación del mundo. Rechazado el canon neo-clásico que recordaba a España, el Romanticismo enfatizó el papel de la sensibilidad personal en la representación de la realidad. Pero si en Europa esta nueva forma de aproximación permitía expresar "la ansiedad por creer en algo en medio de una sociedad descreída, la desesperación por vivir en una sociedad rápidamente cambiante y en un mundo incierto" (Allen 26-27), en Argentina facilitó canalizar la tensión entre la conciencia del artista y el contexto político y social adverso en que le tocaba vivir. Una obra como El matadero es la mejor ilustración de esa literatura producida a partir del odio más visceral hacia el cuadro social que actuaba como soporte de la dictadura de Rosas.

Ahora bien, la adopción del Romanticismo europeo en Argentina tuvo diversas implicancias y características. En primer lugar, significó el rompimiento intelectual con España, a cuya literatura se rechazó por estar encorsetada en la forma que le imponía el canon neoclásico, mientras se la acusaba de poco original y de imitadora de otras europeas. Basta recordar cómo Echeverría ataca al español Alcalá Galeano en "Ojeada retrospectiva" del Dogma Socialista, para comprender el alcance profundo de ese rechazo

[19] Lamentablemente, el hecho de que una figura tan carismática como Echeverría falleciera antes de Caseros, en 1850, privó de la posibilidad de conocer alguna alternativa a ese desarrollo. Su evolución y hostilidad hacia la explotación del hombre por el hombre en el sistema capitalista hacia el final de su vida, manifestada en su "Sentido Filosófico de la Revolución de Febrero [de 1848]," revela una evolución de su pensamiento hacia otras posiciones. En cambio, otros como Sarmiento, que con su voluntarismo se negó a analizar esa colateralidad del sistema capitalista, continuaron con su prédica de alineación incondicional con ese sistema que eventualmente triunfó, llevando a la nación a integrarse económicamente en la esfera de influencia del imperialismo inglés.

generacional a España. Esa rotura también quedó plasmada en el discurso inaugural de Juan M. Gutiérrez, cuando exigió crear una literatura nacional, además de divulgar las obras de intelectuales europeos como Saint-Simon, Leroux, Lamennais, Manzini, Tocqueville, Vico, Herder, Victor Hugo y otros. La rotura intelectual con España quedó así establecida.

En segundo lugar, esa adopción no fue automática, porque se comprendía que la realidad histórica de América era distinta. La vuelta al pasado, planteada en el Romanticismo europeo como escape al reinado de la razón, no podía repetirse en la América hispana, dado que no existía un pasado con el cual identificarse. Lo indígena era negado y los criollos se consideraban europeos trasplantados, lo que les hacia negar cualquier conexión con el pasado americano. Pero, por otro lado, el respeto entrañable a Leroux los obligaba a estudiarlo para interpretar el presente. Esto los llevó a aplicarse en el estudio del pasado reciente, con el fin de tratar de entender las causas que hicieron posible la dictadura de Rosas y el fracaso de Mayo de 1810.

En conclusión, la adopción y adaptación de los cánones del Romanticismo europeo a la realidad americana brindó a la generación del 37 no sólo una libertad artística en la forma de representación, liberándola de toda obligación ante la forma que imponía el canon neoclásico, sino también una nueva forma de reflexión frente a la realidad. Dado que la nueva moda hacía lugar a lo emotivo, se la aprovechó para canalizar artísticamente el íntimo rechazo a la situación social y política que se vivía. Con ello, la estética se puso al servicio de una causa política y de un modelo de país. El matadero, Facundo y Amalia verifican este punto.

Las influencias filosóficas

Hacer una lista de todas las lecturas de la Generación del 37 no es nuestro objetivo. Sin embargo, sí es posible identificar algunas ideas matrices, que alimentaron las idealizaciones de ese grupo de jóvenes preocupados en construir un modelo de nación, en línea con las ideas de avanzada de su tiempo. En primer lugar están las desarrolladas bajo la influencia del Iluminismo en el siglo XVIII, las cuales alimentaron y justificaron intelectualmente la necesidad de emancipación de las colonias americanas de España. Naturalmente, el Iluminismo, como todo proceso, no nació espontáneamente, sino que fue la conclusión de una etapa que había arrancado siglos antes con el Renacimiento. Como se sabe, su desarrollo respondió a una actitud escéptica ante los dogmas que habían marcado las tradiciones y creencias del pasado. Su fin fue encontrar desde la razón, la experiencia y la observación empírica, respuestas a los desafíos históricos que el desarrollo de la humanidad y la sociedad de su tiempo planteaban, entre los cuales la libertad, el concepto de igualdad, la necesidad de afianzar el concepto de nación a través de gobiernos regidos por constituciones y elegidos democráticamente, más las necesidades que ello planteaba, eran parte del desafío intelectual. En relación a esos desafíos y a América, hay tres intelectuales importantes de mencionar: Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

La influencia del pensamiento de Montesquieu viene fundamentalmente de su obra El espíritu de las leyes, en donde se manifiesta la idea de que las leyes que cada sociedad se da, deben adaptarse a la realidad del país, tanto geográfica como culturalmente. Esta definición es de fundamental importancia en la construcción del pensamiento rioplatense, ya que da base a la idea de una relación recíproca entre el orden

legal, la geografía y el carácter o la personalidad de un pueblo. Esta idea, que se repite luego en Herder, fue adaptada por Sarmiento para ligar la supuesta barbarie del gaucho a la geografía del país.

El influjo de Montesquiú también se percibe en la idea planteada por Echeverría en el Dogma sobre la necesidad de limitar el derecho al voto, excluyendo a los que por pobreza no eran económicamente emancipados. Como dijimos antes, esta limitación se aplicaba en los Estados Unidos y recién fue derogada para las elecciones de 1828. La variante rioplatense fue, sin embargo, la sugerencia de imponer una tutoría intelectual temporaria sobre aquellos que, por ignorancia de civismo, no estuvieran preparados para ejercer racionalmente ese derecho. Esta visión social quizás haya estado detrás de la necesidad de implementar un plan de educación masiva que fuera más allá de la mera instrucción, idea similar a la que se sostenía en el país del norte para garantizar el desarrollo de la democracia y en Francia por Victor Cousin, cuando creó en Francia el mejor sistema de educación en Europa.

En cuanto a Voltaire, su influencia se refleja de forma ambivalente en el grupo. Es afín a su pensamiento la actitud de la generación argentina de estudiar científicamente el pasado, para explicar los problemas del presente. Este criterio fue tomado por Echeverría, para tratar de estudiar por qué falló la Revolución de Mayo. También la idea de que la historia es producto de la voluntad humana, no de la Providencia, más la visión crítica de la iglesia católica, que en Buenos Aires se exponía al escarnio por apoyar públicamente a la dictadura. Pero es ambivalente porque no escuchan a Voltaire cuando condena a Europa por su dudoso pasado; por su crueldad y sus guerras sanguinarias, de las que culpa por igual a reyes y papas.

Otra coincidencia con el pensador francés fue la reserva con que evaluaron una eventual participación de las masas en la elección de gobernantes. Así como Montesquieu discriminaba a quienes no tuvieran emancipación económica, Voltaire aducía que la incapacidad intelectual y política de las masas impedía otorgarles el derecho a elegir gobierno y que el despotismo ilustrado era mejor medio que un estado liberal para imponer el progreso (Gray 58). Echeverría y sus seguidores inmediatos sustentaron la misma visión, aunque en forma temporaria, hasta que se educaran las masas. Como se dice más arriba, esto sugirió la idea de un plan de educación masivo, que luego Sarmiento implementó durante su presidencia.

Respecto a Rousseau, la influencia más importante proviene de sus ideas de igualdad expresadas en el Contrato Social, uno de los pilares políticos de las revoluciones emancipadoras de Hispanoamérica. Pero, aquí también se puede apreciar una actitud ambivalente de los intelectuales rioplatenses. En un principio el derecho a la igualdad de los ciudadanos fue esgrimido para atacar a España y luchar contra la discriminación de los criollos. Pero luego esa idea de igualdad fue puesta en tela de juicio, cuando se la acusó de ser la causa de la falla de la Revolución de Mayo. No obstante, la realidad era simple y clara: la estructura piramidal, con el criollo en la cúspide y hacia abajo las distintas variaciones de mestizos, negros e indígenas, demuestra lo lejos que estaba aquella población de constituir una sociedad igualitaria.

Es irónico que el mismo Contrato les haya dado la respuesta a esa contradicción, al proponer quienes tendrían a su cargo el hacer las leyes de esa hipotética república de iguales: no otros que los intelectuales con capacidad suficiente como para poder prescindir de la sociedad y sus supersticiones, sin importar su capacidad económica.

Obviamente, esto justificaba la exclusión de las mayorías, por entonces pobres y analfabetas. Esta visión se corroboró más tarde, cuando la idea de igualdad fue abiertamente condenada por Sarmiento, diciendo que los males del país arrancaron con la adopción equivocada de ese concepto por la Revolución de Mayo. A su vez, Echeverría culparía al voto popular, adoptado equivocadamente en tiempos de Rivadavia, por el afianzamiento legal de la dictadura de Rosas. La solución a estos desequilibrios fue la propuesta de una democracia limitada, hasta tanto las masas superaran sus carencias educativas, lo cual debía estar a cargo de un gobierno encabezado por "genios". Los métodos poco democráticos usados para controlar y mantener el poder entre 1860 y 1912 responden con seguridad a esta visión de la sociedad.

Como se dijo anteriormente, el puente intelectual con Europa para esa generación fue establecido por Esteban Echeverría, quien parte a Francia en 1825 a los veinte años de edad, gracias a una beca del gobierno de Rivadavia, que fomentaba esas experiencias para formar jóvenes con la esperanza de que, al regresar, ayudarían a dar a la nación el toque de vida institucional civilizada de que carecía. Echeverría retorna en 1830, a los 25 años, nutrido de las ideas políticas y filosóficas de la intelectualidad francesa y de los valores estéticos del Romanticismo, para encontrarse con la antítesis de sus sueños progresistas: la dictadura de Rosas. El mismo viaje haría Sarmiento en la década del 40 a Francia y luego a EE. UU. financiado por el gobierno chileno, también en busca de modelos de desarrollo.

La estadía de Echeverría en Francia cimenta su admiración por sus desarrollos intelectuales, a cuyos intelectuales introduce en el Plata a su regreso. De este país diría luego que había elegido dejarle a Inglaterra y Alemania "el estudio en abstracto del Yo o de la naturaleza del espíritu humano", para dedicarse a echar los fundamentos de la perfectibilidad social, proclamada por Turgot y Condorcet a fines del XVIII, lo cual la colocaba a la cabeza de los experimentos y avances sociales ("Sentido filosófico" 147). Que a Echeverría se debe la introducción de las ideas francesas en Buenos Aires lo reconoce el mismo Alberdi en su autobiografía, cuando dice que tuvo noticias de Lerminier, Villemain, Victor Hugo, Chateaubriand, Jouffroy, Dumas, Lamartine, Byron, Victor Cousin y otros escritores, gracias a él.

Allí también Echeverría toma contacto con el romanticismo, que luego transfiere a América, y con los eclécticos alemanes. Echeverría no sólo lee allí a los autores franceses en su lengua nativa, sino a ingleses como Byron y Shakespeare en inglés y a los alemanes como Goethe y Schiller en traducciones al francés. Obviamente, entre sus favoritos sobresale Victor Hugo, de quien absorbe la idea de que la sociedad debía ser mejorada a través de la educación, para lo cual la literatura debía estar al servicio de las masas y no sólo de los intelectuales (Mercado 10). A esto se sumó la influencia de las ideas filosóficas de Fichte, que además de inspirar al romanticismo alemán iniciado por los hermanos Schlegel, reconocía el poder de la intuición y la imaginación como métodos de aproximación a la realidad, lo que lo afianzó en su aspiración de poeta (Mercado 25).

Entre los intelectuales fundamentales en la construcción de la visión de esta generación en torno a la idea de nación merece mencionarse a Claude Henry Saint-Simon, directamente o a través de Pierre Leroux, su discípulo. A Saint Simon, en particular, Echeverría le rinde homenaje en su análisis de la Revolución de Febrero de 1848, cuando la declara inspirada en "la doctrina del maestro." Esto los reafirma en la idea, ya asimilada de Rousseau, del papel directriz que les correspondía como elite

intelectual en la refundación de la nación, luego de la expulsión de Rosas del poder. En efecto, Saint-Simon defendía la forma republicana de gobierno, auspiciaba el progreso social y justificaba el poder temporal de una elite como medio para lograr ese progreso, hasta tanto las masas estuvieran preparadas para ejercer el derecho democrático al sufragio, con lo cual coincidían. Obviamente, esto se ajustaba a las condiciones del país y a las ideas de salida política que, como grupo, preveían. De esas lecturas salió una concepción humanitaria e historicista del progreso, que luego Echeverría incorporó en el Dogma Socialista, definiéndolo como parte de la misma naturaleza humana:

> Todas las sociedades humanas existen por el progreso y para el progreso, y la civilización misma no es otra cosa que el testimonio indeleble del progreso humanitario.
>
> La revolución para nosotros es el progreso.
>
> Un pueblo que se estaciona y no progresa, no tiene misión alguna, ni llegará jamás a constituir su nacionalidad. (Dogma 151-53).

Pero, Saint-Simon no es el único. En el caso de Echeverría, Mercado cita también a Eugène Lerminier y Hugues Félicité Robert de Lamennais (13). Lerminier, un adherente a las ideas de Savigny, consideraba fundamental adaptar las leyes de un país al grado de civilización de la sociedad. También defendió la idea de la ley como algo sujeto a interpretación y no como algo rígido que se debía imponer a la sociedad. Esto congeniaba con la idea general del grupo argentino, en cuanto a adoptar los avances universales en temas de derecho, pero adaptándolos a la realidad nacional y no simplemente copiándolos.

En cuanto a Lamennais, su influencia puede considerarse moral y ética, ya que éste no vaciló en abandonar sus hábitos religiosos en nombre de sus principios, para dedicarse luego a la defensa y promoción de los intereses del pueblo. Quizás Lamennais haya representado el ejemplo más elevado de entrega y compromiso desinteresado para la generación argentina, ya que desde la cúspide del prestigio religioso por haber defendido a la iglesia católica del Galicanismo, se resignó a ser condenado injustamente por el Papa y a morir en soledad y abandono por defender sus principios republicanos, antimonárquicos y de justicia social a costa de todo. La conducta en vida de Echeverría, al haberlo abandonado todo para ir a Montevideo y desde allí combatir a Rosas a pesar de su mala salud, hasta encontrar su muerte, sigue el ejemplo de la conducta del francés, la emula y hasta la sobrepasa en sacrifico y entrega.

A su vez, Victor Cousin merece destacarse por su papel inspirador en el plano educativo. No nos referimos aquí a su posición como filósofo, sino a su habilidad como organizador del sistema de educación elemental de Francia entre 1830 y 1848. Dado que su labor desde el gobierno sirvió para construir el mejor modelo educativo europeo a nivel nacional, es difícil pensar que su ejemplo no haya influenciado a los jóvenes argentinos de entonces. Es más, teniendo en cuenta que el éxito de su labor había trascendido los mares y llegado a Nueva Inglaterra, no cabe dudas de que era conocido intelectualmente por Horacio Mann, una gran influencia posterior en Sarmiento. Las

ideas de un plan educativo nacional en el grupo argentino, combinado con la adhesión a la idea de Victor Hugo de fomentar la lectura a nivel popular, tienen sus raíces en el éxito educativo de Cousin en Francia.

Ahora bien, la idea de asociar la personalidad de un pueblo a la geografía, que ya se había manifestado en Montesquieu y Herder, se prolonga en otros pensadores importantes por su influencia en los jóvenes rioplatenses. Es el caso de Michelet, uno de los intelectuales más admirado por Sarmiento, que amplió la relación entre geografía y cultura, para incluir el clima. Sin embargo, la admiración por el francés no deja de representar una contradicción. Efectivamente, Michelet intentó demostrar que los verdaderos artífices de la historia de Francia fueron las clases más bajas de la sociedad, no necesariamente las elites, algo que no cuadraba con la mentalidad del grupo argentino, que se veía por encima de la sociedad.

Otro aspecto importante de esa influencia es el uso de la narrativa popular para construir una versión diferente de la historia, que Michelet aplicó para reconstruir la de Francia en los últimos cincuenta años. El recurso usado fue la memoria colectiva de esos acontecimientos, lo cual abrió las puertas a la imaginación y ficción social, a partir de ahí nueva fuente histórica que seguramente influyó en la concepción literaria de Sarmiento, cuando escribió su Facundo, también basado en información de terceros y no propia.

En la misma línea de pensamiento de Montesquieu, Herder y Michelet se ubica Buckle, quien le da a la teoría determinista un carácter científico, al sostener que esa relación sigue una ley igual al mundo de las ciencias. Para llegar a esas conclusiones estudió la alimentación de los pueblos, de lo que concluyó que los tipos de cultivos, ligados a su vez al clima y a la geografía, determinaban el tipo de economía y de organización social, lo que a su vez se reflejaba en la cultura y las creencias. Según su perspectiva, el clima benigno y la geografía de Europa hicieron posible el triunfo de su civilización.

En esa misma dirección confluyen Taine y Comte, cuyas opiniones también fueron adoptadas por Sarmiento. Taine proclama que el carácter del hombre es hereditario y producto de su raza, al que luego se le superpone la cultura y nivel de desarrollo histórico de su grupo. Huelga decir la tremenda implicancia que esta concepción debe haber tenido en Sarmiento para su visión negativa del indígena, la que usó para descartarlo de cualquier proyecto nacional y hasta para culparlo del carácter decadente que adjudicaba al mestizo.

Comte, a su vez, defendió también una relación entre biología, historia, política y contexto temporal y espacial. Al igual que Saint-Simon[20], fue un firme positivista al confiar en la ciencia como motor del progreso y plantear la necesidad de un gobierno dictatorial de ilustrados que la impulsara. También propuso la necesidad de una nueva religión cientificista que reemplazara a las teologías existentes. Esta justificación de un gobierno fuerte de iluminados como paso previo a una república democrática fue, como ya se dijo, central en la visión política de la Generación del 37.

[20] Saint-Simon y Comte, según Gray los fundadores del Positivismo, pretendían una sociedad similar a la que existía en la Edad Media, pero basada en la ciencia, no en la religión. Ambos veían la historia como un proceso a través del cual la humanidad pasa por sucesivis estadios: del religioso al metafísico y luego al científico o positivo. Para ellos, la sociedad del futuro será tecnócrata y jerárquica, con la humanidad ocupando el lugar de Dios. Creían que el conocimiento científico era la fuerza motora del progreso politico y ético (Gray 58-59).

Respecto a la democracia como forma de gobierno, importan dos figuras esenciales para algunos integrantes de la generación argentina: John Mill y Alexis de Tocqueville. El primero sostuvo la idea de que todo progreso era producto de una minoría de mentes creativas y originales; que la sociedad depende de los genios y estos sólo se dan en un ambiente de libertad. Esto, naturalmente, coincidía con el elitismo que se adjudicaba esa generación. En cuanto al segundo, su influencia deriva del prestigio que rodeaba su estudio del proceso norteamericano, al cual el grupo había mitificado. Su obra Democracia en América fue sin duda el libro de referencia para acceder a esa experiencia lejana que tanto había impresionado a Sarmiento.

También se manifiesta la influencia de estos dos intelectuales en las reservas en torno a la democracia como sistema de gobierno. Como se sabe, ambos fueron pesimistas en cuanto a las ventajas de la misma, aunque la veían como inevitable. Se la acusaba de facilitar involuntariamente el avance de la uniformidad y la mediocridad, productos no deseados del avance de la igualdad social. No sólo Sarmiento, dada su mentalidad elitista, evidencia signos de una coincidencia con tal visión en su momento, sino que cincuenta años después también Leopoldo Lugones adhiere a esa visión negativa de la democracia, cuando la culpa de todos los males que el país había experimentado en las primeras décadas del siglo XX. Para él, el haber dotado el derecho al voto a las mayorías era un suicidio político, al considerar a las masas no preparadas intelectual y moralmente para decidir el futuro del país.

Finalmente no podemos dejar de mencionar a Spencer y su influencia hacia finales del siglo XIX. El trasplante de su darwinismo social vino bien para justificar, entre otras cosas, el avance a sangre y fuego sobre el indígena en nombre del progreso, que lo condenaba a desaparecer, y al criollo blanco a prevalecer. Su propuesta de que el hombre, no el Estado, es el único responsable de su destino y por lo tanto debe ser librado a su iniciativa, influyó en la visión de Sarmiento del pionero que hacía posible la conquista del oeste norteamericano: un hombre aparentemente librado a su suerte e independiente de toda tutela. Obviamente, Sarmiento desconocía los entretelones bancarios de ese proceso.

En conclusión, si se comparan las ideas que esgrimieron los integrantes de la Generación del 37 con las de los intelectuales franceses o ingleses, es indudable que no nos encontramos con diferencias significativas. Su actitud revela una voluntad de sometimiento intelectual amparada en la sobre valoración de lo europeo, sobre la base de que Europa representaba lo civilizado y por lo tanto había que someterse. Obviamente, la magnificación de lo externo se correspondió con la devaluación de lo propio. El resultado se tradujo en el intento de adoptar esas ideas para analizar la propia realidad, para luego aplicar sus conclusiones como políticas de estado. El resultado fue una formación nacional absurda, donde el curso impuesto a ellas apuntó a imponer un desarrollo que no contemplaba las diferencias de niveles de desarrollo histórico entre Argentina y Europa o Estados Unidos. Esta profunda desarmonización entre la sociedad y el estado que supuestamente debía representarla, quizás explique el turbulento desarrollo que constantemente acompaño al país a lo largo de su historia.

Los modelos nacionales

No cabe duda de que durante el movimiento emancipador hispanoamericano y el periodo que siguió a la independencia, Francia y los Estados Unidos proyectaron sus

influencias intelectuales y políticas en las elites revolucionarias hispanoamericanas. A la distancia, Francia atraía con sus ideas, con su famosa e histórica revolución de 1789, con los derechos del hombre, con la idea de igualdad entre todos, con la ilustración y la entronización de la razón como única guía humana. Estados Unidos, a su vez, se había elevado a la categoría de arquetipo democrático y proyectaba la idea de un progreso posible y sin fin, en un marco de libertad. Sin embargo esa adhesión incondicional no deja de sorprender, dados los problemas que esos desarrollos presentaban, lo cual impone repasar esas historias.

El mito francés

Según C. Charle[21], en el siglo XIX la sociedad francesa vivía en el temor como resultado de una combinación de factores sociales y políticos. Estaban los sectores disconformes con el proceso que siguió a la Revolución Francesa: los nostálgicos de los postulados frustrados de aquel evento de 1789 y de sus sueños de igualdad y fraternidad. A estos le seguían los campesinos, miedosos de que volvieran las condiciones feudales dieciochescas; los que ejercían el poder, temerosos de que se instalara la guillotina nuevamente; los que extrañaban el paternalismo de la monarquía y de la iglesia; el trabajador común, que era la primera víctima de cualquier represión.

Entre los factores políticos se cuentan las secuelas de las guerras y revoluciones entre 1789 y 1815, a las que siguió un estado general de crisis, ya que esas luchas sociales no habían logrado superar las causas de la inestabilidad. Efectivamente, seguían en pie las jerarquías sociales como base de diferenciación social, lo cual se reflejaba en la persistencia de las desigualdades sociales. A esto se sumaba la permanencia del mismo tipo de economía anterior a la toma de la Bastilla, pero agravado por la desaparición de la protección social que la iglesia católica proporcionaba a los sectores excluidos por el antiguo régimen económico, más los nuevos generados por la incipiente revolución industrial. En otras palabras, dado que la revolución de 1789 no había implicado un cambio real en las condiciones de vida de los sectores sin poder económico, las esperanzas sociales prerrevolucionarias seguían esperando y se reavivaban cada tanto por medio de rebeliones.

La situación social también era explosiva: un millón y medio de personas habían muerto en las guerras externas e internas entre 1789 y 1815; había un número incalculable de incapacitados, física y mentalmente, y otro tanto de automutilados para evitar la conscripción; la producción del campo había caído por faltar mano de obra a causa de las guerras que se habían llevado a los hombres, lo cual generaba hambrunas colectivas que resultaban en más muertos, sin contar las epidemias. A todo esto hay que sumarle otras variables negativas, como la migración interna para sortear la pobreza del campo, la falta de trabajo en la época seca, la carencia de médicos rurales, la superpoblación en las ciudades y la falta de higiene que, en casos como el de la epidemia de cólera de 1832, facilitó el contagio. Una estadística da la dimensión de esa tragedia: un tercio de los nacidos en 1820 no llegaron a los veinte años.

En el plano educativo, la miseria de la sociedad francesa se reflejaba en el analfabetismo general de la población, sobre todo entre los campesinos y los habitantes de los pueblos. Uno de cada cuatro niños asistía a la escuela de vez en cuando. Las razones eran simples: las comunidades no tenían dinero para pagar a un maestro o los

[21] Mi fuente de información en esta sección.

niños tenían que trabajar en el campo. Además, el uso de dialectos, la distancia a las escuelas y la sensación de que la educación no les procuraría un trabajo mejor, no ayudaban. Peor aún era la situación de la mujer, confinada al hogar o empleada en trabajos manuales mal pagados.

Pero la indiferencia hacia la educación también era, según Charle, parte de una actitud de la clase dirigente, a pesar de que había un interés superficial en ese sector en lograr una educación común. La razón era la desconfianza que generaba la educación secundaria, la cual era culpada de generar revolucionarios. Esta actitud negativa, que también traicionaba los ideales de 1789, implicó que las cosas siguieran tan mal como antes.

También es difícil definir a la sociedad francesa de 1800, según este autor, debido a las diferencias entre regiones y a la coexistencia de diferencias sociales. Estas últimas eran consecuencia de que aún sobrevivía el heredado estatus social del individuo, mientras que el nuevo sistema tomaba como base la riqueza personal para reconocer ciertos derechos. En efecto, las leyes reconocían el derecho al voto sólo a quienes poseían tierra, y a ocupar posiciones en el gobierno a los más ricos entre ellos. Paradójicamente, los nuevos ricos en base a negocios, pero sin tierra, también eran excluidos. De esta manera, los nobles seguían legalmente en el poder. Para dar una idea, Charle menciona que en los municipios, sólo un adulto entre cinco tenía el derecho a ser elegido. En lugares como París o Burdeos, donde el 68% y el 79% respectivamente de la población era pobre, la mayoría de la población no tenía derecho a ocupar un cargo público, simplemente por serlo.

Otro factor desequilibrante en la sociedad francesa de entonces fue la migración del campesino a la ciudad por diversas razones: sobrepoblación, falta de trabajo y deseos de salir de la miseria. París dobló su población en 50 años en la primera mitad del siglo XIX. Pero, lo interesante de este proceso es la visión del migrante interno como un bárbaro, por parte del habitante urbano. Naturalmente, este proceso, que se repetía en otras ciudades, creó un estado de permanente tensión social, el cual se veía agravado por la política deliberada de los gobiernos municipales de no atender las necesidades de esta población marginal, para evitar así atraer más campesinos a las ciudades. El resultado de esta política fríamente calculada fue el aumento de los pobres y marginados: 350.000 de los 700.000 habitantes de París vivían en una pobreza crónica.

La situación de la mujer y los niños también ilustra la desastrosa situación social de Francia. La mujer trabajadora estaba sometida no solamente a la condena de la religión católica por no dedicarse a ser esposa y madre, sino también a recibir la mitad del salario del hombre. La otra opción ante la pobreza era la prostitución o el abandono de sus hijos. A su vez, su condición femenina la hacía automáticamente una desheredada. Esto sin contar que para el casamiento era negociada, naturalmente, por su padre.

Respecto a los jóvenes, la situación era intermedia. Para poder controlarlos, la edad de emancipación o de adultez con derechos fue fijada demasiado alta, por lo que la tensión entre jóvenes y viejos era proverbial. Esa medida fue una respuesta de los poderosos para evitar lo que pasó en la Revolución Francesa, cuando los jóvenes compartieron el poder. Peor aún era la situación de los niños, cuya explotación temprana los condenaba a arruinar su salud al comienzo de su vida y a caer en la miseria en la adultez.

El sistema jurídico también era injusto. Una idea de ello lo da el código penal de 1810, vigente durante el periodo napoleónico. En ese sistema, los ricos evitaban la cárcel mediante el pago de una fianza. Los pobres encarcelados, en cambio, eran forzados a trabajar para un industrial. Esto hizo que muy pronto las cárceles estuvieran llenas de vagabundos, solteros y jornaleros que, por sufrir las vicisitudes colaterales al crónico desempleo, eran encarcelados y obligados a trabajar a costo reducido para un empleador.

Si se compara con Inglaterra, Francia representaba una paradoja según Charle, porque su sociedad no había evolucionado hacia formas más democráticas de control político, a pesar de haber pasado por un proceso mas calmo de industrialización y de urbanización. Las razones eran simples: el temor a que se volviera al pasado por imposición de las masas. Por ello se seguía insistiendo en que el derecho a votar y a ser elegido estaba ligado a la posesión de propiedad, algo imposible en una sociedad con más del 50% de la población en la pobreza. Esto sin contar que otros grupos, aún más conservadores, se oponían por principio a toda posibilidad de otorgar derechos políticos a los trabajadores. No es de extrañar entonces que el periodo 1830-1850 estuviera dominado por la violencia social, a lo cual los grupos dominantes –la nobleza y los grandes propietarios- respondieron con la instalación de una dictadura.

A todo esto, para 1830, la oligarquía dueña de la tierra pasó, con el proceso de industrialización, a ser dueña de las fábricas. A su vez, el feudalismo político, que persistía a pesar de todo, le permitía anteponer sus intereses de grupo a los de la nación. Sin embargo, entre ellos no había unanimidad. La cercanía geográfica al poder generaba una competencia y una división entre la misma clase dirigente, producto del abuso con que se distribuían puestos en el gobierno, con el fin de ganar adictos o de neutralizarlos. Ganar el poder central devino, entonces, en el objetivo principal de estas facciones poderosas, pero no para servir a la nación, sino para defender sus propios intereses.

En esa década del 30 llegó Guizot al Ministerio de Instrucción Pública, desde el cual propuso en 1833 el desarrollo de un plan educativo de base cristiana como medio de controlar las tensiones sociales. También restableció la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que se la ofreció a la burguesía para que analizara la situación social desde allí y evitara otra revolución. Sin embargo nada cambió, ya que la idea predominante siguió siendo la de culpar a los trabajadores por los problemas del sistema, esta vez desde una posición ética cristiana. Esa visión sostenía que las cosas no andaban bien porque los pobres eran débiles de carácter, borrachos, perezosos y su vida personal no respondía a una ética cristiana. Los poderosos, en cambio, fueron criticados por no ofrecer protección paternalista a la sociedad: "Las clases superiores están íntimamente conectadas con las clases inferiores; ellos la representan, las protegen, no las oprimen"[22]. Las implicancias paternalistas de tales concepciones no se hicieron esperar: La fábrica pasó a presentarse como la "familia," como antes lo había sido la explotación rural, aunque las ganancias no se repartían de modo igualitario entre todos los miembros de ella.

La década del 40 no fue mejor, según Charle, como lo demostró la revolución de 1848. El sistema electoral favorecía a los grandes propietarios, quienes a través de manejos dudosos, favoritismos y clientelismo político mantenían el poder en manos de una pequeña oligarquía. Cuanto más, el poder era disputado por la clase media y la pequeña burguesía. Las grandes masas estaban excluidas. A su vez, el sistema político no respondía a una realidad económica cambiante, producto del avance de la industria y la

[22] Guizot en 1842 citado por Charle, 32.

modernización del campo, que sólo enriquecía a los sectores medios que también apetecían el poder.

Esta disfunción sistémica puso en riesgo el estatus de la pequeña burguesía comercial, generando condiciones que llevaban al empobrecimiento de una generación a la siguiente. Los que más cuestionaban al sistema eran los "capacités", esos profesionales que poblaban las burocracias provincianas o tenían profesiones independientes como los médicos, para quienes las recomendaciones éticas de Guizot de "trabaja duro, ahorra y te harás rico," habían caído en saco roto. Nada más lejos de la realidad que la esperanza de que un título les proporcionaría prosperidad económica. La pobreza de la clase obrera urbana y del campesino no ofrecía ninguna posibilidad de progreso económico a los profesionales. Sus habilidades o profesiones eran inútiles ante una sociedad empobrecida. Sólo el acceso a cargos políticos proveía la posibilidad de salir del laberinto de la pobreza. Sin embargo, esta vía también estaba cerrada si no tenían propiedad.

En todo ese espectro social de decadencia urbana, también estaban los sectores subproletarios, conformados por la migración interna, aislados entre sí porque hablaban dialectos que dificultaban su comunicación con otros obreros. A estos se los encontraba en las minas, en las fábricas, en los ferrocarriles, donde se explotaba no sólo a los hombres, sino también a las mujeres, a los niños y a los extranjeros. Eran los "miserables," que vivían apiñados en la pobreza de sus viviendas, totalmente alienados del sistema social y sumergidos en el alcohol, la prostitución y el robo.

Todo este caos social, que la Revolución Francesa no solucionó, puso en cuestionamiento todo el andamiaje intelectual y político francés. Obviamente, algo andaba mal en ese sistema organizado para favorecer a la oligarquía propietaria de la tierra y donde la mayoría de la población era excluida "legalmente" por no tener propiedad, o sea, por ser pobres. Sin embargo, paradójicamente, la pobreza no impidió que surgieran intelectuales y poetas entre ellos, ni que muchos de ellos se plantearan la necesidad de dar una respuesta política a los reclamos o denunciaran en la literatura la situación de los "miserables," o sea, del obrero sumergido en la miseria. Al final. esta coalición de intelectuales y obreros demostró ser fatal para el destino político de esa oligarquía.

Francia llega así a mediados del siglo XIX en medio de una crisis. Todo empezó en 1846, cuando se combinaron los efectos de una cosecha pobre con la sobrepoblación del campo, el ahogo financiero de los campesinos sin tierra y la especulación con el costo de los alimentos, lo cual obviamente benefició a las minorías de grandes dueños y a los acopiadores. La pobreza en el campo repercutió inmediatamente en la urbe industrial, haciendo bajar el consumo de textiles y otros artículos, lo cual, a su vez, redujo la ocupación laboral. Esto hizo que la criminalidad, el robo y el número de menesterosos aumentaran en las ciudades, a lo cual el gobierno de las antiguas elites y la recién llegada burguesía educada respondieron con la caridad y la represión militar. La miseria se percibía por el aumento de los vagabundos y la migración interna para huir del hambre. A comienzos de 1848 toda la industria estaba paralizada y el mes de junio vio la llegada de otra revolución, en la cual no sólo se enfrentaron las asociaciones obreras con el gobierno, sino también grupos de desocupados hábilmente manipulados desde el poder entre sí. La revolución de 1848 tuvo así su justificación[23]. Pero, esto no alcanzó para derrotar totalmente el poder de los grandes propietarios, por lo que la lucha siguiente fue

[23] Echeverría le dedicó un artículo: "Sentido Filosófico de la Revolución de Febrero en Francia".

por el sufragio universal. El resultado de todo esto fue un retroceso político y el afianzamiento nuevamente del poder de la antigua oligarquía propietaria de la tierra, proceso que culminaría con la llegada de Luis Bonaparte en 1852 y la formación de la tercera república, que duró hasta 1870.

Este régimen, conocido como el Segundo Imperio, interesa por cuanto con él arriba el voluntarismo en política, el bonapartismo o cesarismo, de amplia difusión en Latinoamérica a través de la demagogia y el populismo en el siglo XX. Pero, este periodo es interesante también porque ya permite ver la aparición de los fenómenos asociados al desarrollo industrial, como el crecimiento descontrolado de las urbes y sus problemas colaterales: la concentración de jóvenes sin trabajo, las pensiones con su mundo de desplazados, las barriadas pobres, la hacinación, la falta de sanidad, la polución, la promiscuidad.

Otro de los grandes cambios de este periodo se dio en la educación, pero por demanda de las masas, sobre todo las campesinas. Sin embargo, había un desbalance social entre los que podían acceder a la misma, como consecuencia de la pobreza. Por un lado, la necesidad de la labor del niño rural o urbano impedía su educación; por el otro, la educación era obstaculizada por los grandes propietarios, temerosos de que una población educada pudiera emanciparse. Esto afectó especialmente a la mujer: 39% de ellas frente al 26% de los hombres no sabían leer en 1866. Sólo la rotura parcial con la iglesia católica y el accionar de otros movimientos anticlericales hicieron posible superar este problema. Para paliarlo, en las grandes ciudades se extendieron las clases para adultos a través de la creación de una red de salones de lectura, aunque ellas tenían un tinte moral para evitar la propagación de ideas socialistas. Con el tiempo, la educación secundaria se hizo especialmente atractiva para aquellos que vieron en ella la oportunidad de escalar social y políticamente. A esto se le sumó el efecto de la expansión de la prensa, que permitió a la sociedad un mayor conocimiento y concientización democrática. Todo esto convirgió, con el tiempo, en la formación de una clase media educada y burguesa, que comenzó a ocupar puestos de responsabilidad tanto públicos como privados. Naturalmente, el avance educativo también concientizó a la clase obrera, que no quiso someterse a los dictados de esa nueva burguesía, sobre todo cuando otra crisis social golpeó a las puertas de Francia al fin de este segundo imperio entre 1868 y 1870. Pero, para entonces las masas ya tenían organizaciones sindicales unidas a nivel nacional. El estado respondió a este descontento con represión y masacres como la de Aubin con catorce obreros muertos o la de La Ricamarie con trece. Los temores de 1793 y 1848 volvieron así a instalarse entre la burguesía. Entonces llegó la guerra con Prusia, la derrota francesa de 1870 y la insurrección popular de 1871, que por poco más de dos meses instaló la Comuna de París.

Como se puede observar, la historia francesa a partir de la revolución de 1789 muestra claramente que Francia no tenía mucho que ofrecer como ejemplo a las elites hispanoamericanas. Las luchas internas, las divisiones sociales, la discriminación urbana hacia el campesino, la corrupción de su clase dirigente, la miseria y todas sus calamidades colaterales sugieren la imagen de una nación inestable en todos los planos de su vida nacional. Por lo tanto, el encandilamiento de las elites hispanoamericanas con Francia solo puede explicarse o por la falta de contacto con esa realidad o por la predisposición a creer en mitos o a sujetarse intelectualmente a algo asumido, a priori, como superior, simplemente por ser europeo.

También resulta contradictoria la actitud de los intelectuales rioplatenses frente a sus pares franceses. Si se tiene en cuenta que hombres como Echeverría y Sarmiento conocieron esa realidad personalmente, a la que criticaron superficialmente, no se comprende cómo no pudieron discernir que las ideas que allí se desarrollaban estaban íntimamente ligadas a la realidad que las hacía posible; que respondían a situaciones concretas que el desarrollo histórico había creado y planteado a la sociedad francesa, y que nada tenían que ver con las condiciones históricas en el Plata. Sin embargo las adoptaron aunque, naturalmente, con adaptaciones, como hicieron con los cánones del Romanticismo europeo o como lo sugirieron en el campo político al proponer la limitación a la participación de las mayorías en el poder hasta tanto se educaran, por ejemplo. Todo esto no sólo quita originalidad a sus propuestas, sino que también explica muchas de las visiones en que se sustentó el modelo de nación que siguió a Rosas.

El mito norteamericano

El afán de acceder a la dinámica de desarrollo que observaban en los Estados Unidos, llevó a las elites hispanoamericanas a tomar como modelo a esta nación, emergente por entonces. Obviamente, creían que la dinámica social con que su sociedad se movía, obedecía simplemente a la decisión de una elite esclarecida y no a una mentalidad colectiva de base capitalista. Tampoco conocían los entretelones económicos que alimentaban ese proceso de expansión. Menos aún los políticos. Esta ignorancia llevó a algunos de ellos, específicamente a Sarmiento, a mitificar a aquella sociedad, pasando por alto los vaivenes por los que pasaba y a evaluar equivocadamente algunos procesos internos.

Para empezar, si se tiene en cuenta la precariedad de la vida norteamericana a comienzos del siglo XIX, no deja de sorprender la admiración que se tenía por la experiencia norteamericana. Según Underwood Faulkner[24], por entonces Estados Unidos era eminentemente rural y primitivo en sus maneras y estilo de vida. El hecho de que la gente se retirara temprano a sus hogares demuestra la inseguridad en que se vivía. Había pocos conglomerados urbanos con categoría de ciudad: Filadelfia, la más refinada; Boston y Baltimore, que vivían del comercio marítimo; Charleston, centro de exportación del algodón y el arroz y N. York, arruinada por la guerra de independencia, que recién hacia 1800 recobró su importancia comercial. El resto de la población se distribuía en pueblos rurales de menos de 8.000 habitantes.

En el campo la situación no era mejor. La gente vivía en cabinas de madera, sin ventanas. Los muebles, precarios por cierto, se hacían en casa, al igual que la ropa. Tampoco el jinete conocía el apero[25], signo de civilización para Sarmiento, mientras que el campesino usaba un arado elemental de madera para sembrar. Naturalmente, la cosecha era a mano, mientras que la ignorancia sobre el cuidado de los animales era tremenda. Según Underwood Faulkner, ese aislamiento de la vida rural desarrolló la afección generalizada por el whisky, que con el tiempo devino en problema social.

[24] Mi fuente de información en esta sección.

[25] Aquí es conveniente recordar que para Sarmiento el uso del apero era muestra de ser civilizado y no un bárbaro. Echeverría en El matadero recurre también al apero para destacar la diferencia entre el joven unitario y civilizado, víctima de "matasiete," sinónimo del gaucho bárbaro que apoyaba a Rosas y montaba "en pelo".

La vida familiar de comienzos del siglo XIX también demuestra la existencia de diferencias sociales abismales. Una idea de ellas la daba la vivienda de una familia común: piso de tierra, dieta alimenticia con carne una vez por semana, ausencia de utensilios para comer, como vasos. El futuro no ofrecía esperanzas tampoco: en el mejor de los casos, las hijas estaban condenadas a la servidumbre en casa de ricos.

La situación del viajero tampoco era agradable. Al no haber caminos, los viajes se hacían en etapas, lo que obligaba a parar en tabernas deplorables por su falta de higiene. Esa misma precariedad se observaba en los hoteles de ciudades como Filadelfia o Boston. En el sur, en cambio, los viajeros paraban en las plantaciones, donde se hospedaban en las mansiones de los dueños de ellas, quienes los recibían gustosamente para tener la oportunidad de conversar con alguien de afuera.

También sorprende en la actitud de la generación argentina y de todo el espectro político rioplatense la idealización que se construyó en torno a la constitución y la democracia norteamericana. Efectivamente, el haberla tomado como modelo para construir la propia en Argentina, sugiere la presencia de una mitificación en torno a ella, lo cual alcanza a su sistema político, categorizado como perfecto, una valoración que pasa por alto sus debilidades, al menos iniciales. La realidad es que la constitución norteamericana no fue un producto espontáneo y unánime, surgido de una vocación democrática e igualitaria de sus elites. Por el contrario, fue la respuesta a un problema político generado por la mezquindad de los estados que componían la Unión. En efecto, el convenio que organizaba legalmente a las 13 colonias en una confederación de estados, no había garantizado hasta 1787 la unión nacional y los hacía vulnerables ante Inglaterra. Los estados, ya sea por celos, desidia o falta de interés, no acudían a las reuniones del Congreso Continental que dirigía la guerra, lo cual alertó a Washington y Hamilton de la necesidad de crear un instrumento legal que sirviera de base a la creación de un estado centralizado, hasta entonces indefinido políticamente. Así se llegó a la convención de Filadelfia del mismo año, que la promulgó, once años después de declarada la independencia.

Paradójicamente, los delegados allí reunidos no representaban la voluntad popular de sus estados, como a veces se cree, simplemente porque no había forma de canalizar la opinión pública al no existir el sufragio. Pero, tampoco eran parte del pueblo común, ya que eran gente de negocio, banqueros, tenedores de deuda pública, prestamistas, abogados y especuladores en tierras públicas. Más aún, las deliberaciones fueron a puertas cerradas y secreta. El hecho de que recién en 1840 se conocieran las actas de esas reuniones, demostraría hasta qué punto la constitución fue obra de una elite económica que, a priori, se adjudicó la representación del pueblo. También es importante recordar que los delegados coincidieron en considerar la democracia como un peligro y en la necesidad de evitar su desarrollo. Que entre esos participantes no había, por lo tanto, un ideal de igualdad muy arraigado, lo demuestra el que se aprobara considerar a los esclavos como riqueza material a los efectos de calcular impuestos, pero no para definir el nivel de representación parlamentaria de un estado.

En resumen, como dice Underwood Faulkner, la Constitución promulgada en Filadelfia fue un instrumento legal alineado con los intereses de la clase propietaria. Esto hizo que la misma no gustara a muchos sectores sociales: a los agricultores y deudores porque los ataba a la usura de los banqueros del norte; a los estados porque les limitaba el poder y a la mayoría del pueblo porque les impedía votar, al no ser propietarios.

Tampoco hubo en esa Constitución una clara alusión a los derechos del hombre, porque se creyó que el derecho común o consuetudinario bastaría para defender a un individuo. Por ello luego se agregaron las enmiendas o "Bill of Rights," para subsanar los "olvidos" de parte de los congresistas, entre ellos derechos elementales como la libertad de palabra, prensa, reunión, religiosa, que no es poco decir.

Por otro lado, el hecho de que la nación se hubiera dado una constitución no implicó necesariamente un avance democrático, si por tal entendemos el respeto a la voluntad de las mayorías. Hasta 1828 la elección de presidente corría por cuenta de los legisladores de los estados. Recién en la elección presidencial de ese año votó el ciudadano común, que antes había estado impedido de hacerlo si no contaba con propiedad. Andrew Jackson, que llegó a presidente ese año, había denunciado aquella metodología que no sólo pasaba por alto la voluntad popular, sino que le había impedido llegar a presidente en 1824, gracias a un conturbernio político.

Por lo tanto, la democracia no fue parte de la vida americana desde el comienzo como muchas veces se cree, lo que no impidió que fuera erigida en mito por las elites hispanoamericans. En realidad, la oposición de los elementos conservadores siempre representó un obstáculo a su avance. Políticos importantes como John Adams, sucesor de Washington en la presidencia, rechazaron toda idea democrática y llegaron a sugerir una presidencia hereditaria como la mejor opción frente a la elección del presidente por parte de las legislaturas. Una idea de la brecha que separaba a los poderosos del pueblo la da nada menos que Hamilton, el ideólogo detrás de la necesidad de una constitución y del mismo Washington, cuando llegó a referirse al pueblo como "la gran bestia," al que había que dirigir e imponerle las recetas de las elites ilustradas, por considerárselo no preparado para decidir su destino. Igual criterio sostendrían los líderes de la Generación del 37 en Argentina.

A esta altura cabe aclarar que el avance democrático en los Estados Unidos fue producto de la dinámica que impusieron los sectores sociales que participaron en la expansión hacia el oeste. Esto marca una diferencia fundamental con los países hispanoamericanos, donde la democracia no fue más que una veleidad de sus elites ante un pueblo que permanecía marginado a causa de la estratificación social heredada de la colonia. Esa migración masiva de la población norteamericana entre 1800 y 1810 en busca de mejores horizontes, fue acompañada con la idea del desarrollo de una mayor democracia, lo que se reflejó en las constituciones de Louisiana, Mississippi, Indiana, Illinois, Alabama y Maine, que eliminaron la condición de ser propietario para votar por gobernador. Todo esto estuvo impulsado, además, por la repercusión social del triunfo de la Revolución Francesa y la victoria de los Republicanos de Jefferson en 1800.

Pero, esto que en el oeste fue logrado con facilidad, en el este costó mucho. En Nueva Jersey, si bien se eliminó la condición de ser propietario para votar en 1807, por otro lado se mantuvo la condición de ser blanco. Entre 1810 y 1826 Maryland, Carolina del Sud y Nueva York adoptaron el voto, pero de los hombres blancos solamente, mientras Connecticut derogó todas las restricciones en 1818, excepto los requerimientos de pagar impuestos o haber prestado servicio militar. También por entonces Massachussets reformó su constitución y abolió la condición de propietario para votar, pero reteniendo esa condición para elegir senador, mientras que en Virginia, el mismo Madison, Monroe, Marshal y Randolph lucharon denodadamente para impedir el avance del derecho al voto. Una idea de las dificultades para hacer avanzar la democracia en el

noreste la da Rhode Island, que hasta 1842 seguía guiándose por su vieja constitución y no la cambió hasta después de una rebelión popular.

Naturalmente, en todo este proceso la mujer fue ignorada. La independencia no garantizó su ascenso social. No sólo no tenía derecho al voto, sino que su título de propiedad pasaba automáticamente al marido al casarse. A su vez, la educación para ellas era rudimentaria comparada a la del varón. Pero, la agitación por los derechos de la mujer comenzó en 1820 con la visita de una mujer escocesa, Frances Wright, quien conmocionó a los conservadores con sus discursos igualitarios. Sin embargo, recién en 1840 pudieron converger en una convención propia en Seneca Falls, NY, donde proclamaron que los hombres y las mujeres eran creados iguales y lanzaron una lucha por el sufragio que duró 70 años. El movimiento feminista fue ridiculizado y atacado por revistas como Harper's Magazine, que las acusó de unirse para apoyar la infidelidad, de estar conectadas a los radicales y contra lo que mandaba la Biblia.

Puesto que el avance de la democracia tuvo que ver con la dinámica impuesta por la conquista del oeste, bueno es que nos detengamos en el análisis de este proceso mal comprendido por algunas figuras políticas hispanoamericanas como Sarmiento, que creyó que era el producto espontáneo de una raza superior. Para comprender ese proceso es necesario recordar que el proceso fundacional norteamericano y su posterior desarrollo estuvieron influenciados desde el principio por el arribo de una nueva etapa histórica y el desarrollo de una clase eminentemente capitalista y expansionista, que vio en el avance hacia el oeste un destino manifiesto. La dinámica de ese proceso se transmitió a toda una sociedad ávida de progreso material, que vio en la ocupación de tierras, al principio salvaje y luego organizado, la posibilidad de salir de la pobreza y satisfacer sus sueños de prosperidad. Esto explica ese éxodo, un fenómeno social que arrastró a gran parte de la población pobre norteamericana del siglo XIX y arrasó con los antiguos ocupantes: los indígenas.

El segundo componente es de origen económico y tampoco fue comprendido por Sarmiento en su primera visita a los Estados Unidos. El creyó que la dinámica que observaba era solamente producto de la pujanza del hombre americano. No comprendió que gran parte de ese empuje estaba alimentado por los intereses económicos de los grandes banqueros del noreste, interesados en acceder a las materias primas que los nuevos territorios prometían. Esos intereses eran los que financiaban al pionero con préstamos que al final lo ataban de por vida con deudas impagables.

Por lo tanto, la combinación entre la desesperación por escapar a la vida miserable que el norte y el sur ofrecían, más la disponibilidad de tierras y de capital llevaron a gran parte de la población a emigrar. Para 1850, la mitad de los agricultores de Nueva Inglaterra se había ido, dejando vacante las tierras de cultivo. Similar proceso se vivió en el sur, donde la población se movía hacia el oeste en busca de tierras frescas, dejando atrás las tierras agotadas por el monocultivo. Naturalmente, todo este éxodo, impulsado por el ansia de escapar a la pobreza, molestó a algunos sectores dominantes del noreste y del sur, porque encareció el costo de la mano de obra en el primero y depreció el valor de la tierra en el segundo. Obviamente, la expansión también generó problemas con los indígenas, que se solucionaron reprimiéndolos y expulsándolos de sus tierras.

Otro fenómeno no comprendido por las elites hispanoamericanas fue la Revolución Industrial que, como con la Conquista del Oeste, también la explicaron desde

una visión simplista y racista, al ignorar la influencia de los sectores sociales envueltos en el proceso. Estos no eran otros que el empresario, el inventor y el trabajador. El primero nació y se desarrolló a la sombra de la especulación con tierras y negocios marítimos, que obviamente necesitaba expandirse como resultado de la propia dinámica del capitalismo. El segundo nació del mismo trabajador inmigrante que, obligado por las circunstancias y deseoso de progreso, trajo consigo la base tecnológica de Europa, reprodujo las máquinas y elementos que allí había usado y los mejoró, presintiendo la existencia de un mercado. Finalmente el trabajador que, obligado a ser independiente y a sobrevivir por sus propios medios, debió proveer sus propios recursos y sobrevivir en un mundo sin leyes que lo protegieran.

Sin embargo, el gran despegue industrializador no se puede explicar al margen de las circunstancias creadas por la guerra expansionista de 1812, cuando Inglaterra impuso un bloqueo y un embargo que impidió el ingreso de manufacturas. Bueno es recordar que hasta entonces, los Estados Unidos carecía de una industria manufacturera local porque no había capital, ni transporte, ni técnicos, ni una moneda nacional. Ella no podía desarrollarse, además, por la competencia de Inglaterra, donde los salarios eran más bajos y había recursos humanos y maquinaria. Justamente, para evitar la competencia, los ingleses habían prohibido emigrar a sus técnicos y exportar maquinaria. Por lo tanto, el país era dependiente de Inglaterra en lo que respecta a manufacturas. Esto hacía que las cosas de uso diario, como la ropa o las herramientas de trabajo, se hicieran en casa. Aquí, la mujer y los hombres jóvenes eran empleados por un fabricante menor para la confección de prendas. Para los utensilios, en cambio, había que recurrir al artesano. En el campo la situación no era mejor. Allí sólo se producían alimentos y materia prima.

Esta situación cambió, sin embargo, con esa guerra expansionista que buscaba incorporar al Canadá, previa expulsión de los ingleses. Obligados a mirar hacia dentro por el embargo que los ingleses les impusieron, los norteamericanos copiaron las máquinas inglesas y las mejoraron para lanzarse a la producción industrial y manufacturera a gran escala. Esto fue ayudado, además, por inventos fundamentales como el de la máquina a vapor, que solucionó la falta de abastecimiento de fuerza motriz, base del despegue de industrias como la textil. También por el descubrimiento del método Bessemer para producir acero, base de la construcción de los ferrocarriles y la construcción de máquinas industriales.

Sin embargo, como en Francia, el proceso de desarrollo industrial norteamericano de entonces tuvo efectos no deseados. Con la fábrica creció el urbanismo, lo que permitió mejorar la educación, avanzar la democracia política y desarrollar otros aspectos de la vida social, como el arte, entre otros. Pero, por el otro, el precio social que se pagaba era demasiado alto: la labor infantil, que venía de 1791 (y continuó hasta 1910), era general. En Nueva Inglaterra, hacia 1820, la fuerza laboral estaba compuesta de niños en un 50%, los cuales trabajaban de 12 a 15 horas por día, todo el año. Obviamente, los sindicatos no eran permitidos por considerárselos como conspiraciones organizadas. Recién en 1842 fue autorizado uno en Massachussets. Una idea de los problemas asociados al urbanismo industrial lo da el hecho de que en 1817, una llamada Sociedad para la Prevención de la Pobreza descubriera que en Nueva York había 15.000 marginados, muchos víctimas del alcoholismo, que vivían de la caridad. Obviamente, esto se le pasó por alto a las elites del sur.

Finalmente, la posición generacional argentina frente a la esclavitud en el país del norte también sirve para mostrar la debilidad de las convicciones igualitarias del grupo. Como veremos más en detalle, la opinión de Sarmiento sobre ese proceso está en las antípodas de lo que se podía esperar de un dirigente comprometido con los ideales de igualdad de la Revolución de Mayo. En efecto, lejos de condenar esa aberración humana en su primera visita a los Estados Unidos, se preocupó por advertirle al blanco del peligro que corría el país si el esclavo se rebelaba en busca de libertad. Ni un comentario sobre la inmoralidad de tal sistema.

En conclusión, a casi dos siglos del proceso emancipador y habida cuenta de los problemas que los modelos de desarrollo europeo y norteamericano mostraban, es difícil entender por qué las elites rioplatenses se dejaron arrastrar por los mitos en torno a Europa y los Estados Unidos, cuando trataban de construir una alternativa a la dictadura de Rosas. Las evidencias mostraban que los procesos sociales y políticos en esos lugares estaban lejos de ser ideales. Sin embargo se insistió en seguir esos paradigmas pasando por alto el nivel de desarrollo histórico de su propia sociedad. Quizás su actitud se explique por el hecho de que representaban un sector emergente en la sociedad, para el cual la dictadura de Rosas era un impedimento a sus ansias de ascenso social y para llegar al poder. Quizás también porque su familiaridad intelectual con los desarrollos en Europa y los Estados Unidos les hace presentir que el país no iba a poder continuar al márgen del desarrollo mundial que se imponía desde los centros de poder de Europa, y que Norteamérica definía una tendencia imposible de parar. En otras palabras, comprenden que quedarse atrás y ser pasivos ante Rosas los condenaba a ser absorbidos tarde o temprano por el mundo desarrollado y a perder sus posiciones sociales, habida cuenta que el régimen rosista, por estar a contramano del desarrollo histórico, no tenía futuro en un mundo industrializado. Ante esa disyuntiva, deciden adelantarse y sumarse a la tendencia global insinuada por el capitalismo emergente y el industrialismo, sugiriendo e imponiendo eventualmente la conveniencia de sumar el país a la nueva dinámica internacional. Sin embargo, como no tenían un modelo propio en que fundar un gobierno alternativo ni condiciones económicas para impulsar un cambio, ya que seguía persistiendo la estructura económica de la colonia, es que deciden copiar lo copiable de esas experiencias, para imponerlas a sangre y fuego a la propia sociedad. Quedó así establecida una linea de conducta imitativa en lo intelectual y elitista en lo político, que llevó a la imposición de un modelo de formación nacional excluyente, como lo demuestra la sucesión de gobiernos oligárquicos entre 1860 y 1916.

3

ECHEVERRÍA Y MÁRMOL: LA FICCIÓN COMO ANTICIPO DEL MODELO NACIONAL

Que la ficción muchas veces anticipe la realidad, no sorprende. Pero que la literatura anticipe el espíritu o el carácter de un estado nacional, es abrumador. Sin embargo, tal es la visión que se desprende de la lectura de relatos como El matadero y el poema La cautiva de Echeverría y la novela Amalia de Mármol, obras que anticipan en su contenido y estructura el carácter excluyente del modelo nacional construido una vez derrocado Rosas. En efecto, las dos narraciones, alimentadas por el odio a un gobierno dictatorial, más el poema, alimentado por el desprecio al indígena, revelan ante el lector no sólo la profunda brecha social que separaba a quienes aspiraban a reemplazar a Rosas y el pueblo, sino también la visión maniquea de la realidad por parte de su grupo de pertenencia, que luego trasladan e imponen al modelo de formación nacional una vez llegados al poder.

Las obras arriba mencionadas también ilustran cómo el uso de narrativas sirvió para algo más que lo estrictamente artístico, en este caso para apoyar la construcción y consolidación de un modelo nacional alternativo a Rosas. De ahí que el objetivo concreto hacia el cual apuntan sea el de ganar al lector para un cambio político, exponiendo el estado de miedo y zozobra en la sociedad. Esto se legitima aduciendo la necesidad de recuperar los ideales traicionados de Mayo de 1810. Sin embargo, como lo sugiere Bhabha, al mezclarse en la exploración de los temas nacionales, las narrativas, lejos de ayudar a la consolidación de la idea de nación, terminan erosionándolo.

El que la literatura se preste a una doble función, estética y política, no debe sorprender en el Río de la Plata, ya que deriva en parte de las imposiciones del medio social al escritor. Nadie más útil para demostrar esa situación que el mismo Sarmiento: maestro, periodista, escritor, militar, ministro, embajador y presidente de la república; perseguido y perseguidor. Pero, esta diversidad hace que muchas veces las obras literarias deriven en lo que Paul Grussac califica como falta de profundidad en el tema que tratan. En lo que a estos autores respecta, esa condición se revela en una actitud ingenua ante su presente histórico, al que evalúan superficialmente, sin internarse profundamente en el carácter de su contenido. Así, pasan por alto en su recreación de las relaciones sociales durante la dictadura de Rosas las múltiples bases del atraso social, entre ellas la existencia de una sociedad estratificada de la cual ellos se beneficiaban. De haber comprendido esto, no habrían echado toda la culpa al pueblo por la permanencia de la tiranía, sino que habrían asumido su porción de responsabilidad por el mantenimiento de un sistema que impedía el ascenso social de las clases bajas, elevación que les hubiera dado la posibilidad de acceder a otro nivel intelectual como para poder comprender el carácter paternalista y denigrante de su relación con el dictador.

Tanto El matadero como Amalia revelan la existencia de una sociedad profundamente dividida no sólo en clases sociales excluyentes y hostiles entre sí, sino también en el plano cultural. Por un lado los grupos mayoritarios, conformados por un gauchaje urbanizado y rural y por negros en todas sus variantes, todos generalmente

analfabetos y marginados, manipulados por una entente político-religiosa donde se mezclaban los intereses personales de Rosas y los de un clero reaccionario, que no vacilaba en degradarse para afianzar su poder. Más allá de la urbe el indígena, también analfabeto y marginal culturalmente, que molestaba no sólo porque era distinto, sino también porque amenazaba e impedía la expansión territorial del criollo y la consolidación del Estado y la civilización.

Por el otro las minorías privilegiadas en disputa por el poder: por un lado Rosas representando la continuidad de la colonia con rostro criollo y por el otro grupos elitistas como el de Echeverría y Mármol, cohesionado por los ideales que les llegaban de Europa y que nada tenían que ver con la realidad social. En el medio de esta lucha quedó el estado, más como presa que como ente al servicio del pueblo. Por lo tanto, esas obras literarias corroboran la inexistencia de una nación, si es que por tal concepto entendemos la existencia de una sociedad culturalmente unificada en torno a una idea de estado o formación nacional.

La visión maniquea de la realidad

En armonía con sus intenciones de exponer la brutalidad de la dictadura y proyectar indirectamente la necesidad de implementar un modelo de nación alternativo, Echeverría y Mármol imponen a sus obras literarias una estructura simple y bipolar, consistente en enfrentar dos mundos antagónicos e irreconciliables con el fin de ganar al lector para su causa: el que desde su óptica consideraban como el de la barbarie o el atraso, y el afín a su idea de progreso o civilización. El primero se presenta como inherente a la dictadura de Rosas, a los sectores bajos que le sirven de apoyo y al indígena. El segundo se representa en individuos pulcramente vestidos o en criollos arriesgados que no temen ganarle territorio al pampa, aun a riesgo de su vida, todos amantes del progreso a la europea. Naturalmente, dada la intencionalidad política de las obras, a estos no sólo se asocian los valores del autor, sino también los de una elite intelectual de clase alta, que se veía a sí misma como una avanzada civilizatoria y soñaba con un país afín a las ideas de progreso de la época.

En El matadero, la imagen de la barbarie es construida a través de la puesta en escena de una turba de marginados, rosistas y federales por cierto, que ataca injusta e irracionalmente a un joven de clase alta. El profundo rechazo y desprecio de Echeverría a la clase baja lo lleva a dotarlos con atributos detestables, destinados a arrastrar al lector hacia su punto de vista. De ahí que la conducta del entorno humano sea equiparada a la de los animales, a través de mujeres que disputan con los perros una porción de las partes despreciables del animal, mientras roban otro poco entre insultos y groserías de toda laya. La misma intención persigue la descripción muy naturalista de los brutales y repugnantes modos de operación de los carniceros o la inclusión anecdótica de la muerte violenta de un niño sin que nadie se conmueva y la recreación del lenguaje soez en las bromas. A este deplorable cuadro social de degradación se agrega la presencia de un sicario como lider de ese grupo, Matasiete, y la de un jefe, administrador del matadero, completamente insensible ante lo que pasa, lo cual ahonda la imagen de una sociedad sin valores. La imagen de caos se completa situando la escena en un lodazal, donde muchos resbalan y caen en su esfuerzo por salvar su integridad física y su botín. En resumen, el matadero no es otra cosa que la metáfora de un país detenido en su evolución y dominado por la barbarie.

A su vez, en el poema La cautiva nos encontramos con una estructura e intención similares a la de El matadero, aunque aquí se dirige a señalar la incompatibilidad entre el mundo del indígena, presentado como bárbaro e incivilizado, y el del criollo, considerado como aliado del progreso. Para condenar al primero, Echeverría introduce al lector en una jornada normal en la vida del indígena después de un malón, donde se asiste a ciertas prácticas que intentan descalificarlo culturalmente. Esto explica que se mencionen costumbres como el degüello de una yegua para alimentarse, el beber su sangre y el emborracharse, ante la presencia de mujeres indígenas silenciosas y resignadas, en un contexto de caos.

Similar estructura y objetivos presenta Amalia de Mármol. A diferencia de las obras anteriores, donde la acción está más acotada en función de exponer actores concretos –una turba en El matadero y un grupo indígena el La cautiva- aquí la expuesta y denunciada es la sociedad porteña en su conjunto. Para lograrlo, Mármol establece dos formas simultaneas que discurren paralelamente: una correspondiente a la ficción, donde accedemos a las peripecias de una pareja de clase acomodada, Amalia y Eduardo, para sobrevivir en una sociedad donde todos, por comisión u omisión, parecen aliados a la dictadura; la otra en forma de ensayo político, donde se denuncia la situación política bajo la tiranía.

No menos importante es la conexión conceptual entre esta novela y uno de los temas de mayor preocupación para esta generación: la falta de población en el país, problema que era identificado como una de las bases de la barbarie y que impulsó la idea de atraer inmigrantes para combatirla culturalmente. Ya Sarmiento había teorizado en torno a esta relación en su Facundo, por lo que la necesidad de fomentar la formación de familias era fundamental en la búsqueda del progreso y el avance de la civilización. Dado que la obra gira alrededor de los inconvenientes de una pareja para formar familia, derivados de la persecución política del régimen, es obvia la conexión de esta obra con aquella preocupación generacional. Al demostrar esto con la muerte del esposo, Mármol instala en el lector la idea del carácter antisocial y antinatural de la tiranía.

Definido literariamente el contexto social de sus obras, cada autor pone en acción a sus protagonistas. En El matadero, el héroe está representado en un joven de aspecto civilizado, pulcro y elegante, vestido a la europea, con pistola al cinto, que gallardamente monta su caballo con silla inglesa, mientras luce su independencia política no llevando ni los signos de su adhesión política al régimen, ni el luto servil ante la muerte de la esposa de Rosas. Este joven, además de insinuarse como el alter ego del autor o de los integrantes de su generación, representa el tipo humano al que su generación aspiraba: el ciudadano ideal visto como un individuo libre y racional en sus decisiones, listo para acometer los desafíos de la civilización. Por el contrario, la contracara del héroe está representada en el sicario rosista, Matasiete. Su barbarie es resaltada por la forma en que se viste: un elemental chiripá gauchesco en vez de pantalón y torso al aire. También por el montar "en pelo" y el uso del cuchillo primitivo de carnicero. La incompatibilidad entre ambos mundos está simbolizada en la reacción instantanea de la chusma ante la sola percepción del jóven, que se salda con su injusta muerte a manos de Matasiete, a la vista del juez del matadero. La complicidad entre el mazorquero y el gobierno queda así demostrada.

Por su parte, en La cautiva lo héroe está representado en la mujer criolla. En la historia, María, la heroína del poema, escapa a su cautiverio rescatando en el proceso a su

esposo herido. Esta violación del código de honor no es casual, porque con ello Echeverría busca profundizar la idea de una superioridad racial del criollo frente a lo étnicamente indígena. Para lograr esa imagen con María, el autor la arropa con una conducta temeraria, que la destaca ante la resignación de la mujer indígena y la lleva a matar sin contemplaciones a los indígenas borrachos que se interponen en su decisión de buscar la libertad. Pero no menos dramática es la construcción de la imagen del esposo, Brian, que si bien yace resignado, se recuerda que fue reducido no sin antes ofrecer una heróica resistencia, que lo llevó a matar a varios de los más bravos guerreros indios que intervinieron en su captura. Este artilugio literario para enfatizar la superioridad del criollo no es nuevo, si se recuerda que Ercilla hizo lo mismo en La Araucana siglos antes, tratando de realzar el valor del español.

En el plano político, el relato de las peripecias de la pareja en el poema le sirven a Echeverría para acercarse a su objetivo político. En primer lugar, para condenar el régimen de Rosas por su complicidad con los indígenas: "Su vigilante perfidia / Obra es del inicuo bando"…"De paz con ellos estaba / Y en la villa descansaba" (69). Con ello lo proyecta ante el lector como aliado del atraso y enemigo de la civilización. En segundo lugar, para destacar la conducta, patriótica por cierto ante los ojos de esta generación, de los criollos que se aventuraban a poblar un territorio indómito, no sólo para incorporarlo a la civilización, sino también para afianzar el dominio territorial del estado, aun a costa de su propia vida. El contraste entre la conducta cómplice y anti patriótica de Rosas y la de Brian se realza cuando éste, en su alucinación previa a la muerte, pide un caballo y una lanza para enfrentar al indio (70); cuando recuerda que no se dejó comprar por los favores del poder y cuando pide que una bandera cubra su cuerpo al momento de morir (73), con lo que se resalta su patriotismo e identificación con el ideario de esta generación. Con la derrota de su proyecto de vida, más la muerte de su esposa ante la noticia del degüello de su pequeño hijo, Echeverría cierra las puertas a una posible reconciliación entre ambos mundos. Que el poema incluya al final el arrasamiento del campamento indígena por una partida de soldados, debería verse no tanto como un ajuste poético de cuentas, sino como la sugerencia de una solución final al problema del indio y una prueba más de que la ficción se adelanta muchas veces a la realidad. La Campaña del Desierto se concretaría décadas más tarde.

A su vez, en Amalia, Mármol construye la imagen del héroe en la representación de una pareja de clase alta, Amalia Saenz de Olavarrieta y Eduardo Belgrano. Ella, hija de un militar de alto rango que participó en las luchas por la emancipación, lo que la apartaba naturalmente de un individuo como Rosas, que había estado inexplicablemente ausente de ellas; él, sobrino del general creador de la enseña patria. Naturalmente, esto no es casual, ya que con ello Mármol distancia a Rosas de los padres de la patria, mientras legitima la lucha y a quienes luchan contra él.

Lo anti héroe se concreta, como se dijo antes, en la conducta tolerante de la sociedad porteña hacia el régimen. Obviamente, los primeros objetos del rechazo son el mismo Rosas, sus soldados y la Federación. Al tirano lo califica de excepción de la especie humana, insolente, gaucho ingrato con sus bienhechores, bandido y rebelde ante la autoridad; tirano ignorante y vulgar, sin ideas ni principios. Para profundizar su desprecio, Mármol desmiente su leyenda de patriota frente al bloqueo francés, la cual se adjudica a la necesidad de construir una imagen que conforme "las susceptibilidades nacionales." Por el contrario, recuerda que el verdadero Rosas es aquel que de joven se

puso "de parte de los extranjeros" y aplaudió "un acto de piratería contra el pabellón nacional," en oportunidad en que los franceses asaltaron a "nuestra pequeña escuadra" (474). En cuanto a sus soldados, su desprecio lo lleva a atribuirles "una fisonomía en donde no podía distinguirse donde acababa la bestia y comenzaba el hombre" (85), mientras que a la Federación la califica de fraude ideológico, porque nunca se la puso en práctica, aunque se la invocaba a cada rato.

El bando de los anti héroes se completa con el resto de la sociedad: los negros que trabajaban en el servicio doméstico y hacían de espías de Rosas; los criollos blancos y porteños que apoyaban al dictador, a quienes Mármol no vacila en calificar de "prostituidos," por su indiferencia hacia la tiranía. De ellos dirá que nueve décimos son federales, pero no saben porqué. El mejor ejemplo de esto es Juan Merlo, el personaje guía que traiciona y entrega a los fugitivos a la Mazorca, al cual el autor descalifica prejuiciosamente diciendo que es "hombre del vulgo, de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía a la civilización, y con el pampa por sus costumbres holgazanas" (13) [26]. En ese ambiente social dominado por el terror y el fanatismo, a los jóvenes no les queda otra opción que la emigración, porque la "mano de Rosas interrumpía…el curso natural de las afecciones más sentidas: la de la patria y la del amor" (148). Por lo tanto, si a través de Echeverría se tiene la imagen de un país transformado en matadero, con Mármol se tiene la de Buenos Aires como una cárcel, ya que aquí "el aire oye, la luz ve y las piedras o el polvo repiten luego nuestras palabras a los verdugos de nuestra libertad" (12); una sociedad "dividida entre asesinos y víctimas" (27), donde todos, "hombres, mujeres, amos y criados" son espías (25); donde "los padres tiemblan por los hijos....los amigos desconfían de los amigos…" (82). Una ciudad donde las mujeres tenían más valor que los hombres (411). O sea, según Mármol, un mundo bipolar de perseguidos y perseguidores.

En conclusión, la estrategia seguida por estos autores para filtrar sus intereses políticos es simple y clara: crear la imagen de dos mundos antagónicos y excluyentes, recurriendo a personajes simbólicos, individuales en unos casos, sociales en otros, que representan los valores en juego y, fundamentalmente, a una sociedad profundamente dividida, cultural y políticamente. De un lado lo negativo: la dictadura de Rosas, aparentemente apoyada por un pueblo semianalfabeto y manejado demagógicamente, aliado al atraso y la barbarie. Del otro lo positivo: los valores e ideales de una elite intelectual proveniente de las clases altas, soñando a tono con las ideas que le venían de afuera e insensible a las condiciones de vida de los sectores bajos. En definitiva, un mundo construido desde una visión maniquea de la realidad, que ilustra el carácter faccioso de la evolución política de la sociedad, que luego se transfirió al estado.

[26] También plagia a Sarmiento al afirmar que la pampa era la real educadora del gaucho; de que "el caballo concluye la obra de la naturaleza"; de que "los trabajos de pastoreo…completan después su educación física y moral," ya que "en ellos se hace fuerte, diestro y atrevido, y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia por los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho" (350). Esta "educación," que la naturaleza ejerce sobre el gaucho es la responsable, según Mármol, del sentimiento de superioridad y desprecio que el gaucho siente naturalmente hacia el habitante urbano, incapaz de sobrevivir por sí mismo en los vastos territorios de un país con escasa población. Esto hace que el campesino criollo admire "a ciertos hombres, que sobresalen por sus condiciones de gaucho," al más gaucho entre los gauchos, al caudillo, visto como la base de la desorganización y anarquía en que el país se debate, visión que, como se sabe, fue introducida por el sanjuanino.

Obviamente, esta visión social en la literatura niega la existencia de una nación, más allá de que hubiera un estado y un gobierno.

Bases ideológicas del futuro modelo

La obra literaria de Echeverría y Mármol no puede explicarse al margen del Dogma socialista,[27] obra germinal del primero donde se nuclea toda la visión social y política de la Generación del 37, y donde también se define una visión ideológica y generacional en torno al modelo de estado nacional que se buscaba. Su importancia puede medirse por dos hechos: el primero porque es en el Dogma donde Juan B. Alberdi abrevó sus famosas Bases, que luego sirvieron de antecedente para delinear la Constitución Nacional y la ideología del estado surgido de Caseros[28]; el segundo, porque la obra sirve de base para entender el carácter imitativo impuesto al modelo nacional implementado después de Caseros, actitud que luego se transfirió a la cultura para generar una sociedad imitativa y con serios problemas de identidad que, obviamente, comprometen la idea de nación.

En el Dogma, Echeverría condena la evolución política que había seguido el país desde la Revolución de Mayo, cuyo ejemplo más notorio era la dictadura de Rosas y la existencia de una sociedad pasiva, postrada, estancada y sometida, que no atinaba a reaccionar ante la tiranía. Este estado de cosas no se corresponde, desde su visión, con ese mismo pueblo que había logrado derrotar a los ingleses en las invasiones de 1806 y 1807 y obtenido la emancipación de los españoles en 1810:

> "Su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no.
> Se diría que la América revolucionaria, libre ya de las
> garras del león de España, está sujeta aún a la fascinación
> de sus miradas y al prestigio de su omnipotencia.
> La América independiente, sostiene en signo de vasallaje,
> los cabos del ropaje imperial de la que fue su señora y
> se adorna con sus apolilladas libreas" (Dogma 187).

En esta obra, surgida al calor de los encuentros en el Salón Literario organizados por Echeverría en colaboración con Alberdi y otros, aquél se pregunta cómo esa sociedad, que en cuanto a riqueza intelectual estaba "casi a la par de las naciones europeas" por la abundancia de "ideas de todo género," no ha evolucionado moral ni

[27] Aclaremos que para Echeverría la palabra dogma es sinónimo de principios morales, éticos y políticos que deben formar parte de la sociedad toda como condición a la existencia de un régimen democrático en igualdad, fraternidad y libertad. Como él mismo lo dice, el Dogma pretende superar el anarquismo ideológico en que el país vivía desde la Revolución de Mayo proponiendo un conjunto de ideas básicas a las cuales todos debían adherir. Otra aclaración merece el término "socialista," que en su contexto nada tiene que ver con el criterio marxista del mismo. El Dogma lleva el aditamento de "socialista" simplemente porque se refiere y destina a la sociedad, con el fin expresado anteriormente. La obra que consiste de tres partes: la primera, denominada "Ojeada Retrospectiva," retraza la historia de la joven generación del 37. En la segunda parte se presentan los 42 puntos que constituyen los principios que él considera deben ser la base de un programa de "regeneración" de la patria y a los cuales denomina dogmas. Finalmente, la tercera parte está dedicada a aclarar conceptos, con el fin de buscar unanimidad en la comprensión de los términos.

[28] Alberdi llevó el manuscripto de Echeverría y lo publicó en Montevideo. Fueron amigos y compañeros de lucha desde el primer momento.

espiritualmente como para constituir un gobierno basado en leyes. En esa sociedad, sostiene, no existe un concepto de patria, ni de soberanía ni de libertad. Tampoco hay una noción elemental de derechos ni de deberes sociales. Por lo tanto, la Argentina era un contrasentido, porque "la ley franca de la condición social es el progreso," lo que en el país se negaba tolerando una dictadura. En definitiva, todo lo que la Revolución de Mayo había construido se había desbaratado ante el tipo de gobierno encarnado en Rosas.

Como romántico, Echeverría examina el pasado reciente y enumera en esta obra y en otros artículos las causas del fracaso, distribuyendo culpas por doquier. Por empezar, sostiene, el fracaso del proceso independentista se debió a la falta de liderazgo y capacidad de la dirigencia política que emergió de 1810, porque para 1837 eran "más esclavos que nunca"; porque todo había terminado en la sustitución de "la tiranía peninsular" con "la tiranía doméstica," que representaba "una degradación tanto más profunda e infamante" ("Primera lectura" 10):

> "Faltaron hombres, que conociendo el estado moral de nuestra sociedad y profundamente instruidos quisiesen tomar sobre sí el empeño de encaminar progresivamente al pueblo el conocimiento de los deberes que le imponía su condición social. Faltaron escritores diestros que supiesen escoger el alimento adecuado a su inculta inteligencia, infundirles claras y completas ideas sobre la ciencia del ciudadano, y hacerlo concurrir con su antorcha al ejercicio de la augusta soberanía con que lo había coronado la revolución" [29]. ("Primera lectura" 13)

La acusación la amplía sosteniendo que los dirigentes del proceso de Mayo no hicieron nada por el pueblo ("Primera lectura" 18); que no supieron educarlo en "el orden, las leyes y autoridades de donde emana el bienestar y protección de todos los ciudadanos." Por el contrario, habían malgastado su tiempo "en vanas declaraciones, en gritos al aire, en guerras fratricidas," demostrando con ello su incapacidad para gobernar. En una declaración que no deja de ser premonitoria de la Argentina del siglo XX y XXI, denuncia que el pueblo no había sido más que "un instrumento material de lucro y poderío para los caudillos y mandones, un pretexto, un nombre vano invocado por todos los partidos para cohonestar y solapar ambiciones personales" (Dogma 28)

Esta denuncia del fracaso del liderazgo de los hombres de Mayo no debe pasarse por alto, porque revela una visión elitista. Efectivamente, ella insinúa con claridad quiénes son los agentes de cambio para su generación: no el pueblo mismo, sino una dirigencia iluminada, lo que refleja la influencia del iluminismo francés y otras lecturas, en especial de Saint-Simon. En esa visión, el modelo de formación nacional emana o discurre de arriba hacia abajo, del estado hacia el individuo y no al revés, lo que implica el modelo político como imposición y no como producto de una evolución cultural y política colectiva. Esta concepción explica en parte el modelo político excluyente que

[29] La filiación sansimoniana de Echeverría es indudable si leemos su explicación de la revolución de febrero en Francia ("Sentido filosófico" 148-49). En cuanto a la carencia de hombres en el Plata que pudieran interpretar la historia local, su referencia es Leroux indudablemente, en cuyo análisis de la transición francesa del siglo XVII al XVIII se basa ("Sentido filosófico" 147).

luego se implementaría a partir de 1860, cuando la modernidad se comienza a imponer a la fuerza desde un estado controlado por las elites oligárquicas de entonces.

Que la visión negativa de Mayo es generacional lo verifica Alberdi[30], quien luego dio forma y continuidad al ideario de Echeverría en su obra Bases: "Nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen ideas mas acertadas del modo de hacer prosperar esta América, que con tanto acierto supieron sustraer al poder español" (Bases 71). Para él, el intento democrático que quiso imponer Rivadavia, copiando de Francia e Inglaterra, fracasó porque no reconocía los obstáculos del Plata (Bases 118). Por ello afirmaría que el desquicio del país no venia de 1820, "sino de los primeros pasos de la Revolución de Mayo, que destruyó el gobierno unitario colonial…y no acertó a reemplazarlo por otro gobierno patrio de carácter central" (Bases 126). Obviamente, esta declaración debe interpretarse como una queja por la falta de un grupo dirigente esclarecido y a cargo del proceso, lo cual confirma el elitismo de esta Generación.

Esta visión negativa de Mayo, adelantada en el Dogma, se refleja directamente en Amalia. En ésta, Mármol comparte esa acusación de Alberdi y tambien culpa a la generación anterior por la llegada de Rosas al poder. La acusa de haber sobrestimando la capacidad de las masas, de haber pasado por alto los "instintos de raza" que hacían del pueblo porteño un "potro salvaje," no diferenciado del español. Ese pueblo no estaba preparado para el ejercicio civilizado de la libertad y la justicia que los ideales de Mayo les ofrecía, sino solamente para "respirar el viento libre que da la naturaleza salvaje." En esa sociedad anárquica, la llegada de Rosas implicó el retorno del monarca, mientras la "federación" suplantaba al predicador y al franciscano (Amalia 61).

La visión negativa que Mármol tiene de todo el proceso lo lleva a sostener que el estado surgido de la Revolución de Mayo era más bien el producto de "poetas pastoriles" que de hombres de estado. Por eso califica de "poesía política" a la república, es decir una utopía o idealización sin bases sociales (Amalia 338). Esa falta de visión, que adjudica a los hombres que manejaron el destino nacional desde Mayo hasta Rivadavia, hizo posible a Rosas, "ese mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la superstición española" (Amalia 61). Naturalmente, en esta adjudicación de culpas no están ausentes los caudillos, calificados de "Atilas argentinos salidos del fondo de nuestros desiertos", quienes aplastaron con el "casco de sus potros" los ideales revolucionarios de 1810 (Amalia 338).

Es interesante recordar las causas enumeradas por Mármol, para explicar ese fracaso. En primer lugar la mentalidad monárquica de la sociedad. En segundo, la incomprensión de un "pueblo colonial, atrasado, ignorante y apegado a sus tradiciones," o sea hacia los desafíos civilizatorios de la Revolución. Esa situación social hizo que reaccionara negativamente ante las propuestas progresistas y democráticas de Rivadavia, para terminar adhiriendo a "los principios reaccionarios de la revolución … personificados maravillosamente en un solo hombre" como Rosas (Amalia 355).

[30] Dado que Juan B. Alberdy acompañó desde un principio a Echeverría en el Salón Literario en 1837 y considerando que su obra Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (1852)-, inspirada en el Dogma, serviría luego de plataforma ideológica a la Constitución de 1853, base de la organización nacional, es justo incluir a ésta como referencia. El hecho de que a ese salón concurrieran figuras importantes como Sarmiento y Mitre, ambos futuros presidentes de la nación, resalta su importancia como centro aglutinador de las elites intelectuales de entonces.

Lo dicho por el autor de Amalia demostraría que, en términos ideológicos, el proceso emancipatorio representó una imposición extracultural al nivel de desarrollo histórico de la sociedad. Esto lo reafirma cuando dice que la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas fue la reunión de los "estados generales de Francia;" que las noticias de los debates políticos en ese país, más algún material impreso que se escurría de contrabando iban formando la idea de libertad en "los hombres capaces pero desapercibidos de las colonias;" que "la conciencia estaba hecha; el conocimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaban sino la decisión y la oportunidad" (Amalia 351-52). Si se tiene en cuenta que a tales fuentes de información sólo tenían acceso las capas altas de la sociedad criolla, es obvio que el proyecto general emancipatorio no salió del pueblo, sino de una minoría ilustrada. Como se verá en el capítulo siguiente, esto es confirmado por Sarmiento.

El análisis de Mármol respecto de todo el proceso emancipatorio deja, sin duda, un sabor amargo a los nacionalistas, ya que corrobora que las colonias españolas y el Río de la Plata en particular, no estaban maduras políticamente al momento de la emancipación para recorrer el camino del progreso a la europea o a la yanqui, y que el proceso respondía a los intereses mediáticos de una elite. Justamente, el hecho de que en el Cabildo porteño se sentaran los personajes notables de esa sociedad, no los representantes del pueblo porque no había forma de elegirlos, corrobora la idea de la disfuncionalidad cultural y política del proceso emancipatorio.

Condenadas las elites políticas por incapaces, el Dogma apunta a la iglesia católica por haber acompañado y haberse prestado al manoseo de Rosas. Efectivamente, Echeverría denuncia que "los sacerdotes hallaron más agrado y provecho en los debates de la arena política que en su misión religiosa: la tribuna vio con escándalo a esos tránsfugas del Espíritu Santo debatiendo con calor sin igual cuestiones políticas…" (Dogma 34). Condenando su complicidad con el gobierno proclama que "la religión y el sacerdote han llegado a ser, por último, entre sus manos [las de Rosas], dóciles y utilísimos instrumentos de tiranía y de retroceso" (Dogma 35). La experiencia personal de esta complicidad fue sin duda uno de los pilares en que fundaría su propuesta de mantener en el futuro una separación entre la iglesia y el estado. Recordando la visión negativa de Voltaire sobre el cristianismo, denuncia que "los tiranos han fraguado de la religión cadenas para el hombre y de aquí ha nacido la impura liga del poder y del altar" (Dogma 164). Por ello defiende la idea de un estado laico, porque no siendo éste una persona, mal podría pretenderse que tenga una religión (Dogma 165).

Su idea del estado laico se refleja y prolonga en Alberdi, cuando éste reclama dejar la religión en su lugar, garantizando su libre ejercicio, y promover la práctica de la otra más mundana y progresista: la religión del trabajo productivo. Y lo ejemplifica con España, que "no ha podido llegar a la industria y a la libertad por la simple devoción," que "el no haber sido nunca impía no le bastó para escapar de la pobreza, de la corrupción y del despotismo" (Bases 63). Por el contrario, la experiencia industrial de EE. UU. e Inglaterra le prueba que el mejor medio de moralización es el trabajo.

La visión negativa de la iglesia en el Dogma encuentra su curso estético en El matadero. Aquí Echeverría la ridiculiza mostrándola como parcial y cómplice de la dictadura, lo que resulta en la degradación de sus actos litúrgicos y priva de sentido religioso a algunas de sus fiestas religiosas, como la Cuaresma: "¡Cosa extraña que haya católicos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la Iglesia tenga la

llave de los estómagos!" Que todo ello sea contextuado en un espacio dominado por "el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos" (Matadero 13-14), entre "anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres," no hace más que degradarla.

Pero si para Echeverría sus actos no tienen otra intención que la de "reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal" es servir a la Iglesia y el gobierno (14), no lo es menos para Mármol en Amalia. Aquí toda la iglesia es representada en un prototipo sacerdotal, el cura Gaete, "un mal sacerdote, federal inmundo, hombre canalla…reptil ponsoñozo" que sube "a la cátedra del espíritu santo con el puñal en la mano;" "ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia;" "sacerdotes ensangrentados de esa herejía política a que llamáis Federación" (Amalia 139).

Expuestas las elites del pasado y la iglesia por su falta de compromiso con la emancipación, el Dogma alcanza a otros responsables de la debacle de Mayo. Los siguientes son los militares retornados de las guerras de la independencia, por haber prestado su espada y prestigio a una u otra causa, contribuyendo con ello a generalizar la anarquía. Por último la prensa, a la que reprocha su carencia de sensatez al ponerse al servicio de las "pasiones más bajas" o por presentar "teorías exóticas" completamente a contramano de la realidad nacional, las cuales eran adoptadas irreflexivamente por ministros, representantes y periodistas sin juicio previo, más con el fin de hacer ostentaciones de erudición que de discutirlas a la luz de una reflexión propia. Así, dice Echeverría, si se les preguntara a nuestros "hombres doctos tan vanos de suficiencia" qué credo político, filosófico o literario profesan, no responderían con opiniones propias, sino con "las de su autor o libro favorito." Esta opinión no hace más que confirmar el carácter postizo de la erudición personal en estos grupos de poder, actitud que luego trasladarían al gobierno para imponer un modelo imitativo al desarrollo nacional, con el fin de lograr la modernización a toda costa.

Los cambios necesarios

Establecidos los males de la república y sus culpables, el Dogma se explaya definiendo las medidas políticas que demandaba la construcción de un nuevo modelo de nación. Para Echeverría, el país reclamaba una etapa organizadora "destinada a curar las heridas y echar el fundamento de nuestra regeneración social." Era el tiempo del "derecho y la razón", el de cumplir con "la misión que nos ha cabido en suerte" ("Primera lectura" 6-7). Esto último expone nuevamente su visión elitista en la búsqueda de soluciones políticas. También Alberdi plantearía lo mismo. Para salir de esa anarquía demanda dar vuelta la página y recomenzar la historia, dejando atrás los heroísmos guerreros y proponiendo nuevos héroes; nuevos modelos humanos que estuvieran de acuerdo con el tipo de país liberal y democrático que buscaban implantar: "Ha pasado la época de los héroes; entramos hoy en la edad del buen sentido. El tipo de grandeza americana no es Napoleón; y Washington no representa triunfos militares, sino prosperidad, engrandecimiento, organización y paz" (Bases 86).

Creyendo que el fracaso de Mayo era también resultado de la falta de educación, Echeverría reclama adoptar un modelo educativo nuevo, que forme ciudadanos y no individuos meramente instruidos; personas educadas para ser concientes, racionales y responsables ante la sociedad y su patria; uno donde el concepto de libertad, fraternidad e

igualdad estuvieran cimentados. Esa visión fue expuesta en su artículo "Objeto y fines de la instrucción pública", presentado ante el "Consejo de Instrucción Pública" de Montevideo, donde critica el sistema de instrucción vigente en Argentina, planificado entre 1821 y 1827, que no había servido para formar ciudadanos. Aquí, sostiene, ni la escuela primaria, ni la secundaria, ni la universidad habían tenido un fin social reconocido de "moralidad y sociabilidad." Para él, tal instrucción no estuvo programada en función de las necesidades del país, lo cual empeoró las cosas en vez de mejorarlas, al haber facilitado que la educación cayera en "manos de especuladores que hacían granjería de ella como de una industria cualquiera," en otras palabras, la explotaban como negocio solamente ("*Objeto"* 130). Sin duda, aquí Echeverría tiene en mente a la iglesia, que había recibido de Rosas el privilegio de hacerse cargo de la educación pública en Buenos Aires.

Sin embargo, los planes educativos que propuso fueron diferenciales y ciertamente discriminatorios. Es así que reclama para la gente del campo una mera educación básica, destinada elementalmente a enseñarles a leer, contar y vivir moralmente en sociedad, unidos por el "sentimiento racional de la justicia y del deber" ("Objeto" 134-35). Para la gente urbana, en cambio, según él destinada por su situación a sostener las riendas del poder, propone una educación más avanzada de tipo mercantil, industrial y científica, incluyendo las carreras de abogacía y medicina, únicas capaces de "medrar en el país" ("Objeto" 135). Esta preocupación por el carácter de la educación, también está presente en Alberdi, el padre de la Constitución, cuando dice que:

> La instrucción primaria dada al pueblo más bien fue perniciosa. ¿De que sirvió al hombre del pueblo el saber leer? De motivo para verse ingerido como instrumento en la gestión de la vida política que no conocía; para instruirse en el veneno de la prensa electoral, que contamina y destruye en vez de ilustrar; para leer insultos, injurias, sofismas y proclamas de incendio, lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera.
>
> La instrucción superior en nuestras repúblicas no fue menos estéril e inadecuada a nuestras necesidades. ¿Qué han sido … sino fabricas de charlatanismo, de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada? Se llega a la moral más presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos…que no por la instrucción abstracta. Estos países necesitan mas de ingenieros, de geólogos y naturalistas , que de abogados y teólogos. Su mejora se hará con caminos, con pozos artesianos, con inmigraciones, y no con periódicos agitadores o serviles, ni con sermones o leyendas. (Bases 60)

Echeverría y Alberdi también coinciden en la receta que solucionaría la falta de capacidad técnica del criollo, una vez que Argentina se liberara de Rosas y se insertara en la división internacional del trabajo: la apertura a la inmigración. En su "Segunda Lectura" en el Salón Literario, Echeverría reflexiona sobre los medios que habían de sacar al país del atraso y concluye que la Argentina estaba todavía en estado embrionario

desde un punto de vista civilizatorio y sería "quijotescamente pretencioso," dice, tratar de adquirir esa experiencia que sólo el espacio y el tiempo proveen (48). Esta idea, que insinuaba la necesidad de atraer al inmigrante para superar el atraso, fue seguida luego por Alberdi, que le dio forma definitiva sosteniendo:

> Cada europeo que viene a nuestras playas, nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de *filosofía*.
>
> ¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslos aquí" (Bases 73)
>
> Sin población y sin mejor población que la que tenemos…todos los propósitos quedaran ilusorios y sin resultado….Constituid como queráis las provincias argentinas; si no constituís otra cosa que lo que ellas contienen hoy…combinad de todos modos la población actual…no haréis otra cosa que combinar antiguos colonos españoles…debilitados por la servidumbre colonial.
>
> Sin mejor población para la industria y para el gobierno libre, la mejor constitución política será ineficaz. (Bases 201-202)

Pero, Alberdi no quería que el gobierno dirigiera ese proceso, sino que creara las leyes necesarias para que se repitiera el proceso norteamericano en suelo argentino, con lo que prueba el carácter imitativo de la visión de esta generación:

> La inmigración espontánea es la verdadera…Nuestros gobiernos deben provocarla, no haciéndose ellos empresarios, no por mezquinas concesiones de terrenos habitables por osos…sino por el sistema grande, largo y desinteresado, que ha hecho nacer a California en cuatro años por la libertad prodigada, por franquicias que hagan olvidar su condición al extranjero, persuadiéndolo que habita su patria…" (Bases 76)

Ahora bien, el hecho de que la educación urbana propuesta por Echeverría fuera de mayor alcance y profundidad que la del campo, no debe interpretarse como un cheque en blanco para todos los individuos nacidos en la ciudad. Sería inconcebible pensar que hubiera apoyado la idea de dar el derecho al voto al sector social que representa en El matadero o a individuos como "Matasiete," por el solo hecho de vivir en ella. Por eso, a contramano del modelo norteamericano, donde hacia 1825 ya se había impuesto la idea

del sufragio universal luego del escándalo en la elección de John Q. Adams, Echeverría niega la posibilidad de ese derecho a los sectores bajos de la población por considerarlos incapaces políticamente. Esto lo llevó a proponer la limitación del derecho para que votasen solamente los emancipados, es decir, aquellos que demostraran su independencia de cualquier presión circunstancial. Decía que "aquél cuyo bienestar depende de la voluntad de otro, y no goza de independencia personal, menos podrá entrar al goce de la soberanía…". Dado que este ciudadano ideal no era común en la sociedad de su tiempo, propone un tutelaje intelectual temporario, hasta tanto esos individuos se independizasen a través de la educación, que el estado debía brindarles obligatoriamente (Dogma 204-205).

Naturalmente, la razón para tal propuesta fue la experiencia en tiempos de Rivadavia, que había permitido legitimar la dictadura de Rosas por parte de un pueblo que no comprendía lo que votaba, ni lo que estaba en juego: "Concurrían algunos a la mesa electoral, presentando una lista de candidatos que les daban: era la del gobierno" (Dogma, "Ojeada" 40). Para él, todo aquello había sido una farsa democrática, porque "una tercera parte del pueblo no votaba, otra no sabía por qué ni para qué votaba, otra debía presumirse que lo sabia" (41). En otras palabras, la adopción del "[equivocado] principio de la omnipotencia de las masas" había servido para legitimar el despotismo (Dogma 184).

Por otra parte, su posición negativa frente al sufragio universal está en armonía con la visión elitista y aristocrática que prevalecía en Francia y los Estados Unidos, en las primeras dos décadas del siglo XIX. Quizás conciente de esa contradicción personal, salva la misma sosteniendo que su fórmula democrática no reconocía la "voluntad popular" por sí misma, sino la "voluntad de la razón popular", la cual es obra de la razón y el conocimiento, no del mero hecho de existir como individuo. Es fácil imaginar que los marginados de El matadero no habrían tenido la menor chance de votar en la "república" de Echeverría. Ni que hablar de los negros y los indígenas.

La salida política

Luego de estudiar y analizar, como romántico y racionalista, los últimos veinticinco años de historia desde Mayo de 1810, el estado de desarrollo de la sociedad, sus tradiciones, costumbres y necesidades, incluyendo la geografía y la naturaleza, Echeverría hace en el Dogma su propuesta política de formación nacional. Ante todo advierte que no se podía seguir una receta europea, porque Argentina era un país nuevo, "donde nada hay estable, todo es imprevisto y dependiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos; en donde es necesario muchas veces obrar contra la corriente de las cosas por ajustarse a un principio cuya verdad es absoluta" (Dogma 58-59).

La primera conclusión de ese estudio fue la condena y descalificación de federales y unitarios para ejercer el poder, por haber sido protagonistas de una lucha estéril y de una guerra civil desgastante en defensa de sus intereses facciosos. A los primeros descalifica porque se apoyaban en los "instintos semibárbaros" de las masas, lo cual se refleja claramente en El matadero; a los segundos por su falta de identidad nacional y de originalidad, al adoptar ideas ajenas y por pretender aplicar modelos foráneos en una sociedad atrasada que no había pasado por las experiencias de Europa.

Pero, su descalificación no implica que deba ignorárselos. Su propuesta es absorberlos en un partido político nuevo, nacional, unificado sobre los principios o dogmas destinados a recuperar los ideales de Mayo. La necesidad de incluir a ambos grupos también es defendida por Alberdi en su disputa con Sarmiento. Es interesante notar en las siguientes citas cómo Alberdi justifica su posición:

> Con "caudillos", con "unitarios", con "federales", y con cuanto contiene y forma la desgraciada República", se debe proceder a la organización, sin excluir ni aun a los malos, porque también forman parte de la familia. ("Cartas" 31)
>
> El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaucho porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. ("Cartas" 32)
>
> Si tenemos derecho para suprimir al "caudillo" y sus secuaces porque no piensan como nosotros, ellos la invocarán mañana para suprimirnos a nosotros porque no pensamos como ellos.
>
> Dad garantías al caudillo, respetad el gaucho, si queréis garantías para todos. ("Cartas" 33)

Obviamente, esta visión es distinta de la que luego se adoptaría a partir de 1870, cuando de hecho se descarta definitivamente al gaucho del proyecto nacional, por considerárselo carente de capacidades para acometer el desafío de la modernidad y justificar de paso la inmigración masiva de europeos.

En definitiva, su propuesta de salida a la situación política coincide con la que ya fuera enunciada en su primera presentación en el Salón Literario, donde fiel a su visión sansimoniana, propone un gobierno de elites ilustradas, a las cuales esconde detrás del mote de "el genio." Ese "genio" se inspirará, dice, "en las fuentes de la civilización europea, estudiará nuestra historia, examinará las entrañas de nuestra sociedad y luego de una larga reflexión y estudio" propondrá un camino que sacará al país de su letargo y lo proyectará hacia el futuro. Ese "genio" será un hombre, una secta o un partido nuevo que, partiendo de la realidad nacional y el sentido común, dará una nueva dinámica a la sociedad ("Primera lectura" 18). Obviamente, con está propuesta, Echeverría justifica el modelo de formación nacional como producto de una imposición a cargo de una elite mesiánica, antes que como consecuencia de una evolución social, cultural o política.

En la misma línea se ubica el pensamiento de Alberdi cuando sostiene que "la América se ha dado la república por ley de gobierno", pero "la república no es una verdad práctica en su suelo….porque el pueblo no está preparado para regirse por este sistema, superior a su capacidad" (Bases 55), con lo cual apoya la idea de Echeverría de un gobierno elitista. Definido el modelo, se dedica a buscar y estudiar varios modelos de constitución que pudieran tomarse como base para el propio. Al final lo encuentra en la de California. Efectivamente, para el autor de Bases, ese estado se parecía a la Argentina: había sido parte de la colonia española y era igualmente remoto; allí "todo era soledad"

como en las pampas y habían sido "excluidos los cultos disidentes, los extranjeros, el comercio" (Bases 51), hasta que pasaron a ser parte de los Estados Unidos. Según Alberdi, "la nueva Constitución le permitió en cuatro años erigirse en Estado" mientras que "en tres siglos no había pasado de ser una miserable aldea" bajo el poder español (Bases 52). Nuevamente, la idea de una imitación espuria se imponía como modelo.

Errores de apreciación

En la visión de las causas del atraso del país, es claro que Echeverría, Mármol y Alberdi pasan por alto las bases reales del mismo: la estructura económica y las relaciones sociales arcaicas a que ella daba lugar. No comprenden que la actitud condescendiente de las masas hacia Rosas, no es otra cosa que el resultado de la precariedad de la vida en una sociedad estratificada, que arrinconaba a las clases bajas en trabajos serviles y no les ofrecía otra opción para sobrevivir. No comprenden que Rosas con sus intereses rurales y los criollos urbanos de clase alta con los suyos, sector del cual ellos formaban parte, eran las dos caras de una misma moneda que, cayera del lado que cayera, no garantizaba el ascenso social.

Aquel desconocimiento los llevó a simplificar la problemática social y a caer en una visión maniquea de la realidad. Por ello pasaron por alto los aspectos sicológicos derivados de la condición de esclavitud o extrema dependencia en que se encontraban los sectores bajos de la sociedad. Al desconocer esa relación, ignoraron los laberintos mentales en que el oprimido teje y desteje sus afectos y lealtades. Esto los llevó a interpretar la adhesión a Rosas como una inclinación natural de la sociedad por el mal o una traición. Olvidaban que la vida del negro dependía y transcurría sujeta a las determinaciones que su amo tomara, para bien o para mal; que la esclavitud, si bien se había eliminado en los papeles, seguía vigente a través de la dependencia económica; que su situación era de total vulnerabilidad, lo que explicaría que se plegara a quien le ofreciera desde el poder no sólo más seguridad, sino también una mayor consideración social y autoestima.

Además, esa falta de comprensión los llevó a adoptar una actitud abiertamente prejuiciosa y hostil hacia esos sectores vulnerables. No es casual el siguiente fragmento en Amalia: "La comunidad de la Mazorca, la gente de mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habían dado ya carta de independencia absoluta para defender su madre causa, comenzaban a pasear en grandes bandadas [por] la ciudad, y la clausura de las familias empezó a hacerse un hecho" (412). Este pasaje demuestra claramente que entre los criollos no habían cristalizado totalmente las ideas de igualdad social y libertad que pregonaban; que sus exclamaciones de adhesión a las ideas progresistas que les llegaban de Europa o los Estados Unidos no iban más allá de una pose intelectual, porque en su conciencia seguían atados a los prejuicios y valores coloniales. De ahí que Mármol viera la actitud del negro ante Rosas como "uno de los fenómenos sociales más dignos de estudiarse en la época del terror" o que lo condene por no haber sabido pagar con lealtad "la libertad que Buenos Aires les había otorgado con la Revolución" (451). Naturalmente, aquí Mármol revela una maliciosa ingenuidad, ya que en los hechos el negro siguió atado a la servidumbre para poder sobrevivir, mientras que en términos sociales siguió siendo un marginado, al igual que el indio y el gaucho.

De todas maneras, esta limitación que inspiró obras como El matadero, La cautiva o Amalia, no impidió que las ideas de Echeverría y Mármol triunfaran; que el

maniqueismo, como fórmula artística de interpretación de la realidad para condenar a un régimen opresor como el de Rosas, luego se trasvasara a lo político, para influir y definir el carácter de la formación nacional a partir de 1860, dando forma a un estado elitista y excluyente. Que el modelo adoptado y los intereses sociales eran divergentes culturalmente, lo prueba la necesidad de recurrir a componendas políticas para mantener el poder en el círculo de la oligarquía entre 1860 y 1916. Las obras literarias mencionadas no son más que un reflejo temprano de esa inestabilidad que, como plantea Bhabha, lejos de contribuir a una afianzamiento de la idea de nación, sólo acentúa su precariedad.

4

SARMIENTO: EL MODELO COMO IMITACIÓN

Sarmiento, desde el llano o desde la presidencia de la nación, fue sin duda uno de los personajes más influyentes en el modelo de nación desarrollado en Argentina después de Caseros. En su persona se conjuga una paradoja, la de ser sujeto y objeto del sistema. Lo primero porque es el que más decididamente impulsa la construcción del modelo liberal de nación. Él comprende la necesidad de institucionalizar el sistema y de dar base social a la concepción de "progreso" que se pretendía, lo que hace desde su presidencia. Lo segundo porque el sistema lo transforma en objeto a su servicio, en mito, con el objeto de auto afianzarse ideológicamente al cabo de su muerte.

En lo artístico, confluyen en él los valores del Romanticismo europeo, que inspiran su visión romántica de la pampa; en lo ideológico, el mesianismo escatológico que caracteriza al iluminismo dieciochesco, que lo impulsa a ser elitista, a borrar o ignorar el pasado cultural y colonial y a plantear la creación de una nueva era de progreso basado en las ciencias y la adopción de modelos foraneos. Esta actitud intelectual es acompañada por una sobrevaloración de sí mismo, que lo lleva a ser arrogante e impaciente ante su entorno, lo cual vuelve a probar su mentalidad mesiánica. Todo esto explica el carácter de sus obras y la premura con que impulsó o llevó adelante sus planes políticos desde el poder o desde fuera de él, a lo largo de su vida, todo destinado a construir un modelo liberal de formación nacional, que se alineara con los mitos civilizatorios del momento.

Pero, la importancia de Sarmiento va más allá de lo político o lo estético. La proyección interesada de su imagen, como "grande entre los grandes", tal como canta su himno, busca instalar en el imaginario colectivo la imagen de un mito, con el fin de legitimar el modelo político que contribuyera a instalar con su lucha personal. Por eso, no es casual que esa construcción sicológica en la conciencia social se inicie en la escuela primaria, en el momento en que el niño comienza a desarrollar su identidad nacional. De ahí su omnipresencia en las aulas o la elección del día de su fallecimiento –11 de septiembre- como el día del maestro y la creación hasta de un himno con su nombre, todo destinado a crear un espacio glorioso y mítico en el pasado donde toda la sociedad se encuentre como parte de una nación: "Con la luz de tu ingenio iluminaste / la razón, en la noche de ignorancia./ Por ver grande a la Patria tu luchaste / con la espada, con la pluma y la palabra." Naturalmente, ni una palabra de su vision racista de la sociedad ni de algunas cuestionables acciones políticas que en su momento apoyara o impulsara, las que hubieran bastado para bajarlo del pedestal de las escuelas y de la misma historia.

Un aspecto importante a tener en cuenta en el análisis de sus obras escritas, es su relación con las ideas económicas y políticas prevalecientes en la época. Ellas se ubican históricamente en una época de expansión del capitalismo a bordo de la Revolución Industrial, todo enmarcado por el conflicto entre un viejo orden, asentado en el poder feudal de las monarquías, las aristocracias y los grandes propietarios que se negaban a desaparecer, y otro nuevo y emergente, expresado políticamente en el republicanismo y el constitucionalismo. Francia era el mejor ejemplo de ese desajuste que se desencadenó con la Revolución Francesa y que seguía vigente cuando Sarmiento la visitó por primera

vez. Inglaterra era lo opuesto, ya que había encontrado en la expansión comercial e imperialista a bordo de su flota, la forma de evitar esos problemas. A su vez, al otro lado del océano estaba Norteamérica, demostrando todas las posibilidades de expansión que el capitalismo salvaje podía ofrecer en nombre del laissez-faire y el darwinismo social. Como se dijo antes, frente a esos desarrollos la generación de Sarmiento no tuvo una actitud de prudencia dado su desconocimiento de esas realidades, sino que optó por mitificarlos y transformarlos en modelos a seguir para alcanzar el progreso. Esto explica que a finales del siglo XIX el país estuviera en brazos del capital inglés.

La motivación que llevó a Sarmiento a involucrarse en el devenir político es la misma que alimentó a su generación, la identificada como del 37: el rechazo a la dictadura de Rosas y la aspiración a alcanzar el mito civilizatorio. Coincidiendo con Echeverría y Alberdi, para él también la Argentina era un contrasentido, porque había desperdiciado décadas de posibilidades después de la Revolución de Mayo, lo que le impidió incorporarse al progreso intuido con el advenimiento de la Revolución Industrial en Europa o los Estados Unidos. Sin embargo, al igual que con los otros escritores de su generación, su obra no puede verse como representativa de la ideología de las mayorías, lo que le quita el carácter de nacional, sino como la expresión de una elite intelectual y marginal al pueblo, desesperada por sumar el país a los mitos y utopías que se habían construido en torno a la idea de progreso.

La limitación del alcance social de las ideas de Sarmiento, Echeverría y otros de su grupo es lógica, si se tienen en cuenta las condiciones sociales y las limitaciones del propio país de entonces. En primer lugar, la existencia de una sociedad estratificada, donde los criollos con prestigio o riquezas heredadas de la colonia ocupaban la punta de la pirámide social, mientras hacia abajo se extendía una población que hoy se calificaría como marginada. Obviamente, el gauchaje y los negros, que conformaban la base de esa pirámide, todos pobres y analfabetos, no constituían una audiencia apta para la recepción de las extrañas ideas de progreso que las elites intelectuales discutían. En segundo lugar las dificultades internas para la comunicación, entre las cuales estaban las restricciones que imponían los caudillos a la circulación interna. Sin embargo, esta situación no autoriza a creer que toda la población fuera sinceramente favorable a Rosas o proclive al caudillismo y las dictaduras. Después de todo, ese mismo pueblo se había jugado en las luchas por la independencia. La realidad parece indicar que la mayoría de la población era, ideológicamente, marginal a estos grupos o facciones en disputa por el poder y que su silencio respondía más bien a un acomodamiento ante las circunstacias políticas que le tocaba vivir, más allá de que participara en las luchas armadas, en las cuales era obligada a participar so pena de severos castigos.

Ahora bien, la visión artística y social en Sarmiento arroja al conjunto de su obra en un terreno controversial y contradictorio. ¿Cómo compatibilizar su visión romántica del payador, del baqueano o del rastreador en su Facundo, con la otra política, que sostenía la necesidad de la eliminación del gaucho, porque era un escollo para la civilización? ¿Cómo entender o explicar su idea de construir una nación al margen de su propia sociedad y, más tarde, sobre las espaldas de una población importada que ni siquiera hablaba el idioma nacional? Las preguntas y las faltas de respuesta podrían seguir, pero la solución de este acertijo intelectual es, sin embargo, más simple de lo que parece: su arrogante mesianismo y su carencia de una formación académica formal, lo que lo llevó a creerse parte de una cruzada civilizatoria y a carecer del equilibrio

necesario para evaluar imparcial y desapasionadamente la realidad nacional y también la ajena[31].

Este proceso tuvo su propio desarrollo. En un primer movimiento intelectual, Sarmiento mitifica sus lecturas, lo que lo lleva a sobrevaluar Francia en un principio y luego a los Estados Unidos. El segundo paso de ese proceso fue reflejo del primero y consistió en devaluar lo propio, porque no se ajustaba a los moldes intelectuales que se había construido en esas lecturas. Este conflicto entre su ideal de país y la realidad se salda con el tiempo tratando de imponer despóticamente el progreso, como lo dice Alberdi. Obviamente, esta visión autoritaria se apoyaba en el pensamiento de Saint-Simon, Comte y Mill, entre otros, que justificaban un gobierno autoritario a cargo de genios para impulsar la civilización y el progreso. Es más, Sarmiento lo justifica recordando que las libertades del pueblo inglés fueron producto de una elite aristocrática, más que del pueblo mismo: "El hecho, por contradictorio que parezca, es que el gobierno aristocrático por excelencia acaba al fin con la esclavitud del hombre, como fueron los barones y lores ingleses los que en la Magna Carta aseguraron las libertades del pueblo" (Conflicto 303). Esta visión está sin duda detrás del frenesí creativo que impuso a su presidencia, que lo llevó crear infinidad de escuelas, el Colegio Militar, la Escuela Naval, la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, el Observatorio Astronómico en Córdoba, entre otras acciones, todo destinado a replicar el modelo de desarrollo de los Estados Unidos.

En la evolución del pensamiento de Sarmiento es importante reconocer dos etapas, divididas por el viaje que realizara a Europa y de ahí a EE. UU., entre 1846 y 1848. El viaje marca un antes y un después en su relación con los mitos que él mismo se había creado. Aquí nos referiremos sólo a tres de sus obras literarias. A la etapa previa pertenece el Facundo, obra que, como se sabe, trata de explicar las fallas que impiden al país alinearse con los preceptos civilizatorios, recurriendo a una teoría que liga la personalidad del pueblo y su cultura a los aspectos geográficos del país. A su regreso produce Viajes, obra que interesa porque define su inclinación por el modelo norteamericano como el mejor a seguir en Argentina, con el fin de acceder al progreso. Por último, al final de su vida publica Conflicto y armonía de las razas en América, una obra que confirma su visión racista del desarrollo social.

Facundo y Conflicto: Bases políticas de la descalificación de las mayorías

Tanto Facundo (1845) como Conflicto (1883) son obras que buscan explicar el supuesto fracaso del pueblo del antiguo Virreinato del Río de la Plata en la construcción de un estado liberal, aliado al mito civilizador, luego de lograr la emancipación en 1810. En la primera obra, Sarmiento presenta su tesis recurriendo a la teoría del determinismo geográfico. Aquí la geografía, concretamente la pampa, es acusada de moldear un tipo de personalidad social que hace proclive al pueblo a los gobiernos autoritarios y al caudillo en particular:

> [...] á la configuración del terreno y á los hábitos que ella engendra,

[31] Sarmiento mismo reconoce estas limitaciones en su introducción a Facundo: "Este studio [el de la situación politico-social de la Argentina], que nosotros no estamos aún en estado de hacer, por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica,..." (4).

> ...á las tradiciones españolas y á la conciencia nacional, íntima, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano…su parte a la barbarie indígena, su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la Revolución de 1810, á la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad[32]. (4)
>
> …en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno…siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos a su voluntad…(12)[33].
>
> El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes" (Facundo 20).

En cambio, en Conflicto y treinta y siete años más tarde, quizás convencido de lo disparatada de la teoría determinista de base geográfica, recurre a otra falacia: al racismo, para culpar al negro y al indígena por tal fracaso. Según esta teoría, la mezcla del español con estas dos razas había generado un individuo inferior, lo que había impedido el progreso. Pero, esta postura racista no es nueva, ya que la había anunciado en el Facundo cuando dice que la mezcla racial había producido un "todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad é incapacidad industrial…". Por lo tanto, la supuesta incapacidad del mestizo para el trabajo productivo, luego base de su descalificación y de la apertura de la inmigración, provendría de la contribución indígena en la mezcla. Para Sarmiento, el indígena había demostrado incapacidad, "aun por medio de la compulsión, para dedicarse á un trabajo duro y seguido," lo cual heredó el gaucho. Tampoco el negro se salva en su diagnóstico, "que tan fatales resultados ha producido," seguramente refiriéndose a su papel como espías de Rosas entre las familias.

La definición de los culpables por tal fracaso histórico no es un tema intrascendente al estudio de la formación nacional, especialmente en el caso argentino, donde los acusadores, entre ellos el mismo Sarmiento, tuvieron la oportunidad de llegar al poder. Justamente, las políticas sociales y económicas implementadas desde fines del siglo XIX en adelante, buscaron compensar lo que se veía o calificaba como un impedimento para acceder a la modernidad: la carencia de una raza pujante, a causa de la mezcla racial.

La propuesta de Sarmiento en ambas obras no es original. El determinismo goegráfico en que se apoya el Facundo, estaba en boga en el siglo XVIII. Ya Herder había usado esa teoría para defender el derecho de los alemanes a tener un estado propio. Herder sostenía que el tipo de vida a que la región del Mar Báltico daba lugar, había

[32] Al criticar los postulados de igualdad Sarmiento se aleja irremisiblemente de Rousseau.

[33] Aquí Sarmiento usa los conceptos de Herder aunque al revés: Mientras Herder veía en el teutón y sus virtudes la raíz y esencia de lo alemán, lo que usaba para justificar la continuidad histórica de su nación, paradójicamente no definida todavía hacia 1800, Sarmiento reniega y deplora los antecedentes culturales sintetizados en la mezcla que acompañó la colonización española.

generado una cultura en común entre los grupos humanos que allí vivían, lo que justificaba considerarlos como nación con derecho a poseer una estructura gubernamental propia. Obviamente, en esta relación que Herder planteaba, la nación, como idea, antecedía al estado, hecho que fue pasado por alto por las elites argentinas cuando decidieron imponer su modelo de estado, por encima del nivel de desarrollo histórico de la sociedad.

Que el determinismo era una idea general de la época también lo prueban otros pensadores, con quien Sarmiento estaba familiarizado. Jules Michelet (1798-1874), uno de su más admirado, se había amparado en las teorías de Vico y Herder para justificar el vanguardismo francés en la lucha por la justicia, sosteniendo que ello era el resultado de una combinación de factores, donde la geografía tomó un papel activo en la determinación del grado de civilización del pueblo francés. También Isidore Auguste Comte (1798-1857), discípulo de Saint Simon, que se dedicó a establecer una relación entre biología e historia y política y contexto espacial y temporal, estableciendo categorías arbitrarias que luego fueron descartadas por no tener asidero científico. Lo mismo Hyppolite Taine (1828-1893), cuando planteó una relación directa y determinante entre la personalidad de una sociedad, su raza y el tiempo histórico en que le tocaba vivir. Y más tarde, Henry Buckle (1821-1862), que defendió la existencia de una relación entre la dieta alimenticia de un pueblo, ligada a la geografía, y la formación social.

Pero, la necesidad de buscar otro determinante del fracaso lo lleva a tomar otro camino en Conflicto: el de la intuición seudo científica. Para intentar demostrarlo parte de la hipótesis de que el éxito de la colonización inglesa en norteamérica, que terminó en la fundación de los Estados Unidos, fue consecuencia de que el blanco anglosajón no se había mezclado con el indígena: "Conflicto denuncia la presencia de este elemento, no admitido en las colonias inglesas (el piel roja), con lo que la raza sajona ha conservado su brío y la tradición sajona del gobierno" (Conflicto, "Apéndice, Carta a Mr. Noa," 419). Lo reafirma en la obra sosteniendo que el éxito yanqui es consecuencia de que los colonos ingleses siguieron el mandato bíblico de "no hacer alianzas con el cananeo que mora en la tierra, no habitar con él sino arrojarlo del territorio." Por contrapartida, el fracaso que adjudica a la colonización española, extensiva naturalmente al caso argentino, es adjudicada al hecho de que el español se había mezclado con el nativo; fracasaron porque "no siguieron la ley de Moisés: cohabitaron con los hijos de Moha."

Pero, Sarmiento recurre a otras teorías para ampliar la base de su visión racista del fracaso español y luego criollo. Así, basándose en la opinión de un tal Juan de Ulloa, que había sostenido que los indígenas son inferiores frente al blanco porque tienen un cráneo de menor volumen, sostiene que esa inferioridad es general a todos ellos porque son todos parecidos físicamente. Esto explica que el indígena tenga "limitado poder intelectual" (Conflicto 75) y que "bajo el punto de vista intelectual, los salvajes son más o menos estúpidos…" (Conflicto 87-88). Pero, esto tampoco es original, ya que también evidencia la influencia de Fenimore Cooper, su modelo artístico, cuando dice que "ellos [los indios] son todos parecidos, una enana, sucia y degradada raza" (Notions, Vol. II, 281)[34].

También recurre a las teorías de otro apellidado Agassiz, que había declarado que una mezcla de negro y blanco, de blanco e indio y de indio con negro degenera al blanco y vuelve a la larga al tipo original con el cual aquél se cruzó (Conflicto 113), o sea al

[34] "They were all alike, a stunted, dirty, and degraded race".

indio o al negro. Basado en ella, Sarmiento sostiene que si un español, que trae consigo sus preocupaciones espirituales, se cruza con un individuo de "una raza salvaje prehistórica," el producto es un individuo arbitrario y déspota (Conflicto 201). Obviamente, este individuo no es otro que el mestizo criollo, que por ser resultado de esa mezcla es impulsado genéticamente al despotismo y a seguir al caudillo.

Para profundizar su descalificación también apela a las "ciencias" de entonces. Para justificarse recuerda a un tal Wilson, que había sostenido que "las ventajas que provienen de trasplantar la raza humana como las plantas son manifiestamente grandes; pero el trasplante no ha de confundirse con la mezcla de tribus, ya sean de la raza humana, o de las inferiores especies de animales o plantas." Adoptando esa visión sostiene que :

> […] el norteamericano es, pues, el anglo-sajón, exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de raza para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico, bravo como un oso gris, su compañero de los Estados Unidos, amansado como una llama en la vasta extensión del Perú, perezoso, sucio, ladrón como en las pampas y ebrio y cruel en todo el mundo […]" (Conflicto 309-310).

Respecto a los negros, en cambio, Sarmiento es más indulgente. A pesar de calificarlos como "una segunda raza servil," tiene palabras de reconocimiento para varios que conoció personalmente, como el negro Barcalá, el maestro Antonio, el maestro Alejos: "El negro, aunque esclavo, era el amigo del joven criollo su amo, con quien acaso se había criado en la familia…. Es fiel y entusiasta de raza, y sirviendo voluntariamente como asistente acompañaría a la guerra al 'amo'." Para él, algún día "la raza negra, que ya no será hollada, como hasta aquí, producirá sin duda la más soberbia manifestación de la vida humana" (Conflicto 120-123).

Definidas las teorías, Sarmiento las usa para desarrollar su tesis del fracaso del proceso emancipador argentino. Sin conocer realmente la geografía nacional ni al pueblo que la habitaba, sostiene que el carácter pastoril que el "desierto" impone a la vida del campesino, explica el brutal predomino de la fuerza bruta y del instinto sobre el intelecto en ellos. A la influencia del campo o "desierto" también adjudica el predominio de la herencia cultural hispana, la presencia de campos incultos, el uso del chiripá por parte del gaucho, el rancho pobre del criollo, que descansa echado en un rincón del patio, con los hijos conviviendo con una jauría de perros, todos sucios y en harapos (Facundo 29). Olvidando que la guerra de la independencia fue ganada por el gauchaje, se aventura a sentenciar que para la "campaña pastora," "la libertad, la responsabilidad del poder…eran extrañas a su manera de vivir, a sus necesidades" (Facundo 74).

El campo también es condenado porque impide la instrucción, mientras favorece la desmoralización. El mejor ejemplo de esa barbarie es, para Sarmiento, el campesino, el gaucho, en quien ese tipo de vida "ha desenvuelto las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia;" "fuerte, altivo, enérgico," sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades;" "feliz en medio de su pobreza y sus privaciones" (Facundo 40). Para él, ese contexto social impide y entorpece

el establecimiento de una nación moderna y civilizada, porque allí "la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes" (Facundo 34).

La contracara a esta aventurada tesis es su sentencia de que la ciudad es, por naturaleza propia, la fuente de la civilización. A pesar de no conocerla personalmente al momento de escribir el Facundo, eleva a Buenos Aires a parangón civilizatorio, aunque no tanto por méritos propios, sino por ser apéndice de Europa, gracias a su puerto: "Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas….Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan sólo en Buenos Aires; la pampa es un malísimo conductor para llevarla…" (Facundo 23-24).

Sin embargo, esta visión idealizada de la urbe vuelve a revelar que Sarmiento se deja llevar por sus propios mitos. Por ese entonces, Buenos Aires estaba muy lejos de ser un paradigma de civilización. Si lo hubiera sido, Echeverría no habría podido escribir El matadero, ya que la turba que hace de personaje colectivo en esta obra, proviene de los sectores urbanos de Buenos Aires. Esto, que demuestra que Sarmiento no estaba familiarizado con la realidad de la que hablaba, es corroborado por Alberdi en sus "Cartas quillotanas," lo cual exime de todo comentario:

> Haré notar el grave error que usted padece cuando explica toda la revolución democrática y civil argentina, por el influjo de la "Pampa" (127). Usted pone en los "campos" la edad media y el antiguo régimen español, y en las "ciudades" el siglo XIX y el modernismo. La vista nos enseña que no es así. La colonia, es decir, la edad media de la Europa, estaba en los campos y estaba en las ciudades…La revolución a su vez, es decir, el siglo XIX de la Europa, invadió todo nuestro suelo, abrazó los campos y las ciudades. De ambas partes salieron los ejércitos que conquistaron la independencia. Las ciudades dieron infantes, los campos caballerías. Los "gauchos" nunca han sido realistas después de 1810; San Martín, Suárez, los Necocheas, Lavalle, La Madrid, Pringles, etc., fueron oficiales de gauchos, porque fueron jefes de caballería que se componía de campesinos y no de zapateros y sastres. Las victorias de San Lorenzo, Tucumán, Chacabuco…son victorias que se deben a nuestros campesinos..." (119-20). La localización de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas, es un error de historia y de observación, y manantial de anarquía…El catecismo de esa falsa doctrina es el "Facundo" ("Cartas" 130).
>
> La idea de dos civilizaciones intempestivas en presencia [una de otra], tiene mucho de cierto, pero el autor se equivoca en la localización que hace de ellas, fijando una en las ciudades y otra en las campañas" ("Cartas" 117)

Pero, si las consecuencias políticas de su visión fueron negativas porque ayudaron a consolidar intelectualmente el poder del puerto frente al interior, las culturales fueron

peores, porque acentuaron la diferenciación cultural, comprometiendo las posibilidades de desarrollar una nación. Su idea de la urbe como foco civilizatorio y del campo como fuente de barbarie, evolucionó con el tiempo para abarcar el aspecto social y hacer de esa idea un elemento de valoración del interior, que llevó a considerar al individuo procedente de allí como alguien atrasado, incivilizado o, como se lo llama despectivamente, un "pajuerano" o extraño de afuera o un "cabecita negra." Se podría afirmar que así como con el Salón Literario de Echeverría se inaugura la sumisión intelectual y cultural a lo foraneo, con la teoría de Sarmiento se oficializa el comienzo del exilio interno en la Argentina.

En otros aspectos, el Facundo también ilustra las contradicciones de Sarmiento en lo religioso. En su interés por sustentar su tesis en contra del campo, su gente y su cultura, no vacila en alejarse de sus modelos intelectuales europeos para acusarlos de deformar la fe religiosa con "supersticiones groseras." Su crítica se contradice con la visión de Voltaire, Gibbon, Owen, Godwin, Proudhon, Comte, que habían condenado al cristianismo por toda la barbarie a que dio lugar en Europa, históricamente. Por el contrario, su visión se armoniza con la de los dos intelectuales más reaccionarios de Francia, Bossuet y De Maistre, que defendían la idea de que el desarrollo histórico era producto de los designios divinos. Esta teoría, que estos usaban para justificar el origen divino de la monarquía francesa, la usa Sarmiento para sostener que la presencia de Facundo y Rosas en la historia argentina también obedecía a los planes ocultos de Dios, con lo cual confirma su visión mesiánica de la realidad.

Esta apreciación religiosa no es casual, sin embargo, ya que luego la utiliza para sostener que la experiencia norteamericana también es el producto de un plan divino, ya que Dios había querido que en una sola nación convergieran todos los recursos, con el fin de impulsar la civilización (Viajes 256). Esta idea hegeliana de una predestinación histórica lo lleva luego a predecir otros futuros, como el de los indígenas, diciendo que estaban "destinados por la Providencia a desaparecer en la lucha por la existencia, en presencia de las razas superiores…" (Conflicto 310), idea que copia de Cooper[35], o de que algún día África será redimida de su situación porque "Dios castiga a los que ama. El ha escogido a la pobre África…para elevarla al primer rango, cuando todo otro reino haya sido juzgado…y destruido" (Conflicto 123). Naturalmente, no podía excluir a su propio país de los planes divinos y dice que la Argentina, para él un "desiderátum todavía , posible en la tierra," recién se concretaría una vez que cayera Rosas, "si hay un Dios que para bien dirige los lentos destinos humanos…" (Viajes 234)[36].

El Facundo concluye recordando e historiando la resistencia contra Rosas y las ideas programáticas que animaban a los intelectuales del Plata, en caso de llegar al poder. Es bueno que Sarmiento recuerde que todo había comenzado en el Salón Literario, en 1830, porque permite definir un momento y un lugar como comienzo de esta actitud de sometimiento cultural, y ubicarlo a él como parte de una minoría elitista que se veía a sí misma como "apóstoles de la república y de la civilización europea": la hoy reconocida

[35] "As a rule, the red man disappears before the superior moral and physical influence of the white, just as I believe the black man will eventually do the same thing, unless he shall seek shelter in some other region" (Cooper, Notions, Vol. II, 277). (Como regla general, el piel roja desaparece ante la influencia superior y moral del blanco, de la misma forma que el negro, a menos que nos refugiemos en otra region.)

[36] Esta idea es, por afinidad, hegeliana.

como la Generación del 37. Sin reservas y hasta celebrando, sostiene que todos los jóvenes se habían echado en brazos de los intereses franceses con tal de jaquear a Rosas, que estaba demasiado "preocupado de esa idea de la nacionalidad, que es el patrimonio del hombre desde la tribu salvaje y que le hace mirar con horror al extranjero." Cualquiera que adhiera a la idea de la globalización del siglo XXI, aplaudiría hoy esa afirmación. Llega a decir que los jóvenes llevaban "consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con Francia y la Inglaterra; llevada del amor a los pueblos europeos….Esta juventud, impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba á buscar en los europeos enemigos de Rosas sus antecesores, sus padres, sus modelos…" (Facundo 326)[37].

Tomadas en conjunto, Facundo y Conflicto son obras que ilustran las contradicciones de una mente ágil, prejuiciosa, racista y dispuesta al sometimiento cultural ante todo lo que llevara un sello europeo o norteamericano. Si Facundo representa el intento de probar que nada se podía esperar del pueblo rioplatense, porque así lo había determinado la naturaleza, al haber definido una personalidad social proclive al caudillismo y al atraso, Conflicto constituye la corroboración de su mentalidad racista y excluyente, al rechazar toda idea de igualdad democrática, sobre la base de una desigualdad de origen racial. No es casual que criticara a Rousseau, uno de los pensadores a quien los historiadores oficiales presentan como antecedente intelectual del proceso emancipador, diciendo que sus ideas de igualdad equivalían a enseñar "los medios y método de parar de punta una pirámide" (Conflicto 334).

Por el contrario, su idea de la superioridad del criollo puro, blanco, se aprecia en su admiración por las formas exteriores que estos asumen en sus actos, que lo diferencian del mestizo: "Amador de las formas…se conservaban en la América española las costumbres de los colonizadores hidalgos….A estos usos y modales pertenecieron los prohombres de la Independencia, siendo generalmente los protectores, generales, presidentes y tribunos de la más pura raza española, con sus rostros blancos y rosados como Pueyrredón, Lavalle,…; y si eran de color tostado eran hijos de Gobernadores como San Martín" (Conflicto 302-303). Para que no queden dudas, esto lo reafirma sosteniendo que "los pueblos de la raza aria vienen de camino hacia el porvenir….La raza que piensa, que discurre, que cambia, que medita…que gana todas las batallas del pensamiento" (Conflicto 275-76). Obviamente, Sarmiento se siente parte de esa galería histórica de hombres blancos, no mestizos, y por lo tanto con derecho a dirigir el país, en nombre de una superioridad racial. El modelo político excluyente de la segunda mitad del siglo XIX, corrobora esta visión generacional a través de las políticas implementadas.

Facundo: La imitación literaria como norma

Según Rockland, en la concepción de Facundo Sarmiento copia la concepción creadora de Fenimore Cooper en The Prairie (La pradera) (París 1826-1827) (11). Según este crítico, Sarmiento sigue la táctica de Cooper de usar los eventos que describe para estudiar o sacar conclusiones sobre otros procesos. En The Prairie, Cooper trata de comprender el dilema que la conquista del oeste, vista como avance civilizatorio, planteaba para él y su generación, en relación a la desaparición del indígena. Sarmiento hace lo mismo en Facundo, pero para intentar explicar cómo la geografía ayudaba, con

[37] Mármol, en Amalia, ficcionaliza esa actitud generalizada de estos jóvenes, de recostarse en los embajadores franceses e ingleses en su lucha contra Rosas, que tanto desprestigio les acarreó.

fines distintos, a la preservación de la barbarie. El hecho de que ambas obras se desarrollen en espacios conflictivos, también es una coincidencia: en el del norteamericano la frontera entre el indígena y el blanco; en el argentino el espacio de contacto entre la ciudad y el campo. Otra la constituye el hecho de que ambas obras trabajan sobre un molde literario afín al romanticismo, lo que las lleva a exaltar ciertos tipos humanos y a descartar otros[38].

También une a estas obras el hecho de que ambos autores estuvieran viviendo una experiencia negativa con sus ideales. Cooper, que residía en Francia al momento de escribir su obra, estaba desilusionado por el fracaso político y la constante inestabilidad en que se desenvolvía esa sociedad que, no lejos en el pasado, había iluminado al mundo con sus intelectuales y había marcado el final del feudalismo con la Revolución Francesa. Ese fracaso se manifestaba en la miseria y la pobreza urbana, asociadas a su incipiente desarrollo industrial. Sarmiento, a su vez, estaba desilusionado con la situación de Argentina, bajo la dictadura de Rosas, cuyas consecuencias se manifestaban en la falta de libertad y el atraso general de la sociedad en términos políticos, educativos y civilizatorios.

Otro aspecto no menos importante es que Facundo y The prairie son producto de autores que no tienen un conocimiento personal de lo que tratan en sus respectivas obras. En efecto, cuando Cooper escribe su obra no tenía una experiencia personal con los indígenas[39] ni con la vida de frontera, pero contaba con mucha información, entre ellas relatos sobre los indios delawares, sobre los de la pradera y sobre la expedición de Lewis y Clark[40]. Pero, como dice Pearce, "Cooper estaba interesado en el indígena no porque le

[38] Sarmiento, asimilándose a la moda literaria de los románticos europeos dice que "si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción…sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena…tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo…"(Facundo 42). Esto lo lleva a ocuparse, con resignación creemos, de los tipos humanos y las costumbres americanas: "Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país…. La poesía, para despertarse… necesita… de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal"(Facundo 45). Salen de esta actitud descripciones que son reconocidas por sus méritos, aunque no pudiendo con su genio, no pierde la oportunidad para denigrar otras expresiones culturales, como la poesía popular, por candorosa y desaliñada y la música: el *triste*, música del "hombre en estado primitivo, en estado de barbarie" (Facundo 48-49). El tono dado por Sarmiento a todas estas descripciones revela al "outsider," al que mira desde afuera y se considera extraño frente a esas manifestaciones culturales. Por eso no las comprende.

[39] Según cita Roy Pearce en su libro Savagism and Civilization, Cooper le dijo a su amigo Sir Charles Augustus Murria: "Yo nunca estuve entre los indios. Todo lo que sé de ellos es de mis lecturas y de oir a mi padre hablar de ellos" (Pearce 200-201) (Tomado de John Grant Wilson, Bryant and his friends [N. York, 1886]).

[40] Según William H. Goetzmann, The Prairie (1826-1827) está inspirada en el evento más importante de 1823, la publicación de Account of an Expedition from Pittsburg to the Rocky Mountains in the Years 1819,20 por el Dr. Edwin James, quien acompaño al mayor del ejército Stephen H. Long en el reconocimiento del territorio al oeste del Río Mississippi. La expedición cruzó territorio en poder de los indígenas y ambos se deslumbraron ante el imponente aspecto desértico de la pradera, que generaba una sensación de aislamiento civilizatorio. Cooper, que no conocía el oeste americano, descubrió esta narrativa, de la cual quedó fascinado. Su interés en la conquista del oeste era parte de un interés general en el proceso, lo que tenía que ver con la idea del "destino manifiesto" del que ya se hablaba. La obra no hizo más que incrementar su interés en el tema de frontera, del que ya se venía ocupando a través de sus Leatherstocking

interesara éste, sino porque le atraía comprender cómo se daba su relación con el hombre civilizado que estaba destruyéndolo" (200). Por lo tanto, Cooper escribe su obra para intentar comprender un fenómeno contradictorio, más allá de que en su fuero íntimo pensara que, "como regla general, el piel roja desaparece[ría] frente a la moral superior y la influencia física del blanco" (Pearce 201), palabras que repite Sarmiento.

Esa actitud de Cooper también inspira a Sarmiento, que escribe el Facundo sin tener un conocimiento directo de la pampa ni de sus habitantes. Esto lo recuerda claramente Alberto Palcos en la biografía del sanjuanino, obra que por estar destinada a engrandecer su figura, impide cualquier duda:

> En la primera parte [de Facundo] describe a la Pampa y a los tipos que engendra. Lo hizo intuitivamente: nunca había estado en la Pampa. En su niñez sólo llegó hasta San Luis y Córdoba.
>
> Las fuentes de Sarmiento sobre la personalidad de Quiroga fueron, de preferencia, los relatos orales de cuantos expatriados pudieron informarle en Chile sobre el caudillo. (Palcos 56-57)[41]

Tales (Cuentos sobre recolectores de pieles). The Prairie, que interesa por ser el antecedente de Facundo, es una novela de muerte y resurrección: la muerte de un estilo de vida y el nacimiento de otra. Es el tercer libro de una saga formada por The Pioneers (Los pioneros) y The Last of The Mohicans (El último de los mohicanos). En ellos sigue los pasos de Natty Bumppo, un cazador y recolector de pieles de la frontera que en The Prairie ya es un anciano con más de 80 años, esperando serenamente su muerte en la pradera, lejos de la civilización.

Es de destacar, según Goetzmann, la duda que acompañó siempre a Cooper frente al proceso de expansión hacia el oeste. Siempre tuvo una duda: si era mejor la vida civilizada o la natural, noble y en libertad, pero violenta y peligrosa.. Su duda es la de otros escritores en un momento de búsqueda de identidad, en que Norteamérica buscaba diferenciarse de la vieja Europa, dividida sobre la base de privilegios feudales. El problema era cómo dominar las fuerzas naturales para acceder al progreso, sin caer en lo que a Europa la había llevado al desastre social en que vivía. Creyendo que la identidad personal y colectiva es un producto histórico y sabiendo que en la frontera se desarrollaba el carácter que esa identidad colectiva forjaría para el futuro, es que consideraba fascinante el libro del Dr. James.

The Prairie es el acto final de un gran drama donde los personajes simbolizan a los tipos humanos producidos por ese proceso, los cuales, por otra parte, dejan entrever la visión de Fenimore Cooper. Así, Bumppo, el anciano recolector de pieles simboliza la sabiduría intuitiva que da la pradera y que Cooper reverencia, pero le causa conflictos. Los valores del anciano representan los mitos de la Norteamérica de la época de la independencia, sobre todo el elemental de la libertad, cuando prevalecía la ley natural frente al derecho de propiedad, lo cual llevaba tanto al blanco como al indígena a vivir de la caza. Esa sublimación del mundo natural lleva a Cooper también a crear personajes como Ismael Bush, el bárbaro exiliado de la sociedad que encuentra en su contacto con la inocencia del mundo natural su redención, ya que allí aprende a apreciar las bondades de la vida civilizada. Por otra parte, la representación del Dr. Bat revela el rechazo de Cooper hacia la aproximación fría y calculada del científico hacia la naturaleza. Su fe de romántico lleva a Cooper a rechazar la descripción abstracta de la ciencia, incapaz de apreciar la belleza y la vida contenida en ella. El mensaje es claro: Para Cooper, la ciencia no garantiza el arribo a la verdad, sino la historia, la imaginación literaria, el mito. Como resignándose ante el proceso civilizatorio, Cooper deja que el anciano se desvanezca en el horizonte, aunque nos deja con esa imagen omnipresente del gigante al tope de un cerro, proyectando no sólo su imagen de anciano, símbolo de lo permanente, sino la estela de valores que subyace en el alma de ese territorio natural que fue la frontera.

[41] Polcos también recuerda que Sarmiento escribió la biografía del fraile Aladao en base a lo que le contaron otros (55).

Pero, esta tendencia a valerse de la intuición no es casual, sin embargo. También Alberdi la confirma en su comentario de los prolegómenos de Caseros: "Le diré que usted no es testigo de los actos que relata…sin embargo usted nos refiere la obra diplomática, preparatoria de la campaña, que tuvo lugar en aquellos países antes que Ud saliera de Chile…. En esa parte da Ud. como historia argentina lo que contó un ministro extranjero…" ("Cartas" 51).

Lo expresado por Palcos y Alberdi tiene, por otra parte, su propia confirmación en la conducta del mismo Sarmiento hacia el gaucho o el indígena. Es imposible imaginarlo sentado y compartiendo su tiempo con alguien de este grupo social. Por otra parte, dado que en su época tampoco había en Argentina mucha información impresa sobre el país y que las comunicaciones eran precarias, es razonable inferir que sus descripciones de los tipos humanos de la pampa provienen de la información de terceros y no de una experiencia personal. Por lo tanto, Facundo es una obra intuitiva antes que el producto de un conocimiento fehaciente de la pampa y su gente, lo cual debería haber bastado para descalificar su teoría determinista y su visión del país. Sin embargo, ésta se sigue presentando como la del "profeta de la pampa," lo que revela más el interés en construir un pasado glorioso apoyándose en figuras transformadas en mitos, que en la verdad.

Viajes: El modelo político como imitación

No se puede analizar la formación del estado nacional argentino sin considerar la influencia que el proceso emergente capitalista norteamericano ofrecía como modelo a intelectuales como Sarmiento, luego de su decepción con Francia[42]. Desilusionado por la evolución política, la pobreza y la miseria que había observado en este país, Sarmiento llega a los Estados Unidos en Septiembre de 1847, influenciado por la imagen positiva de varias lecturas, entre ellas la obra de Tocqueville, Democracy in America (Democracia en América), la visión anacrónica e idealizada que Fenimore Cooper había plasmado en su obra Notions of the Americans[43] (Nociones acerca de los americanos) y la imagen idealizada de Benjamín Franklin.

[42] Dice en su carta a Carlos Tejedor del 9 de mayo de 1846: " ¡eh! ¡La Europa! ¡Triste mezcla de grandeza y de abyección, de saber y de embrutecimiento a la vez, sublime y sucio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado, reyes y lacayos, monumentos y lazaretos, opulencia y vida salvaje!" (Viajes 92). También dice: "Vengo de recorrer la Europa, de admirar sus monumentos, de prosternarme ante su ciencia, asombrado todavía de los prodigios de sus artes; pero he visto sus millones de campesinos, proletarios y artesanos viles, degradados, indignos de ser contados entre los hombres; la costra de mugre que cubre sus cuerpos, los harapos y andrajos en que visten, no revelan bastante las tinieblas de su espíritu (Viajes 255)

[43] Este libro terminado por Fenimore Cooper en 1828 pretende rebatir las críticas que hasta 1825 se habían hecho en unos cuarenta libros a la sociedad norteamericana. La obra es una respuesta directa a Personal Narrative of Travels in the United Status and Canada in 1826, por Fred. Fitzgerals De Ross, de la Royal Navy (Londres 1827) y también a Letters from North America de Adam Hodgson (Londres 1824). El libro no tuvo buena acogida entre el público ni en la crítica de entonces, como lo prueba el comentario de la Edimburg Review, que lo consideró el producto de un "simple caballero andante del optimismo americano." "Notions" está basado en su familiaridad con el territorio comprendido entre Boston y Washington y se apoya en información publicada en almanaques y anuarios (algo que también hace Sarmiento). (Tomado de la Introducción por Robert E. Spiller (1963) a Notions)

Por su importancia y admiración personal hacia él, la influencia de Cooper es vital por dos razones: primero porque lo ilumina en relación a la estructura posible de Viajes –la epístola-; segundo porque, como sostiene Katra, es de su obra de donde obtiene información que luego adapta para presentarla como si fuera producto de una experiencia personal[44]. Lógicamente, ante el lector inadvertido, esta actitud le sirve para construirse una imagen de erudito y ganar prestigio intelectual. Sin embargo e interesadamente, deja de lado o no profundiza en información que podría haber comprometido su versión de la realidad norteamericana[45].

En cuanto a Franklin, su influencia es central para comprender su construcción del mito. Justamente, en Recuerdos de provincia cuenta la historia de esa identificación. Franklin había sido "pobrísimo como él, estudioso como él" y consideraba que "siguiendo sus huellas" algún día también podría hacerse "un lugar en las letras y en la política americana" (Recuerdos 250)[46]. Es de intuir que, como lo menciona Rockland, el conferimiento de un doctorado honorario de parte de la Universidad de Michigan en 1868, tiene necesariamente que haber significado la cima de su logro personal, porque con ello terminaba de emularse al multifacético político e inventor del país del norte (Rockland 65). Por lo tanto, no sería aventurado sostener que Sarmiento llega a los Estados Unidos predispuesto intelectualmente a dejarse arrastrar por el mito, antes que ha estudiarlo, tal como se lo dice en su carta a Mr. Noa de 1884:

> Quedaba tan sólo desligar nuestra república de las tradiciones republicanas de la Francia y buscar el rastro casi perdido de la marcha de la tradición sajona, y para nosotros, norteamericana, de todos los principios constitutivos del gobierno libre, ponderado, electivo, republicano, que consagran nuestras instituciones. (Conflicto 420)

Ahora bien, las condiciones en que Sarmiento emprende el viaje hablan por sí mismas del estado mental en que se encontraba, luego de haberse encontrado cara a cara con el fracaso del mito francés. El haberlo hecho al final de una estadía de casi dos años

[44] Un par de ejemplos ilustrará este punto. Notions: "No hay pereza de ideas en este país. Lo que llega al conocimiento de uno…pronto se transforma en el conocimiento de todos. Esto también es verdad con respecto a cada cambio imprevisto y a eventos políticos importantes en cualquier parte del mundo. Respecto al primer tipo de información, ella es presentada a través de nuevas y mejoradas ediciones de sus geografías…. Una nueva división del imperio alemán, por ejemplo, implicaría un cambio suficiente como para poner en circulación una nueva geografía…" (Notions 92-93). Sarmiento en Viajes: :Una casa sola en N. York ha vendido en diez años un millón y medio de atlas y mapas al público….Cada estado tiene tiene su propio mapa geológico….Cada condado tiene su propio mapa topográfico….Tan pronto como se disparó el primer cañonazo en la frontera mexicana la Unión fue inundada con millones de mapas de México…" (Travels (Viajes)138). Notions: "…no menos de cuatro millones de americanos descienden de los colonos de Plymouth…(Notions 98). Sarmiento en Viajes: "Más de un millón de familias a través de la Unión se cree que son descendientes de aquel noble stock [los que llegaron a Plymouth obviamente]" (Travels (Viajes)198). Las coincidencias siguen.

[45] Nos referimos aquí a la esclavitud y el expansionismo que ya se manifestaba en la política de estado seguida en el país del norte.

[46] También en Alberto Palcos, Sarmiento (26).

en Europa y sólo para estar dos meses en los EE. UU., sin fondos y sin hablar inglés, sugiere a las claras la actitud de un hombre desesperado en busca de una respuesta a las expectativas intelectuales que se había forjado antes del viaje. Como sugiere Katra, esa limitación de tiempo no puede haberle facilitado más que un conocimiento superficial de la sociedad norteamericana, lo cual compensó literariamente tomando información de Notions of the Americans de Cooper.

Sin embargo, a pesar de la brevedad de su estadía, su visita le permite afianzarse en sus ideas liberales, el darwinismo social y el laizes-faire. En su análisis de las razones del éxito de la experiencia norteamericana, Sarmiento opina que el hábito de libertad en el americano no sólo lo hace independiente y responsable de sí mismo, sino que elimina la necesidad de que el estado lo proteja: "si quiere suicidarse nadie se lo va a impedir." Esa es la diferencia que hace del americano un hombre y del europeo "un niño" porque éste necesita la protección del gobierno (Travels 158). Según Sarmiento, este concepto de libertad y responsabilidad personal, es parte del acerbo cultural que los peregrinos trajeron en su migración desde Europa.

Para él, la clave de ese éxito estaba en la combinación del concepto de libertad y educación práctica que formaban al yanqui, lo que generaba su autoestima y dignidad como para hacerlo independiente. Sarmiento percibe que esa educación estaba apoyada en varios factores: en un correo eficiente, periódicos, bibliotecas, libros impresos y en especial la prensa, que posibilitaba que los conocimientos técnicos llegaran a todos los rincones del país, uniformando métodos productivos. Todo esto, mezclado a la práctica de la democracia y el ejercicio del voto en forma regular, justificaban para Sarmiento el considerar esta experiencia como modelo. No es de extrañar que luego intentara trasplantarla a su propio país.

Su estadía en los EE. UU. también convence a Sarmiento de la influencia de la educación escolar en el avance de la sociedad. En este sentido, el haber conocido a los esposos Mann[47] es crucial para entender su plan educativo una vez llegado a la presidencia. A través de ellos pudo conocer a otras personalidades de la educación y la cultura, como Emerson, y acceder a instituciones educativas. Según Rockland, su informe Educación Popular (1849) está inspirado en un informe similar escrito por Horace Mann en 1843[48], quien, por otra parte, le había regalado muchas de sus publicaciones. Luego de esa experiencia muy personal, Sarmiento se convenció de que la escuela era la fundación moral de la democracia, y por eso reclama más tarde, al regresar al país, hacer de la república una escuela.

Justamente, a la inspiración de los esposos Mann se debe su plan de educación obligatoria y gratuita para todos los niños y la creación de las escuelas normales, que a su vez revolucionaron la enseñanza en su propio país. Sin embargo, contrario a lo que se cree, esa educación, una vez implementada en la Argentina, no estuvo destinada tanto a liberar la mente del ciudadano, sino más bien a educarlo para servir al sistema o modelo de nación que se quería construir. Según su visión, la escuela acostumbraría al individuo

[47] Horace Mann fue el reformador de la enseñanza primaria, de quien obviamente quería tomar ideas para su propuesta educativa en Chile. Sarmiento sólo podía comunicarse con Horace Mann a través de su esposa, Mary, que sabía francés, idioma también familiar para Sarmiento. Recordemos en este punto que este viaje a Europa y EE.UU. lo hacía Sarmiento como enviado del gobierno de Manuel Montt.

[48] Rockland se refiere aquí a "Seventh Report of the Secretary of the Massachussets Board of Education" basado en un viaje a Europa de 1843.

desde la niñez a la idea de una autoridad externa a la familia, a cumplir un horario y a llevar una vida regular de obligaciones diarias. Creía que la educación inclinaría al individuo a buscar el cambio, sin caer en las anarquías revolucionarias. De ahí su esquema organizativo: el ejército para imponer el orden y las escuelas para formar las mentes en el republicanismo. En otras palabras, creía que la educación contribuiría a crear un ciudadano disciplinado y una versión política pampeana de los Estados Unidos de Norteamérica.

Ahora bien, sería injusto no reconocer que Sarmiento también tuvo ojos para ver algunos peligros en aquella sociedad. Pero, para él esos males no son del sistema en sí, sino individuales. Justamente, en su artículo "Avaricia y mala fe" advierte que el entusiasmo por las instituciones democráticas lleva al americano al exceso y a comprometer su moral. Esa falta personal se manifiesta, según él, en la avaricia, producto natural de la igualdad, y en el fraude, consecuencia natural de la libertad. También se hace eco del temor de Tocqueville ante la posibilidad de que la democracia se deforme por el exceso de libertad y lleve a una "tiranía de las mayorías" (Travels 202).

Este desdoblamiento, en el cual el estado es concebido como teniendo vida propia al margen de la sociedad es importante porque revela su visión elitista. Esto lo lleva a considerar el sistema norteamericano como perfecto y a culpar por sus fallas a la sociedad: "Los Estados Unidos como gobierno son irreprochables en sus actos públicos" y "el barbarismo producido por el aislamiento en los bosques y el debilitamiento de las prácticas republicanas de los inmigrantes…" se corregirá por medio de la influencia de la religión (Travels 197-198). Esa separación artificial entre sistema y sociedad le es útil porque justifica moral y políticamente la idea generacional de una democracia controlada y limitada, y porque es funcional a su grupo de pertenencia, interesado en llegar al poder para imponer su modelo político.

La voluntad de mitificar la realidad norteamericana con el fin de copiar ese modelo de desarrollo, lleva a Sarmiento según Katra, a falsificar su representación. Expresiones como la que sostiene que la sociedad norteamericana es "la más noble de la especie humana" (Katra 234); que los norteamericanos "son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna…" (252); que "los norteamericanos sólo pueden ser comparados hoy a los romanos…" (256); que no hay clases sociales porque todos viajan en el mismo tipo de vagón (242) y que las mujeres "pertenecen todas a una misma clase" (246), demuestran esa disposición. Según Katra, "el hecho de que Sarmiento ofreciera la nueva sociedad de Cincinnati como representante fiel para la entera experiencia estadounidense, demuestra otra faceta de esta operación mistificadora" (Katra 28). En efecto, Sarmiento pasa por alto que el empuje económico que se daba en esta área de frontera era producto de los intereses económicos que apoyaban la expansión hacia el oeste y no de una mera actitud voluntarista de unos cuantos aventureros.

Pero, la visita a esta región es importante por la influencia que esta experiencia tuvo en el modelo de desarrollo agrícola impuesto luego en la pampa húmeda. Como sostiene Katra, Cincinati le permite desterrar de su mente la asociación de la gran urbe al progreso civilizatorio. En efecto, esa experiencia le corrobora lo que había observado en Suiza: que el pequeño centro urbano, adosado a la actividad rural es la solución al atraso y a la barbarie. Cincinati también le demuestra la convenencia de una democratización de la propiedad rural, en lo cual también ve una herramienta para erradicar al caudillo,

considerado una de las bases del atraso político argentino y la barbarie. Sin embargo, como esto lo hubiera enfrentado con la oligarquía nativa, no tocó al latifundio cuando pudo hacerlo.

En esta nueva concepción del desarrollo rural también influye la visión de varios intelectuales, con algunos de los cuales, si no con todos, Sarmiento estaba familiarizado. Esas ideas innovadoras habían surgido como respuesta a los conflictos sociales producidos por la industrialización salvaje en Europa y provenían de hombres como Fourier, de quien se había burlado alguna vez por sus falansterios auto sustentables, base de lo que luego fueron las cooperativas agrarias; de Proudhon, que abogaba por el mutualismo de base rural y la eliminación de las grandes propiedades como base de un sistema productivo alternativo al que ofrecía la factoría, desde el cual se debía proveer a la fundación de una nueva moral basada en el trabajo y la cooperación; de Owen que también proponía cooperativas agrarias autosuficientes, limitadas a no más de 1.200 personas y basadas en la adopción de tecnología. El desarrollo agropecuario impuesto en la pampa húmeda, con su infinidad de pueblos progresistas y autosustentados a la vera del ferrocarril, atestigua la influencia de todas estas ideas.

Sin embargo, su ciega adhesión a la experiencia norteamericana lo lleva a ignorar todo lo que hubiera comprometido su idealización de los EE. UU. Uno de estos temas es el relacionado a la esclavitud, acerca de la cual no se pronuncia moralmente. Tampoco comprende que la esclavitud es un negocio. Por el contrario, copiando a Cooper[49],sus comentarios apuntan a una preocupación por el destino institucional del este país en caso de que los negros se liberaran de la opresión algún día. Dice temer que en una guerra entre las razas blanca y negra, a los EE. UU. le pase lo mismo que a Roma. Su voluntad de salvar a Estados Unidos como modelo es clara en su actitud de transferir toda la culpa moral por la esclavitud a Inglaterra, por haber dejado como herencia esa "vegetación parásita…pegada al árbol frondoso de las libertades americanas" (Viajes 315).

Su inclinación al mito también lo inhibe de condenar la controversial política expansionista de los EE. UU. a costa de México. Como frente a la esclavitud, su actitud es altanera y hasta de burla. Lo primero porque teme que la voluntad de "la Providencia," involucrada aquí para justificar como designio divino la conquista del oeste, pueda ser usada para justificar una expansión hacia el sur o el norte, hacia México o Canadá. Sin embargo, como para conformarse a sí mismo, se limita a decir que ante tal eventualidad estaríamos ante una "unión de hombres libres," que arrancaría en el Polo Norte y terminaría en el istmo de Panamá (Travels 123). Lo segundo porque en vez de rechazar terminantemente tal agresión, que se estaba llevando a cabo durante su estadía, la trata humorísticamente diciendo que gracias a ella los mexicanos iban a poder acceder a mapas y conocer su propia geografía[50].

[49] "I do not think that slavery, under any circumstance, can entail very serious danger to the domination of the whites in this country, for at least a century or two. I am of the opinion that the number of the slaves will be limited, as a matter of course, by necessity. There is a point beyond which they would be a burden" (Cooper, Notions, Vol. II, 275). (Yo no creo que la esclavitud, bajo cualquier circunstancia, pueda representar un serio peligro para la dominación de los blancos en este país, por lo menos por un siglo o dos. Soy de la opinion que el número de esclavos será limitado, tal como va la cosa, por necesidad. Hay un punto más allá del cual serían una carga)

[50] Sarmiento se admiró en su estancia en EE.UU. de que hubiera mapas disponiobles para todos.

En resumen, su voluntad mitificadora ante la experiencia norteamericana, pone en tela de juicio su honestidad intelectual. Su interés en encontrar un modelo que sirviera de alternativa a Rosas y pudiera "venderse" ante su grupo de pertenencia, lo induce a esa actitud. Lo cierto es que al momento de llegar a EE. UU., había serios problemas políticos y sociales. Eran los tiempos de la conquista brutal del oeste, del laissez-faire en la economía o darwinismo social, de los fraudes bancarios generalizados, de la especulación con la tierra, del atropello al indígena, de la esclavitud en el sur[51], del avance sobre México para apropiarse de parte de su territorio.

A su vez, el espectro político e ideológico estaba muy dividido debido a los propios conflictos ideológicos de un país todavía en proceso de consolidación. Justamente, el surgimiento del partido demócrata y el republicano en 1800 fue producto de los serios enfrentamientos ideológicos internos. También los derechos políticos estaban limitados o se iban abriendo paso de a poco, mientras algunos de sus patriotas creían en la esclavitud y la inferioridad biológica o racial del negro y del indio. Además, se hacían sentir las interferencias de una minoría enriquecida a costa del estado federal, al que presionaban en favor de sus intereses, sin importarles el resto de la sociedad. Todo esto sin contar que ya el sistema había mostrado sus flaquezas con la depresión que arrancó en 1837 y se prolongó casi hasta su llegada en 1845[52]. Dado que cuesta creer que un intelectual de su talla no haya reparado en estos problemas de conocimiento público, es lógico inferir la existencia de un interés personal en mitificar tal proceso[53]. Su admiración sin límites lo llevó a proponer en Argirópolis (1850) una constitución para Argentina basada en la del país del norte (Rockland 23).

[51] A Sarmiento le fastidiaba la barbarie y el atraso del sur norteamericano. Pero culpa de eso a Europa y al hecho de estar cerca de la América hispana. Llega a decir que "cuando los hombres de estado más importantes de los Estados Unidos me piden que les diga algo acerca de mi país, yo les respondo, con dolor, que nuestra situación era la misma que la de los estados sureños [norteamericanos]" Citado por Rockland de Obras Completas (Buenos Aires, Segunda Edición, 1948-1956), tomo XXVII.

[52] Ver Capítulo 2.

[53] Por ejemplo, Andrew Jackson, presidente entre 1828 y 1836 había denunciado el fraude a la voluntad popular cuando el colegio electoral pasó por alto su triunfo en la elección de 1824 y eligió a su acérrimo enemigo, John Adams. Hasta su acceso al poder, el poder residía en una aristocracia política conectada con el poder económico, que venía desde la independencia. El presidente no era elegido por el pueblo, sino por una legislatura votada por los propietarios, que no representaban mas del 25% de los hombres. Las mujeres no votaban. La corrupción que ya se insinuaba en la nueva república a través de la influencia de aquellos con poder económico, lo llevó a vetar siendo presidente la continuidad de un banco nacional porque, según decía él, iba a beneficiar a los ricos a costa de los trabajadores, mientras que sus opositores decían que lo hacía porque tenía intereses en un sistema bancario libre, del cual formaba parte. Jackson debe haber impresionado favorablemente a Sarmiento con sus medidas militares contra los indígenas. Como se sabe, el otrora vencedor de los indios Creek de Florida limpió el sur de indígenas, empujándolos más allá del Río Mississippi a partir de 1830, mediante el "Acta de Remoción Indígena." Tampoco hizo nada contra Georgia cuando este estado expulsó a los Cherokees hacia el oeste, en su famosa marcha a pie hacia Oklahoma, donde murió el 25% de ellos.

En conclusión, la actitud artística y política de Sarmiento, tal como se revela en las obras analizadas, revela a una persona con un complejo de inferioridad intelectual frente a lo foraneo, lo cual lo impulsa a adoptar los cánones artísticos de moda en Europa para crear sus obras literarias y a sumarse a las utopías y los mitos que le llegaban de afuera. El corolario de esta actitud de sumisión intelectual hacia fuera fue la devaluación de lo propio, por considerarlo inferior. Esto explica su desprecio por el gaucho, los indígenas y las manifestaciones culturales de origen local. Su alineamiento ideológico se complementa con otra visión también absorbida de afuera: la de que el logro del progreso es tarea de mentes ilustradas y de que el mismo se puede y se debe imponer a la fuerza, en nombre de la civilización. Dado que la sociedad no lo acompañaba en sus utopías, sus aspiraciones lo llevan a caer en un autoritarismo elitista, desde el cual trató de eliminar o persiguió despiadadamente a quienes se oponían a esa concepción postiza del desarrollo. Como Alberdi dice, Sarmiento quiso derrotar al caudillaje y remediar el despotismo del atraso con el despotismo del progreso; la violencia con la violencia ("Cartas Quillotanas" 116). Condenando la peligrosa superficialidad con que planteaba salir del atraso, Alberdi le recuerda que "no es dado a un sastre distribuir con su tijera la civilización europea o asiática. Con quepi o con paletot, nuestro gaucho siempre será el mismo hombre. Traed la Europa por el libre comercio…" ("Cartas" 75).

Pero, su uso de la literatura con fines políticos nos lleva al comienzo, al estudio de su incidencia en la afirmación del concepto de "nación" en la sociedad. Una mirada a las actitudes sociales actuales revela que sus ideas y actitudes, trasvasadas al plano social, contribuyeron a crear una sociedad altamente imitativa y sin identidad. El afán de novedad, de estar al día con las modas extranjeras, de buscar reconocimiento externo, de dar carácter nacional o de cruzada a un mero triunfo deportivo o profesional más allá de las fronteras, revelan la existencia de una cultura vacilante y necesitada de reafirmación en todo momento; una cultura que todavía no ha encontrado su centro o su propio ritmo, como para no depender del reconocimiento de otros. Difícil no conectar estas actitudes culturales con la visión de Sarmiento, que soñaba con poner el país al servicio de los "sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria" con que los europeos que "estudian las necesidades de la humanidad" veían a estos territorios (Facundo 10). Esto lleva a concluir que la contribución histórica de sus obras, lejos de haber ayudado a consolidar la nación, vuelve a demostrar la teoría de Bhabha: la de que la literatura compromete y desestabiliza la idea de nación, cuando se involucra en la exploración de las realidades nacionales. Los resultados de todo ello están a la vista y se pueden medir por la inestabilidad histórica del sistema en todos sus aspectos, político, cultural, económico, producto de la desarmonía entre un modelo de formación nacional imitativo y el nivel de desarrollo histórico del pueblo argentino.

5

Leopoldo Lugones: La desilusión con el modelo

En relación al tema de formación nacional, la literatura de Lugones es fundamental porque, en primer lugar, refleja la crisis ideológica de la intelectualidad ligada a la oligarquía frente al proceso de modernización[54]. En segundo, porque confirma los prejuicios totalitarios y el elitismo de su sector de pertenencia social, ante los conflictos derivados de la aplicación del modelo que ellos mismos habían elegido.

La crisis íntima que su literatura sugiere surge del hecho de que le resulta imposible distanciarse de un proceso que apoyaba ideológicamente, pero que zocababa las bases sobre las cuales se asentaba el poder de su grupo de pertenencia. Lugones, como admirador de Sarmiento y Roca, no puede cuestionar ese proceso, por lo que queda atrapado en las tensiones de dos dinámicas antagónicas: una que lo ata al pasado y lo induce a defender los privilegios de la oligarquía; otro que lo obliga a aceptar la evolución y someterse al peligro de perderlos. Su respuesta a este desbalance espiritual se da en dos etapas cronológicas. Al principio es la huida hacia el pasado, al cual construye como un mito compensador frente a los desafíos de la modernidad y sus valores. Al final, cuando el pasado ya no le alcanza porque su grupo había perdido el poder, es la fuga hacia el futuro, lo que lo lleva a poner todas sus esperanzas en el golpe de estado del general Uriburu en 1930.

La obra de Lugones relacionada a la formación nacional, también descubre otro componente importante en su visión política: su predisposición hacia el mesianismo, que lo induce a glorificar al héroe. En el terreno político, la conducta inherente a éste se proyecta en su conciencia como una condición necesaria y legitimante para el mando o del poder basado en el prestigio, que ofrece como alternativa al poder del político. Recordando que la independencia se había ganado en los campos de batalla, la imagen del héroe termina fundiéndose en su conciencia con la del militar. De ahí su reverencia por Güemes en La guerra gaucha, por Roca por haber sido el jefe de la Campaña del Desierto, por Sarmiento, que también vistió uniforme en Caseros y, finalmente, por el general Uriburu en 1930.

Nacido en 1874, último año de la presidencia de Sarmiento y primero de Avellaneda, Lugones crece en medio de la vorágine que acompaña a la modernidad. En esos años cruciales del devenir nacional, el país, luego de librarse de Rosas, es forzado a ajustarse a los moldes de un nuevo modelo de formación nacional inspirado en otros foraneos, al cual el capital extranjero acompaña a cambio de ventajas que llevan al país a insertarse en la división internacional del trabajo y, eventualmente, a ser controlado desde afuera. Por lo tanto, le toca experimentar en su propia persona el efecto del modelo liberal que Echeverría en el Dogma Socialista, Sarmiento en Facundo y Alberdi en sus Bases habían propuesto como alternativa a la dictadura de Rosas y al fracaso de la Revolución de 1810, en nombre del mito civilizatorio.

[54] Entendemos por modernización no solamente los cambios en las formas productivas que introdujeron los avances industriales, sino también todo el proceso de cambio en los valores sociales que acompañó esa expansión entre, más o menos, 1870 y 1914.

Como corresponde a todo proceso de transición forzado, el cambio que rodea la existencia de Lugones no es del todo pacífico, como lo demuestran episodios como la Revolución del 90 o la Semana Trágica en 1919. En estos eventos no se puede pasar por alto la influencia del inmigrante, invitado a venir al país para alcanzar la modernidad, pero también un factor social desestabilizante, porque su aparición implica la incorporación de nuevas ideas políticas en una sociedad que hasta entonces se había desenvuelto en una estructura de relaciones arcaicas. Estos cambios en la base de la sociedad comprometen el poder de la oligarquía nativa y, en el plano más personal, el estatus social de las familias criollas tradicionales, como la del autor. La consecuencia más importante de este cambio en el escenario político se da en 1916 con la llegada de Hipólito Yrigoyen al poder a bordo del voto de las clases populares, algo que Lugones no acepta desde su posición de clase.

Pero, la modernización también aporta al Plata otras variables que alteran el universo de Lugones. Por empezar, la cosmopolitización de Buenos Aires y su area de influencia se traduce en la desaparición de las antiguas relaciones sociales y la aparición de la relación anónima, propia de la gran urbe. Ese proceso de modernización rompe el antiguo tejido social de la "gan aldea," mientras los vecinos devienen parte del "público," lo que lleva a Buenos Aires a ganarse el apodo literario de la gran Babel o, como Joaquín de Vedia la definiera: "la única ciudad extranjera en el mundo"[55]. Finalmente, la llegada del migrante interno incorpora otra variable desestabilizante, ya que introduce al otrora despreciado mestizo de Sarmiento a la escena social, un cambio que afecta al poder al transformarse en elemento de manipulación por parte de los políticos demagogos.

No menos importante en la aproximación a Lugones es considerar la influencia del Modernismo literario, que en lo social contribuye a aislarlo de las masas[56]. Él llega a la Babel rioplatence en 1896, a sus 22 años, con su cultura cordobesa a cuestas y una fama de poeta bien ganada en la Docta. Llega a una urbe dominada por el "todo vale" del inmigrante y donde ese movimiento artístico conquistaba a los intelectuales locales, inspirados por la musa de Rubén Darío y la admiración por lo europeo, especialmente lo francés. Sin embargo, ese cosmopolitismo no repercute en un mayor estándar de vida para el artista. Muy por el contrario, el consumo se orienta hacia lo superfluo, mientras el creador y su obra quedan relegados e ignorados o, en el mejor de los casos, reducidos a otra mercancía más (Rama 49): "Por desgracia, entre nosotros, el pensador, el literato, el

[55] Citado por Irazusta, 22.

[56] Como se sabe, en el modernismo confluyen las influencias de varios "ismos" europeos, entre ellos el parnasianismo, que defendía la idea del arte por el arte mismo, rechazaba las convenciones que en América se materializaron como el rechazo al retoricismo español y se inclinaba por el cultivo de la forma al servicio de la belleza, la elegancia y el refinamiento estético; el simbolismo, que respondía a una reacción contra el positivismo y el cientificismo para inclinarse por lo espiritual, lo exótico, lo irracional, lo intuitivo, lo íntimo, lo evocativo del pasado remoto; el impresionismo, que pretendía transmitir la percepción del artista sobre el objeto y favorecía la evaluación subjetiva de los hechos que se juzgaban. En resumen, el modernismo puede definirse como un movimiento ecléctico de renovación, alimentado por una variedad de visiones estéticas, que respondía a una reacción contra el encorsetamiento del arte; que rechazaba la idea del arte al servicio de la realidad, expresadas por el realismo y el naturalismo; que rechazaba el positivismo porque fomentaba una sociedad utilitaria y materialista que dejaba atrás el gusto por el arte y, fundamentalmente, al artista mismo.

artista, no tienen escena propia: lo mata la indiferencia pública y el ambiente burgués" [57]. Esto obliga a muchos intelectuales a elegir profesiones tradicionales, como la de abogado, o a sumarse a la docencia o al periodismo, para poder sobrevivir. Lugones no es la excepción a la regla y por eso se lo encuentra como empleado de correos, inspector de enseñanza y periodista. Pero, entre los poetas modernistas, que incluye a Lugones, "al desprecio se respondió con el desprecio, a la ignorancia provocativa con la burla destemplada; al desinterés masivo con la ironía y el apartamiento aristocrático" (Rama 62-63). Por lo tanto, la literatura deviene en refugio, no para aislarse, sino como defensa ante una sociedad indiferente.

Ahora bien, el Modernismo no sólo le ofrece a Lugones un refugio frente a una sociedad insensible o lo induce a buscar una renovación exclusivamente literaria, sino también otra política, lo que se traduce personalmente en un sentimiento: la necesidad de refundar la nación, impregnando con los ideales de Mayo de 1810 el proceso masificante de la modernidad. Así, paradógicamente, Echeverría volvía del pasado en Lugones para proponer lo mismo que había planteado el autor de El matadero en 1830: recuperar los ideales de Mayo. Ahora, desde la perspectiva de Lugones, había que recuperar esos mismos sueños, que habían sido distorsionados por el proceso de modernización.

Por último, comprender a Lugones demanda considerar sus antecedentes familiares. Es importante recordar que proviene de una familia tradicional y distinguida, arraigada a la tierra, de buen pasar aunque no rica, con antepasados que se remontan a un maestre de campo, a encomenderos y finalmente a un coronel que participó en las guerras de la independencia, según cuenta en Poemas Solariegos. Su niñez, según recuerda Irazusta, fue espartana, muy viril y dominada por un culto al coraje, como reclamaban las necesidades de la vida campesina de entonces; un contexto donde la lealtad entre todos era la regla, pero no sobre la base de la prepotencia del poderoso, sino bajo el concepto de la autoridad moral que el padre, patrón de estancia al mismo tiempo, imponía sólo con su conducta y presencia (24). Todo este ambiente familiar estuvo complementado por una educación rigurosa, donde la palmeta marcaba el ritmo del aprendizaje y la relación con el maestro. Por lo tanto, los años formativos de su niñez y adolescencia, aquellos en que la personalidad se define por el ejemplo de la conducta familiar, fueron años recios y duros que obviamente definieron su fuerte carácter, sus valores tradicionales y su relación crítica con el mundo.

Se podrían señalar cronológicamente algunas etapas que definieron la vida de Lugones y marcaron su personalidad[58]. Los años que acompañaron su adolescencia coinciden con los de la búsqueda de la modernidad y los grandes cambios culturales en la sociedad. Obviamente, todo este proceso no fue lineal ni pacífico. Las crisis se alternaron con el progreso y una de ellas pudo haber sido significante para el adolescente Lugones: la de 1890, impulsada por la Unión Cívica [Radical], que arrastró a su familia a la bancarrota. Que tal situación puede haber influido en su odio al Partido Radical, lo sugiere el hecho de que en 1893, a los 19 años, se enrola voluntariamente en la guardia nacional para ir a combatir, al mando del general Levalle, una rebelión radical en Rosario (Irazusta 8).

[57] Luis Berisso citado por Rama (51).

[58] Seguimos aquí a Irazusta.

Pero, hay algo más en relación a esa revolución del 90, liderada por Leandro Alem, fundador de la Unión Cívica Radical. Para Lugones, en ese partido e Yrigoyen se encarnaban todos los males políticos del país: la democracia representativa, el sufragio, la politiquería de comité, la venalidad política, todo apoyado en una idea falsa de igualdad, que hacía que los destinos del país fueran controlados por una mayoría no capacitada intelectualmente para ejercer el mando. Por lo tanto, Yrigoyen es, desde su adolescencia y hasta 1930, su paradigma del anti héroe, la antítesis del general Roca, su ideal.

A la adolescencia le sigue un periodo juvenil entre los 19 y 24 años de edad, en el cual, paradógicamente, milita en el socialismo junto a José Ingenieros y Roberto J. Payró. Con ellos funda La Montaña, un periódico socialista más avanzado que el existente, La Vanguardia. Pero, entre sus 24 y 30 años comienza una lenta evolución ideológica hacia la derecha. En 1898, a sus 24 años, ya trabaja para La Tribuna, un periódico dirigido por Mariano de Vedia, quien le presenta al general Roca, que a su vez lo nombra Visitador en el Ministerio de Instrucción Pública en 1901. Mil novecientos cuatro lo encuentra participando activamente por la candidatura de Manuel Quintana, el presidente de la "República Liberal" y ya forma parte del poder, ya que va acompañando como Secretario de Gobierno a un interventor en San Luis. Todo este periodo es obviamente profundamente antirradical, lo cual se manifiesta en su descalificación de los dirigentes de la conspiración de 1905.

El tercer periodo de su vida arranca alrededor de 1910, a los 35 años, en el cual gira aún más hacia la derecha y empieza a declararse como enemigo de los movimientos sociales. En 1911 exclama, a propósito de unas huelgas en Inglaterra, que no se pacta con el desorden, mientras en 1912 se opone a la reforma electoral de Roque S. Peña, que iba a facilitar el acceso del radicalismo al poder, con Irigoyen a la cabeza. Naturalmente, deviene profundamente anticomunista, ideología a la que en 1922 califica de "desengaño siniestro," mientras defiende al imperialismo francés e inglés. Por entonces también alaba al fascismo y condena el clientelismo político.

Su cuarto periodo, en el cual se vuelca hacia el nacionalismo desde una ideología fascista, comienza en 1924, año en que predice una dictadura para Inglaterra a causa del inadmisible progreso del laborismo británico, mientras localmente condena el electoralismo y califica de "quimera" la idea de asimilar el progreso a una mayor libertad. También equipara el cristianismo al socialismo, calificando sus ideas de igualdad como una "equidad demoníaca." Como si esto fuera poco, defiende a Mussolini ante las acusaciones que se le hacen de instigador en un crimen político, mientras Manuel Gálvez lo acusa de anticristiano. La "coronación" de este periodo llega en Lima donde, para celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho, declara que "ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada".

Su madurez lo encuentra afirmándose en su mentalidad autoritaria, lo cual lo explica en 1926 en un artículo titulado "De la libertad," mientras abjura del pacifismo. Para 1928 defiende la idea de una Argentina fuerte, mientras reclama que los maestros se transformen en agentes del nacionalismo, dándoles rango de magistrados. Camino a su apoyo del golpe de 1930, en 1929 sostiene que el país no progresa por culpa de la democracia. En 1930 es el redactor de la proclama del general Uriburu en el derrocamiento del radical Irigoyen. Sin embargo, desengañado de la política y el gobierno militar, al final de su vida se vuelca paradójicamente hacia el catolicismo, al que en el pasado había condenado, diciendo en "Itinerario de ida y vuelta" que volvía de la

nada. Como se sabe, Lugones se suicida en 1938, durante la "década infame," que había ayudado a comenzar en 1930.

En conclusión, la obra de Lugones se explica considerando que en ella se superponen tres factores desestabilizantes: la modernidad como proceso, que alteraba las relaciones sociales y comprometía el control del poder por parte de su clase social de pertenencia; el Modernismo literario, que lo impulsaba a buscar no sólo una renovación literaria, sino también política; sus antecedentes familiares, que lo llevaban a permanecer en los esquemas de un pasado arcaico. Esta superposición de fuerzas divergentes quizás explique sus contradicciones, ya que al principio fue socialista a pesar de su alcurnia; anticristiano y anticlerical a pesar de provenir de un hogar de profunda y severa fe católica; admirador de poetas europeos a pesar de su chauvinismo y modernizante a pesar de que los efectos de la modernidad le disgustaban. Pero, por sobre todas estas contradicciones, hay ciertas rasgos que lo destacan: fue elitista y fiel a sus intereses de clase, lo que lo llevó a despreciar a las masas, a las que veía como manipulables y sin capacidad para decidir el destino nacional. Esto explica, en definitiva, su ideología fascista y su mentalidad política de corte militarista y agresiva.

El imperio jesuítico (1904) y la idea de libertad

La importancia de esta obra, producto de una comisión del Ministerio del Interior con el fin de levantar datos sobre las misiones jesuíticas en la región del noreste, radica en que permite acceder a la profunda conceptualización de la libertad individual como base del estado moderno. La experiencia jesuita, basada en un orden completamente opuesto a ello, contradecía las ideas que se venían proyectando desde tiempos de Echeverría, consistentes en impulsar la construcción de una sociedad avanzada de ciudadanos libres, pero conscientes de sus deberes y obligaciones. Por lo tanto, el experimento jesuítico representaba ante sus ojos una aberración histórica, lo que determina desde el comienzo su voluntad de condenarlo a partir de la exposición de los principios que lo inspiraron y las metodologías que se usaron para mantenerlo.

Su condena también reconoce otro origen: el ideario liberal que condenaba a la iglesia católica por su adhesión histórica al oscurantismo y su defensa de las monarquías retrógradas de Europa. En el caso argentino no había que buscar ejemplos allende los mares para condenar esa actitud. Todavía estaba fresca en la memoria colectiva la complicidad de la iglesia con el régimen de Rosas, cuando ella entronizaba en los altares el retrato del dictador a cambio de prebendas, como el monopolio educativo y otras ventajas económicas. Su rechazo al jesuitismo también se origina en que las misiones evocaban la imagen de España: la del atraso, ligado a la influencia histórica del clero.

Esta obra también demuestra la permanencia e influencia del determinismo geográfico de Sarmiento, aún a comienzos del siglo XX. Lugones se aventura a sostener que el grado de civilización de los indígenas descendía de norte a sur en el continente, debido a la influencia de la selva, lo que explicaría el atraso civilizatorio de los guaraníes en relación a los quichuas. La abundancia de alimentos, sostiene, los hacía indolentes y les definía un gusto que los hacía inclinar por los colores fuertes, la música y la voluptuosidad (151). Esta inclinación, que los españoles usaron a su favor, explica según Lugones, el que colaboraran con el español, guiándolo por la selva, como a Cabeza de

Vaca en su camino a Asunción, o ayudándolo a navegar por el Río Paraná, como a Gaboto.

Lugones condena las misiones por ser productos de la inmoralidad y por ser algo anacrónico para América. Lo primero porque revela que lo que llevó a los jesuitas a elegir la región guaraní fue la docilidad percibida del indígena y la inexistencia de un sentimiento de patria y de tradiciones, todo lo cual les facilitaba hacer en esta zona lo que no pudieron hacer en Europa y Asia: crear una provincia jesuítica (173). Esa misma devaluación humana del indio los llevó a creer que estaban ante una mente infantil, que necesitaba de una tutela, derecho que se arrogaron ilegítimamente (175). En cuanto a lo segundo, porque la pretensión de crear un imperio teocrático se da en el siglo del iluminismo, cuando en España gobernaba Carlos III, un rey que había comprendido que España no podía seguir detenida en el tiempo, frente al poder creciente de Francia e Inglaterra.

La condena a la experiencia jesuítica también reconoce como base su rechazo ideológico a toda idea de igualitarismo social. Así, la organización de los matrimonios, el despojar a los padres de sus niños para que los criara la comunidad religiosa, la prohibición de aprender el castellano y de contactar con europeos, la imposición de la pobreza y de una dieta vegetal a base de mote y mandioca, que lo debilitaba (188-90), medidas todas destinadas a doblegar la voluntad e imponer una uniformidad social que facilitara el control social, le merecen el total rechazo y desprecio. Peor aun, esa falsa igualdad impuesta desde el poder, que los jesuitas trataron de imponer, lo confirman en su visión de que el cristianismo y el comunismo eran la misma cosa y, por lo tanto, desechables y despreciables como modelo ideológico.

En conclusión, la obra en cuestión confirma la ideología liberal de Lugones. El fracaso de los jesuitas le prueba que una sociedad uniformada no sirve como base de una nación fuerte y consolidada. Esta conclusión quizás esté en la raíz de su rechazo posterior a la democracia, a la cual también veía como un proceso uniformador destinado al fracaso. Por el contrario, su condena a los planes anacrónicos de la orden de Loyola revela su vocación de generar un individuo libre a través de la educación; un ciudadano responsable, amante por convicción de la libertad, no uno dependiente y sometido a los factores de poder. Para defender este punto de vista recuerda que no bien los jesuitas se fueron, los indígenas volvieron a su estado anterior o se hicieron delincuentes. Para él, tanto el jesuita desde el púlpito, como el político desde la tribuna del comité, eran apóstoles de un credo falso: el de la uniformidad social, por estar basado en la falacia de la igualdad.

La guerra gaucha (1905), El payador (1916): El pasado como refugio

Ambas obras se explican a partir del deseo de Lugones de recuperar protagonismo nacional dentro de un proceso desculturizante como la modernidad, que se había escapado de control siguiendo su propia dinámica. Esto explicaría que otorgue carácter de gesta a la lucha por la independencia nacional en la primera y que intente hacer del Martín Fierro el poema épico nacional en la segunda, tratando de imitar lo que el Poema de Mio Cid representó en la consolidación cultural de España. Para Lugones, todo pueblo que además de atesorar tradiciones y glorias pasadas, las canta, las recita o las cuenta, gana un espacio mítico que la legitima ante los ojos del mundo. El poema de Hernández está, según su perspectiva e interés, en esa misma relación con la Argentina porque, al

igual que el poema español, sigue las normas del género, al presentar la lucha de un arquetipo nacional -el gaucho-, en un contexto definido -la pampa-, por un elevado objetivo, el de sobrevivir las viscisitudes en un territorio hostil, mientras protege o persigue su libertad.

También se pueden hacer otras lecturas de ambas obras. La oportunidad de su publicación alrededor del centenario de 1810 les confiere otros significados. La primera década del siglo XX coincide con el furor de los cambios impulsados por la modernización que, con su propia dinámica materialista y de relegamiento del intelectual, genera un profundo desbalance espiritual en hombres como Lugones. Esa dinámica arrasa con los patrones culturales del pasado y compromete el estatus-quo social, dando protagonismo a una clase media que muestra las influencias de las nuevas ideas traídas por el inmigrante, las cuales a su vez ponen en riesgo el ejercicio del poder por parte de la oligarquía. Desde este punto de vista, ambas obras pueden verse como un intento de reafirmación ideológica, frente a una derivación no deseada de los cambios sociales.

Ahora bien, estas obras también exponen las contradicciones de Lugones. Su reivindicación del gaucho no armoniza con sus ideas que, afines al mito civilizatorio, también justifican en otros textos la necesidad de eliminarlo. Conviene recordar que Lugones admira a Sarmiento y lo sigue aun en sus visiones racistas. Por lo tanto, la recapitulación y reivindicación de su lucha ante una sociedad que venía siendo educada desde tiempos del Facundo para subestimarlo, resulta anacrónica de frente a los desafíos de un proceso que demandaba eliminarlo en nombre del progreso. Sin embargo lo hace, lo cual descubre su intención de usar la obra para afianzar el modelo y a su clase, antes que para defender al gaucho.

La recuperación del pasado en La guerra gaucha, también ofrece elementos que permiten reafirmar un rasgo fundamental en la personalidad de Lugones: su adhesión y reverencia por la figura del héroe. Aquí esto está representado en los atributos con que construye la imagen de esa figura distante, que un godo descubre a la distancia por casualidad, casi al final de la obra: el general Güemes. Su imagen de estatua, con uniforme rojo y borlados de oro más parecen responder a la idea de construir la imagen de una deidad viviente, que la de un gaucho con ascendencia social. Esto no es casual: Güemes representa ante Lugones el ideal del jefe, porque basa su poder en el prestigio, a contracara del político que la basa en la para él detestable democracia y el sufragio.

La huída hacia el pasado y los deseos de renovación en La guerra gaucha también tienen que ver con la influencia del Modernismo, que lo fomentaba como parte de su razón de ser. Esa moda literaria se manifiesta inspirando la necesidad de una refundación nacional, a través de la recuperación del espíritu de la emancipación de comienzos del siglo XIX. La intención de volcarse al pasado para rencontrase con lo propio se manifiesta en el uso de un lenguaje muy regional, no muy entendible para alguien de fuera del país. Esto, que limita obviamente la lectura de la obra, se ajusta por otra parte a la intención de reafirmar una lengua propia como base de la nacionalidad[59]. El uso de este lenguaje también refleja la intención de proyectar una identidad propia frente a la interferencia lingüística generada por el proceso de inmigración masiva.

En La guerra gaucha, el heroísmo del pueblo gaucho como base de la formación nacional se construye a través de viñetas o episodios aislados de la lucha en la frontera norte. Todos esos personajes anónimos convergen en un mismo objetivo político: la

[59] Este recurso ya fue usado por Herder para justificar la existencia de una nación alemana allá por 1800.

independencia, unidos por la autoridad y el prestigio de un mito: Güemes. Ese heroísmo presenta infinidad de rostros: el de la anciana en la que "los antepasados de cobre protestaban en su esmirriado linaje" (313) junto a su nieto que, no obstante su herida mortal, corre en su caballo para alertar a la partida patriota sobre la presencia española; el del español prisionero que adhiere románticamente a la causa y finalmente muere peleando, ganado por el honor de la palabra empeñada del capitán montonero; el del ciego que no teniendo otra cosa que su voz para ofrecer, muere cantando el himno nacional para animar a los gauchos en la batalla; el de las mujeres que pelean usando las masas de sus morteros cuando ya se habían agotado sus hombres; el de la viuda que con su herencia mantiene económicamente la causa y gana su propia batalla personal enamorando al limeño equivocado de causa, para sumarlo a las fuerzas gauchas; el del criollo rico que libera a sus esclavos con la condición de que se sumen a la lucha armada, mientras recompensa a quien le arrime a sus oídos unas décimas patriotas; el del anciano que ante el éxodo jujeño se queda y empeña lo que le queda de vida para espiar al enemigo; el de la anciana hechicera y curandera que invocando a la Pachamama hace que un rayo fulmine al español traficante de esclavos y al cabildante, ambos enemigos de la patria; el de la joven que ha quedado sola, "huérfana de la revolución," que no pudiendo enrolarse aun vestida de hombre en las filas de Güemes, deambula por el monte rescatando patriotas heridos y desnucando enemigos; el del opa, que a pesar de su condición reconoce a los enemigos de la patria y guía a los españoles para que se ahoguen en un cruce de río; el de la mulata rica que encanta a los realistas con "sus ojazos ligeramente oblicuos, su voluptuosa nariz, su boca cruelmente carnal y el tenebroso vellón de su cabellera," para luego emborracharlos y ponerlos a disposición de la partida; el del gaucho rastreador que se enfrenta solo a más de diez españoles. No falta lo truculento con el paisano herido que alimenta a su perro con un pedazo de brazo de un español abatido. Fiel a la visión negativa de la iglesia, la única excepción a este heroísmo son los curas: "conspiraban contra ellos" [contra los patriotas] en su mayoría, mientras los obispos los excomulgaban si ayudaban la causa patriótica (483).

También alineado con su idea de fortalecer la imagen o idea de nación, La guerra gaucha se destaca por el registro de algunos elementos comunes al campo, como la flora, las costumbres y las creencias populares, al detalle. Así, haciendo gala de su conocimiento de las costumbres nacionales, Lugones presenta elementos culturales propios, como los musicales, representados por las danzas populares netamente argentinas, como el baile del angelito; el payador y el músico ciego; los deportes nacionales como las carreras cuadreras y el juego de taba; el contar cuentos para entretenerse, las devociones religiosas, entre ellas la de la Virgen de la Merced, la patriota, en oposición a la Virgen del Milagro, la realista; la pelea a facón con un tigre, la costumbre de las mujeres de seguir a la tropa para atenderlos o cuidarlos entre combates. No falta la mención de las torturas con que ambos bandos salpicaban sus acciones. Todo esto busca reafirmar la existencia de una cultura propia, de una nación consolidada.

Similar intención define El payador. Su propósito de encumbrar el poema Martín Fierro para darle un carácter épico, nace de la necesidad de dotar al país con un elemento poético que lo afiance ante los ojos del mundo como una nación. Antecedentes históricos no le faltaban para la empresa. El poema de Cid Campeador había legitimado con el relato de las aventuras y las desdichas de Ruiz Díaz de Vivar una cierta forma de ser del pueblo español, que lo justificaba como nación: fuerte en la desventura, leal a la

autoridad, sacrificado ante el dolor. Para Lugones la función de ese tipo de poema es clara: ”Producir un poema épico es, para todo pueblo, certificado de aptitud vital; porque dicha creación expresa la vida heroica de su raza” (1085). Para él, el poema de Hernández cumple esa misma función y aun la de otros como los homéricos frente a la antigua Grecia: la de legitimador del pueblo argentino.

Antes de defender su propuesta, Lugones explica por qué el poema épico contribuye a afianzar la nacionalidad: en primer lugar porque representa el “alma de la raza,” lo cual define automáticamente la identidad de un pueblo (1086). En segundo lugar, porque incorpora como componente central la figura del héroe, en quien se sintetiza la esencia nacional en un determinado momento, “la vida superior de sus patrias” (1086): “Los héroes revelan materialmente la aptitud vital de su raza, al ser ejemplares humanos superiores” (1088). Por lo tanto permite espiritualizar la materia (el héroe físico) mientras genera, de paso, un estado espiritual con el cual la nación se identifica inmediatamente, para tomar identidad propia durante el proceso. Por ello reclama que para un pueblo como el argentino, que pretende ser reconocido, conocer el Martín Fierro es esencial, porque en él se sintetiza la esencia de la patria (1089).

Lugones señala los méritos que dan a la obra su relevancia, para pretender ser “el” poema nacional. Afirma que la obra de Hernández se consubstancia con la forma de ser del gaucho, con su forma de hablar y con su visión, porque nace de “elementos preexistentes” en la sociedad campesina, a los que la inteligencia de Hernández les dio “un orden superior”(1239). La operación que realiza es hacer del gaucho un arquetipo nacional y representar en su lucha por recuperar su libertad y ser libre, el espíritu libertario del hombre argentino. Más aún, propone que fue fundamental para el proceso de consolidación nacional: “el gaucho fue el héroe y el civilizador de la pampa” (1113). Allí donde el conquistador, el soldado, el misionero y el gitano fracasaron, el gaucho se impuso en cuatro siglos de combate contra el indio (1114). Por lo tanto, en su lucha por un ideal superior, el gaucho no es menos que Díaz de Vivar y es quizás más, porque sus ideales están asociados a otros civilizatorios, como los de justicia y libertad (1101).

Pero, como con La guerra gaucha, El payador descubre sus contradicciones. No se puede entender su pretensión de hacer del Martín Fierro un poema épico y luego justificar la eliminación del gaucho, en nombre de la civilización. Lugones, copiando los argumentos racistas de Sarmiento, proclama despectivamente que su color de piel y su personalidad negativa, manifestada en su conformismo, su resignación, su fatalismo y el carácter arrebatado de su carácter, que luego usufructuan los caudillos, le vienen del hecho de ser cruza de español con mujer indígena (1116). Y lo corrobora repitiendo la visión racista de que el indígena ama el ocio porque sí, que no aspira a gozar de la vida en base al progreso material porque “nunca gozaron de la vida,” que ama el desaseo, que no sabe reír por condición de raza (1116-17). Por el contrario, los valores “positivos” de la personalidad del gaucho le vienen del lado español. Así, su autoestima, que lo lleva a ser libre e individualista, a no prestarse para el trabajo servil de las ciudades, dejadas para el negro, y su inclinación a vivir en libertad absoluta, algo de lo cual debe también al indio, le vienen de allende los mares, de España (1120-21). En definitiva, según Lugones el gaucho es “el prototipo del argentino actual” porque de él le viene “el extremado amor al hijo, el fondo contradictorio y romántico de nuestro carácter, la sensibilidad musical…la fidelidad de nuestras mujeres, la importancia que damos al valor, la jactancia, la

inconstancia, la falta de escrúpulos para adquirir…rasgos peculiares del tipo gaucho" (1133).

La cima de las contradicciones de Lugones se da cuando sostiene que "la desaparición del gaucho fue un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena" (1134), aunque luego se queja inexplicablemente de la oligarquía del pasado por haber hecho desaparecer ese "elemento precioso de la nacionalidad" (1140). También se queja de los políticos de su tiempo por la situación de los que quedan: "¡La política! He aquí la calamidad nacional. Todo lo que en el país representa atraso, miseria, iniquidad, proviene de ella o ella lo explota, salvando su responsabilidad con la falacia del sufragio" (1273). Paradójicamente, a estas alturas ni Sarmiento se salva, porque le enrostra haberlo perseguido en nombre de la civilización (1264). Todas estas contradicciones demuestran que Lugones no pudo encontrar una fórmula que le permitiera armonizar su visión heroica del gaucho con sus intereses de clase, ni con la visión de los intelectuales del pasado, ni con las demandas de la modernidad, a la que adhería en nombre de la civilización, pero condenaba por sus implicancias sociales y culturals negativas.

Sarmiento (1911) y Roca (1938): En busca del héroe perdido

Ambas obras, antes que apuntar a una biografía equilibrada de ambos ex presidentes, confirman las actitudes voluntaristas de Lugones en torno al tema de formación nacional. En primer lugar, su interés por construir una historia oficial que sirva de consolidación histórica al país lo lleva a construir imágenes idealizadas de ambos. Segundo, al intento anterior le superpone su inclinación natural por el autoritarismo y el mesianismo, lo cual lo impulsa a legitimarlos dotándolos con los atributos propios de los héroes, base del prestigio y de la legitimidad para el mando que Lugones tiene como ideal del gobernante. Esto también tiene relación con su interés en justificar sus políticas y construir un pasado glorioso. Tercero, ambas obras confirman su prejuicio racial y de clase contra el habitante común, lo que lo lleva a ser parcial e injusto en el momento de adjudicar culpas por la anarquía política del siglo XIX y la inestabilidad que se vivía en su propio tiempo. Por lo tanto, ambas obras ilustran sus contradiciones, las cuales reflejan las de la misma oligarquía en el poder, frente al proceso de formación nacional.

El carácter apologético que imprime a ambas obras y su recurrente necesidad de construir mitos, también parece responder a un deseo de refugiarse en los mitos del pasado, frente a un presente que lo preocupa por su inestabilidad inherente. Sarmiento y Roca representan dos tipos de gobernantes que se ajustan a su ideal: aquél que basa su poder en el prestigio. Sarmiento, por su trayectoria política enfrentando a Rosas, y Roca, por su Campaña del Desierto representan, desde su visión del poder, los tipos ideales de liderazgo que el país necesita. Razones no le faltaban a sus aspiraciones. Desde el fin de la primera presidencia de Roca en 1886, la evolución política del país había sido más que inestable. La sucesión de presidencias inconclusas, el manejo discrecional del poder por parte del mismo Roca a través del Partido Autonomista, las irregularidades electorales, las compras de votos y las rebeliones de 1890, 1892, 1893 y 1905, eran claros ejemplos de un país que no terminaba de consolidarse. Además, esa inestabilidad era acentuada por las luchas de las clases populares en ascenso, que reclamaban un cambio democrático.

Ante esa realidad adversa, las imágenes respectivas de Sarmiento y Roca se alzan en toda su dimensión autoritaria, ofreciéndole un reaseguro a su conciencia.

Lugones trata de justificar en Roca el control histórico del poder por parte de la elite oligárquica, planteando una teoría orgánica de la evolución social. En ella asimila la nación a un "organismo humano," sujeto a una evolución que, por no ser perfecta, tiene que ser necesariamente controlada para servir las necesidades de los hombres que la forman (Roca 54). Esto debía complementarse con la creación de una historia oficial a enseñarse desde la infancia en las escuelas, la cual tenía que estar dirijida a desarrollar en el pueblo el "concepto de su ser y la conciencia de su destino" (Roca 53). Pero, en esta nueva propuesta que hace, la independencia aparece como el producto exclusivo y convergente de dos instituciones: la iglesia y la militar o, como lo define poéticamente, de la convergencia de la cruz y la espada (Roca 58-63). Para demostrarlo, propone la idea de una continuidad histórica entre la conquista española y los militares y religiosos que participaron en los momentos iniciales de la lucha emancipatoria. Sin embargo, esta propuesta reduccionista contradice el espíritu de La guerra gaucha, donde es clara su intención de hacer aparecer la independencia como una epopeya popular, es decir, un triunfo colectivo. Este cambio de perspectiva se explicaría por su involución política a lo largo de los años, que lo llevó a pasar de socialista en su juventud a fascista al final de su vida.

La propuesta anterior de Lugones es rebatida por Ricardo Rojas en su obra La argentinidad, fundada en una investigación en torno al periodo 1810-1813. Este autor sostiene que los dirigentes que se turnaron entre el cabildo del 25 de mayo de 1810 y el primer triunvirato, siguieron actuando en nombre de Fernando VII. Es más, Rojas cuenta cómo la conspiración conservadora de Saavedra de 1811, apoyada por hombres como el dean Funes y que terminó en la instalación del primer triunvirato en 1812 con Rivadavia como secretario, malograron la Revolución de Mayo y neutralizaron la tendencia democrática que cabildos como el de Jujuy planteaban por boca de su representante, el sacerdote Gorriti. Más todavía, según Rojas, Rivadavia orquestó la expulsión de todos los representantes de los cabildos del interior, una medida antidemocrática que marca el comienzo del unitarismo y planta la semilla que luego derivaría en la dictadura de Rosas y las luchas civiles que la acompañaron. Ese mismo triunvirato es el que había desautorizado a Belgrano, exigiéndole que destruyera la bandera que izara en las barrancas del Paraná, en Rosario, para no dar lugar a que se pensara que se buscaba la emancipación de España.

Rojas defiende su visión recordando que el derrocamiento de ese primer triunvirato fue obra de la Logia Lautaro, en la que militaban hombres incuestionables como San Martín, Belgrano y Monteagudo. Por otra parte, si se tiene en cuenta el papel fundamental que los pueblos de Jujuy, Salta y Tucumán jugaron en 1812 para detener la invasión española desde el Perú al mando de Güemes, que hizo posible que San Martín pudiera llevar la guerra a Chile, sorprende que Lugones se recueste en las opiniones intuitivas de Sarmiento para seguir defendiendo la propuesta de que el interior era pro realista. Rojas demuestra, con documentos, que el cabildo de Jujuy fue tan revolucionario y aun más democrático que el porteño de 1810, especialmente después de la muerte de Moreno, porque reclamó igualdad jurídica entre todos los cabildos que conformaban el virreinato, incluidos los del Alto Perú, a lo cual se opuso la "oligarquía porteña" [sic]. Por lo tanto, la única razón que explicaría la posición de Lugones en torno a esta porción de

la historia argentina es su interés en crear una historia que legitimara la actuación de su sector de pertenencia social, la oligarquía. Dado que con los hechos no puede defenderla, es que recurre a la creación de mitos, los cuales le permiten encubrir el carácter faccioso de las luchas civiles internas y las responsabilidades de su sector de pertenencia social en las mismas. Roca demuestra que nada está más lejos de su ideología que la idea de construir o defender una nación de iguales.

Sarmiento y Roca presentan dos partes: Una corresponde a sus aspectos biográficos y la otra a una apreciación ideológica de las ideas en juego en la construcción de la nacionalidad. En lo que toca a lo primero, Lugones se deja absorber por una visión mítica de los personajes, lo que lo precondiciona a considerarlos como héroes y perfectos. En efecto, Sarmiento es producto de un destino, ya que "la naturaleza [lo] hizo grande," con lo cual sugiere una predestinación. Al decir que "su justicia era impersonal," lo pone por encima del bien y del mal. A su vez, como era incomparable entre sus contemporaneos, lo saca de su tiempo histórico para asimilarlo a un "antiguo republicano de Roma." Aun su humildad no tiene parangón: "su conciencia de la superioridad no lo solemniza" (Sarmiento 14-20). Para justificar esa diferenciación aclara que esas virtudes lo hicieron un incomprendido, un envidiado al que "los mediocres," "acostumbrados al autobombo…no le perdonaron la verdad de su gloria" (Sarmiento 55).

Con respecto a Roca, su actitud es aún más reverente, ya que se remite al pasado colonial para enfatizar su predestinación de héroe desde la cuna. Para ello lo conecta al "hogar hidalgo" que la Conquista formó: "La familia criolla estaba ya de antiguo constituida con la sólida honestidad que forjaron, por decirlo así, la robusta fe y la digna pobreza" (Roca 63). De esos hogares salió la prudencia, fortaleza, modestia y desinterés de las mujeres criollas, entre ellas, naturalmente, la madre del general de la Conquista del Desierto. Esa predestinación ya había quedado definida, según dice, cuando la madre lo llamó Julio Argentino, un "voto profético que lo dedicó a la patria" (Roca 77).

Para Lugones, Roca llega al mundo con la "predestinación de los grandes hombres" (Roca 91), para llenar ese espacio simbólico que define como el carácter militar de la historia argentina. Por lo tanto, Roca, por ser militar y héroe representa esa esencia nacional. Por ello propone como ejemplo su vida disciplinada al servicio incondicional de los fines que sus superiores le mandaran. Esta visión, de raigambre guerrerista y autoritaria, lo lleva a proponer la idea del ciudadano-soldado como ideal social, una concepción cuartelera de la sociedad, que explica su adhesión al fascismo de Mussolini. Dado que esta propuesta estaba en contradicción con la idea de igualdad que se asociaba al proceso independentista, se desprende de ella calificándola de "deidad del siglo pasado," acusándola de paso por la indisciplina social, que comprometía la estabilidad de la nación.

Estas dos obras interesan también porque van más allá de lo biográfico, para reafirmar la visión racista de la oligarquía acerca de la historia argentina. Lugones repite a Sarmiento al sostener que la inestabilidad política del país tiene su origen en la "doble raza" del mestizo (Sarmiento 95). Esos conflictos son, según su evaluación, producto de haber intentado imponer una idea de igualdad social donde, por naturaleza, no la había. Todas esas pretendidas leyes de igualdad "contrariaban un hecho natural": el de la inferioridad racial del mestizo o gaucho. Por eso sentencia que sus rebeliones no fueron más que productos del instinto antes que reacciones inteligentes ante una situación injusta. Más aún, para él el mestizo es inferior por naturaleza por provenir de una mezcla

del blanco con una raza inferior como la indígena. Su carácter y personalidad son iguales al del indio, lo cual se manifiesta en su carácter sumiso ante el blanco (Sarmiento 95-96).

Sus prejuicos contra el criollo de origen mestizo no se detienen en su condena por su supuesto papel en el pasado, sino que se proyectan hacia el futuro, proponiendo su descalificación para que ejerza el sufragio: permitir su voto es poner el destino del país en manos de "los mestizos irremediablemente inferiores" (Sarmiento 98). Por el contrario, cree que a la historia la hacen los héroes a través de "lo que Sarmiento llamaba 'la imitación del genio," ya que "la evolución progresista tenía que ser y fue obra de hombres geniales," como lo demostró Rivadavia (Sarmiento 113). Desde ésta visión, las masas debían ser excluidas de las decisiones políticas.

Sin embargo, como para ilustrar sus contradicciones una vez más, en esta obra descalifica la tesis determinista de Sarmiento en torno a civilización y barbarie. Lugones rebate este argumento a través del mismo Facundo, proponiendo que su linaje y grado militar prueban todo lo contrario (Sarmiento 108). Lo mismo los demás caudillos. En cambio, adhiere a la tesis de que la verdadera división era entre litoraleños y mediterráneos, ya que lo demás lo intercambiaban, como el ser federal o unitario. Por ello sostiene que "lo más parecido que existe a un federal es un unitario, porque sus diferencias son "meras situaciones accidentales…Los dos tipos que Sarmiento pretende establecer en su Facundo, no han existido nunca" (Sarmiento 110-111). Todos eran de familias "decentes" y emparentados, dice, que se pelearon cuando fueron relegados por quienes controlaban el poder en el puerto, lo que los llevó a defender sus intereses sumando al mestizo, ya sea como votante o como soldado, en nombre del federalismo (Sarmiento 100). Esta apreciación, que exonera de responsabilidad al habitante común por las luchas internas entre federales y unitarios, es sin embargo dejada de lado en otros momentos, cuando trata de endilgar culpas por el atraso histórico del país. Al igual que Sarmiento en su Facundo, Lugones culpa a las víctimas por la evolución anárquica del país, o sea al gaucho mestizo y no a los sectores con poder real, que sí tuvieron la posibilidad de construir un país diferente. Su actitud es tan absurda como lo sería el culpar al mazorquero Ciriaco Cuitiño por lo que Rosas hizo del país. Sin embargo lo hace, a pesar de reconocer que la guerra civil fue producto de algunas desinteligencias familiares entre caudillos porteños y provincianos, lo que prueba sus prejuicios de clase al momento de construir su narrativa histórica.

Este prejuicio e interés en exonerar a los grupos oligárquicos de culpas, lo lleva a tratar de justificar sus conductas facciosas, atribuyéndolas a su herencia hispana y no a su mesquindad hacia la nación: su orgullo por el hecho de ser descendiente de hidalgo español; su desconfianza ante la ley por haber tenido que solventar en soledad los desafíos que la conquista le planteó; su individualidad por la influencia de la religión católica, que le inculcó la idea egoísta de la salvación como acto personal, mientras que su materialismo encuentra su raíz en las formas, ritos y la obediencia ciega al sacerdote. De esos hidalgos españoles proviene, según su análisis, no sólo su gusto por la propiedad latifundista, sino su adhesión sicológica a la idea de la riqueza estática, apoyada en la posesión de tierras sin trabajar. En todos sus actos, la ostentación es lo dominante, afirma, ya sea a través del heroísmo expresado como "lucimiento del coraje" o el desapego por "el deber que no brilla." Por otro lado, su mansedumbre en la vida normal así como su fanática crueldad en la pelea son productos de una mente caprichosa que no se detiene ante la condena social. Impresionable, inconstante, iluso y por ello predispuesto al

pesimismo; vanidoso y por ello intolerante, el criollo, federal o unitario es para Lugones un ser en el cual se combinan todas las tiranías y virtudes de la cultura española, todo lo cual lo lleva a exaltar el coraje, la lealtad ciega, la exageración en el menosprecio del dinero y en la generosidad (Sarmiento 110-111). Esta generalización e intención de definir un perfil humano que lo abarque y explique todo, vuelve a demostrar la inclinación de Lugones por reducir los fenómenos sociales o humanos a la conducta de un arquetipo, lo que explica en otro plano su adhesión al héroe como protagonista y su tendencia a mitificar la historia.

Su interés en crear una narrativa histórica pasando por alto los hechos históricos, lo lleva a abstenerse de atacar y condenar abiertamente a Sarmiento por su intento de copiar o transferir el modelo norteamericano a tierras argentinas, lo que hubiera ofendido a cualquier "nacionalista" que se preciara de serlo. Por el contrario, su crítica a la mentalidad extranjerizante de las elites del siglo XIX aparece en su biografía inconclusa de Roca, cuando condena los últimos 80 años de historia argentina: "La sinonimia entre progreso y extranjerismo, impuesta al país, comportaba su autonegación pesimista; y la democracia…que será argentina o nunca existirá, conviértese hasta el día de hoy en la vana tentativa de aplicar un sistema ajeno" (Roca 85). De ahí el fracaso de la Constitución de 1853, "instrumento extranjero adoptado con fervorosa premura," que luego reclamaría el uso de la fuerza para poderla imponer a un país no preparado para ella (Roca 100-101). Para Lugones, un acérrimo detractor de quienes buscaban inspiración en modelos extranjeros, la actitud pro-norteamericana de Sarmiento no podía haber sido pasada por alto sin condenarla directa y abiertamente. Sin embargo, se abstiene de hacerlo en interés de construir el mito y una narrativa nacional.

No obstante, la que no se salva es la Generación del 37, a la cual acusa por su extranjerismo sistemático, su desconocimiento del país y su descuido de los intereses nacionales al proponer la apertura irrestricta de los ríos interiores a la navegación, por no preocuparse por los intereses rurales y por el olvido de la tradición democrática revolucionaria (Sarmiento 128). Pero más significativo es que los condena por sus propuestas de igualdad social. Justamente, al comentar el Dogma Socialista Lugones condena a Echeverría por declarar "que el dominio de la clase rica es contrario a la igualdad;" por decir que "el género humano es una sola familia" y que "la humanidad tiene por patria el universo" (Sarmiento 130). Esto, señala, está en contradicción con lo que el mismo Echeverría proponía en el Dogma: el sufragio de los instruidos y propietarios como base del poder político (Sarmiento 131). Sin embargo, esto confirma su postura en contra de la idea de igualdad que había inspirado la Revolución de Mayo.

Su racismo, de origen clasista, también se revela cuando opina sobre la emigración de intelectuales durante la dictadura de Rosas. Se queja de que esa lucha privó al país de contar con veinte millones más de habitantes blancos, con los cuales "habríamos realizado la democracia." También critica a Alberdi por no haber aclarado en su eslogan de que gobernar es, en realidad, poblar con blancos, pues el mestizo, como elemento negativo de toda democracia por el peso de su voto, retarda el avance de ésta. Sentencia que esto se superará solamente cuando el mestizo logre ser absorbido por la raza blanca. Claro que inmediatamente se contradice y recuerda que "España, con veinte millones de habitantes blancos" produce menos que Argentina "con seis millones, comprendidos los mestizos" (Sarmiento 135).

En su visión de Sarmiento como el "hombre completo" en esa constelación de hombres determinantes como Rivadavia, Rosas, Urquiza y Mitre, Lugones resalta la idea del sanjuanino de impulsar la educación como base de la igualdad, "porque la educación iguala, a despecho de todos los accidentes biológicos y sociales." Pero, su interés es otro: el de contrarrestar la posible influencia de los inmigrantes (Sarmiento 136). Con ello se hace eco de la preocupación de las elites locales por la influencia política que el inmigrante tiene o puede tener en el criollo, su cultura y su ideología, con la consecuente alteración en la relación de fuerzas sociales y políticas, como en realidad luego ocurrió.

Finalmente, Sarmiento es reconocido por su contribución con Facundo a la construcción de una idea de nación. Hacer literatura es hacer patria para Lugones, porque ella contribuye a formar el "espíritu nacional." Para él, la obra de Sarmiento cumplió esa misión en un momento crítico de su proceso de consolidación. De ahí que también alabe a Hernández, porque con su Martín Fierro había dotado al país de una literatura originada en los elementos que conformaban el país, lo que ayudaba a reforzar el sentido de patria: "El país ha empezado a ser espiritualmente con esos dos hombres…como los poemas homéricos formaron el núcleo de la nacionalidad helénica" (Sarmiento 165)[60].

En conclusión, Sarmiento y Roca son obras que exponen la ideología de Lugones y también sus contradicciones. Como hombre afiliado a los intereses de la oligarquía, su discurso permite acceder a las contradicciones de su grupo social. El tono apologético de ambas revela el interés personal por reencontrarse con modelos autoritarios del pasado, habida cuenta de la carencia de líderazgos dentro de su sector en el periodo 1905-1938, en que se suicida. También el de dotar al país con una narrativa histórica que le sirviera de consolidación. Por ello los transforma en mitos, para que sirvan de modelos, aun pasando por alto sus defectos. Esto último explica que no condene el manejo discrecional del poder por parte de Roca, desde 1880 hasta 1904, cuando las elecciones eran manipuladas fraudulentamente por él, para generar gobiernos que luego caían, asediados por las revueltas sociales. Por lo tanto, su recurrencia a figuras supuestamente heroicas del pasado en busca de un modelo revela que su visión es esencialmente elitista y de clase, ya que no confía en el futuro como producto de la evolución social, sino como resultado de una acción mesiánica y autoritaria, a cargo de "héroes" que identifica con la figura del militar y la pertenencia a su clase social.

Pero, su demanda por un mesías militar también descubre su consternación ante la evidente pérdida de poder de su sector de pertenencia social, durante esa transición de comienzos del siglo XX. En estas circunstancias, el mito pasa a ser su refugio ideológico frente a una realidad adversa a sus intereses de clase. Por lo tanto, Sarmiento y Roca representan estaciones terminales en una huida hacia el pasado, en busca de compensación ante un presente incierto para su ideología política. Desde sus intereses de clase, razones no le faltaban para esa búsqueda, especialmente después del triunfo de Irigoyen en 1916 y 1928, que lo llevaron a adherirse en 1930 al golpe del general Uriburu, creyendo que así iba a reencontrase con los mitos del pasado.

[60] Creemos interesante recordar la apreciación de Lugones de la calidad de Sarmiento como escritor. Destaca su habilidad de narrador, "su vivacidad pintoresca que hace de la página una conversación divertida, como si el mismo hubiese visto lo que cuenta" (160). Esta opinión nos parece importante porque sugiere la idea de una falta de experiencia personal sobre lo que escribe. Su Facundo provendría, entonces, de una recopilación de la experiencia de otros. Pero, condena su tesis sobre civilización y barbarie, "teoría que informa nuestro criterio histórico con credulidad servil…sospechosa en su inexactitud científica" (162).

La grande Argentina (1930): La huída hacia adelante

Como corroborando la idea circular de la historia, casi cien años después de que Echeverría propusiera un modelo de país en el Dogma Socialista, un intelectual de igual procedencia social –Lugones– presenta otro "dogma" con sus propias aspiraciones: La grande Argentina. Pero, si bien ambas obras responden a un sentimiento común de frustración ante la realidad política, sus medios y sus fines son completamente opuestos. Mientras que la obra de Echeverría respondía a los sueños de una elite que aspiraba a derrocar a un tirano para imponer un programa libertario o liberal para la época, la de Lugones defiende la necesidad de una dictadura militar para mantener el poder en manos de fuerzas ideológicamente retrógradas y desentonadas con las demandas del momento, como lo eran las de la oligarquía ganadera. Como se sabe, la obra se publica un poco antes del golpe de estado del general Uriburu de 1930, con la pretensión de que fuera el "libro de bitácora" para los golpistas, como él mismo lo decía.

Como lo dice en el prefacio, el ensayo es un "acto de fe en la patria;" un diagnóstico y una propuesta de soluciones "para desembarazarse de los elementos extraños a su carácter, y que la detienen en su camino de grandeza" (23-25). Teniendo en cuenta sus intereses de clase, esos elementos "extraños a su carácter" no eran otros que los cambios políticos que la Ley Saenz Peña había introducido en 1912, que habían facilitado el acceso al poder al populismo de Irigoyen, destronando del poder a la oligarquía en 1916. Su crítica condena las bases democráticas que esa ley había dado al estado: el sufragio universal, libre y secreto. Corrigiendo a la clase política, sugiere que la "noble igualdad" del himno nacional se refiere a la igualdad entre los capaces, con lo que niega al habitante común el derecho a elegir a sus representantes. Para Lugones, esta confusión o mala interpretación es la responsable de que el poder haya caído en manos de los políticos, a los que detesta y considera incapaces. Atribuye también la culpa al hecho de que el sistema político vigente era una copia del sistema anglo-sajón, lo que lo hacía antinatural al fundarse en falsas premisas, que nada tenían que ver con la realidad política argentina.

El resto de la frase, "que la detienen en su camino de grandeza," revela el interés de Lugones en reivindicar a la otra Argentina anterior a 1916 cuando el país, controlado por la oligarquía, forzaba un plan de modernización controlado por este sector. Sin embargo, ignora las maniobras fraudulentas que este sector había hecho para mantener el poder en todo ese periodo, especialmente bajo la tutela de Roca, que había controlado la escena política por 25 años, usando métodos cuestionables. En resumen, lo que Lugones revela en 1930 es la desesperación de los sectores aligárquicos ante la evolución política de la sociedad, que la había arrojado del poder en un camino sin retorno, gracias, paradójicamente, a los cambios que en nombre del progreso ellos mismos habían impuesto desde 1870 en adelante.

La mentalidad un tanto arcaica de Lugones se revela aquí cuando condena el sistema desarrollado luego de Caseros, por haber sido el producto de una exagerada "reacción contra el gauchismo de la Federación semibárbara". En su respuesta a la barbarie rosista, "el liberalismo constitucional exageró la moda extranjera" (25), lo que lo había llevado a perder su esencia. Además, agrega, la idea de que la comodidad de un pacifismo fundado en la riqueza bastaría para hacer un país fuerte era una quimera, al igual que la idea del "pacifismo que quiere abolir la guerra…tan absurdo como la

medicina que pretendiera suprimir la muerte" (34). El país debía fundar su soberanía en un "vigor físico y moral," no en la idea de que simplemente era un "mercado a la cartaginesa" (33). Para él, ese "vigor" residía en el militar y, por extensión, en las Fuerzas Armadas. El carácter guerrerista de esta opinión tiene que ver con el cambio de actitud de su generación frente a la Primera Guerra Mundial. Como es sabido, durante el siglo XIX, Francia, Inglaterra y EE. UU. habían servido de inspiración a toda la intelectualidad rioplatense que soñaba con acceder al progreso o al mito civilizatorio. La guerra europea les había demostrado la quimera de sus ideas y la relatividad de esos modelos foráneos.

La obra también refleja la preocupación de su clase social por los efectos de una inmigración incontrolada, que alteraba el espacio político y comprometía el poder de los sectores tradicionales. Ese peligro se concretaba en lugares como Buenos Aires, sometida a un urbanismo descontrolado: "el obrerismo artificial que desarrolla esa hipertrofia urbana… ha promovido toda una legislación socialista que reacciona ciegamente contra el capital….Es el círculo vicioso que nos reduce a país de segunda clase, si no sabemos romperlo con oportuna decisión" (36). Obviamente, las últimas palabras llaman a una acción decidida.

Preocupado por la pérdida de identidad y la alteración de las jerarquías sociales que el proceso de inmigración generaba, Lugones propone un nuevo modelo educativo. Interesan aquí los métodos que propone y sus fines, porque revelan la matriz fascista de su ideario: Que se estudie de memoria en la escuela primaria porque "el racionalismo prematuro es causa de indisciplina" (49); que el maestro, al igual que el militar, haga un juramento de fidelidad a la nación y a su bandera (52); que se prohiba cualquier referencia que proyecte la idea de una división clasista de la sociedad; que se haga del ciudadano un soldado (69), ya que éste simboliza la disciplina y el espíritu incondicionalmente al servicio de la patria; que el ciudadano común sea enseñado a respetar las jerarquías sociales, las que deben estar basadas en la capacidad y el prestigio. Dada su procedencia ideológica, no es difícil intuir quienes ocupan en su esquema mental, los puestos jerárquicos en la sociedad.

Dado que el objetivo de esta obra es justificar la necesidad del golpe militar, Lugones denuncia las falencias del sistema político. En el plano histórico, la culpa de todos los males nacionales la carga a "el liberalismo de los constituyentes de 1853 y 1860" (177), quienes con sus políticas de apertura habían creado las bases legales para que el país se manejara desde afuera, algo inadmisible a su concepción nacionalista. Más cerca de su tiempo de vida, las culpas eran más claras: la política, la explotación electoral, el favoritismo, el peculado. La manifestación combinada de esos problemas es para él la "calamidad obrerista," la crisis agraria y el abandono del trabajador rural, argentino en su mayoría, en beneficio del urbano, constituido en su mayoría por extranjeros. También condena la agremiación obrera, la jornada de 8 horas, que arruinaba a los industriales en algunas provincias como Tucumán y San Juan y el establecimiento de un salario mínimo. Para él, estas conquistas sociales eran producto de la influencia del inmigrante. Por ello propone no sólo el control de éstos al llegar, sino también después, reclamando que al extranjero que se le comprueben actividades políticas sea expulsado del país.

Lugones rechaza totalmente la falta de límites en la política inmigratoria. Condena sin reservas el hecho de que ella facilite a los extranjeros ocupar posiciones inadmisibles en el mundo político, lo que hace al inmigrante "insolente y desagradecido"

ante el país y ayuda a llenar el país de indeseables (178). Este problema toma para él una dimensión de catástrofe ante la baja tasa de natalidad y la alta mortalidad entre los criollos (82), lo cual comprometía la consolidación cultural del país. Por ello llega a proponer un manejo controlado del entretenimiento popular por parte de la Liga Patriótica, lo que debía abarcar dos frentes: por un lado fomentar los entretenimientos criollos como el juego de taba o las carreras de caballos y, por otro, apoyar las reuniones sociales que permitieran el encuentro entre los sexos, siempre entre criollos. Las razones de esa preocupación son claras para Lugones: el celibato del campesino (85), lo cual atentaba contra la consolidación de la nación.

La grande Argentina ofrece otras visiones no menos controversiales. Para Lugones, la lucha de clases no es otra cosa que producto del rencor envidioso del pobre hacia el rico (146); que "el gobierno republicano excluye la clasificación entre pobres y ricos;" que la división de la sociedad en clases es también antirrepublicana (146). En su afán por justificar un gobierno de elites descarta el ideal democrático y propone someterse al pragmatismo político, porque "la política como la vida…no se funda en conceptos ni obedece a su lógica" (152). Los principios rectores en cuestiones políticas son denunciados como inventos de quienes defienden el internacionalismo; inventos que de nada sirvieron a la sociedad, como lo demostraba la experiencia rusa con los soviets. Su visión de la revolución bolchevique lo lleva a concluir que las masas son incapaces de gobernarse a sí mismas en forma directa (152).

La condena que Lugones hace del liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX, revela su rechazo a todo el andamiaje ideológico y filosófico que inspirara la construcción del modelo posterior a Caseros. Las falsas premisas del liberalismo eran para él responsables de la debacle de valores en la sociedad. Entre esas negatividades incluye la falsa idea de igualdad entre los hombres y de capacidad innata en el individuo, por el solo hecho de nacer. Esto llevó a que el pueblo creyera que se podía gobernar a sí mismo, como había venido sucediendo hasta entonces, lo cual, a su vez, había impedido la construcción de una nación poderosa:

> La incapacidad del conjunto político llamado pueblo, para comprender y realizar la tarea que dejo expuesta, o sea el plan metódico del progreso nacional conducente al estado de potencia que debe alcanzar la República, es evidente…. La masa es siempre ignorante, anárquica y concupiscente, por la sencilla razón de que el hombre no nace culto, equitativo ni virtuoso….La falacia del ente político, creado por la ideología liberal bajo el nombre de ciudadano, proviene de esa condición nativa…[pues] el hombre no es capaz ni libre por el mero hecho de nacer….Por eso, la sociedad se dirige; es decir, [se] educa mediante la triple acción de escuela, familia y autoridad" (183).

La función del estado es, para Lugones, conciliar los intereses individuales y el interés común (184). La expresión de esa autoridad se proyecta socialmente a través de la disciplina social, la que se concreta a través de la convergencia de la religión, la costumbre y el mando. Pero, dado que las dos primeras son deliberativas, el Estado

cumple con su función de regulador ejerciendo la autoridad, la cual debe estar basada en el prestigio: "El mando es un estado de imposición, determinado por la necesidad social del orden y no se basa en la conformidad, sino en el prestigio" (184). Naturalmente, ese prestigio debe basarse en la idoneidad de quien o quienes ejercen el poder, el cual debe ser elegido por gente idónea. Esto, según Lugones, no incluye al ignorante, al que vota por quien le apaña sus transgresiones (185). De esto deriva su descalificación del gobierno elegido por las mayoría y su instrumento: el sufragio.

La salida de Lugones a lo que el visualiza como el fracaso del liberalismo como ideología, es la asunción del poder por parte del Ejército por un periodo de diez años: "El político piensa en la próxima elección; el estadista en la próxima generación." Para él, el Ejército es ese "estadista" que el país necesita en ese momento histórico. Para justificarlo, sostiene que la Constitución, de hecho, había sido una letra muerta en la corta historia nacional, pues había sido violada cuantas veces había sido necesario por quienes más debían haberla respetado: los políticos. ¿Por qué no una vez más, si con ello se pretendía refundar el país? Su propuesta es clara: era el momento de dejar de lado las ideologías políticas y de confiar en el hombre salvador, el mesías militar. El golpe militar contra Irigoyen quedaba así justificado en nombre de la salvación nacional. El general Uriburu era ese hombre providencial del momento y el Ejército Argentino la institución que le daría el marco de poder necesario para actuar (25). El golpe triunfó, pero la historia que siguió le demostró que su salida ya estaba a contramano de la historia.

En conclusión, la prosa de Lugones representa un itinerario personal que descubre todas las contradicciones de su clase social de pertenencia, la oligarquía, frente a la evolución que ellos mismos impusieran al país, en nombre del mito civilizatorio. La Argentina del centenario es la Argentina soñada por la Generación del 37, interrumpida por el Rosismo, pero recobrada luego de Caseros. Mitre, Sarmiento, Roca y todos los presidentes digitados y llevados al poder fraudulentamente por el vencedor de los indígenas pertenecieron a su clase social y sus políticas desde el poder respondieron a su ideología. Por lo tanto, la Argentina de 1910 era producto exclusivo de sus políticas y su voluntad de construir un modelo liberal de formación nacional.

Sin embargo, explicar su actitud no es difícil. La creación de mitos en toda sociedad responde a la necesidad de encontrarle sentido al presente y Lugones no es la excepción, porque el modelo de país que el liberalismo había construido a partir de Caseros había entrado en una crisis terminal. La inserción del país en la división internacional del trabajo, lejos de ofrecerle una posición estable de control a su grupo, los había arrastrado hacia la inestabilidad inherente a todo nuevo proceso, lo que los venía obligando desde 1880 a recurrir a metodologías fraudulentas y autoritarias para mantener el poder. Por lo tanto, su mitificación de la historia no es más que una huída hacia el pasado en busca de sentido a lo que estaba pasando en el presente.

Por lo tanto, las obras de Lugones revelan que para el centenario del mítico Mayo de 1810, el país todavía no había alcanzado y mucho menos consolidado un modelo de formación definitivo. Por el contrario, las maniobras con que las elites habían mantenido el poder desde la caída de Rosas, las luchas sociales y su represión despiadada, las revueltas cívico-militares, las masacres de trabajadores, la política de exterminación del indígena y de persecusión del gauchaje revelan un divorcio total entre el modelo de formación nacional implementado por la oligarquía y la sociedad. Esto explica no el carácter militar de la historia argentina, como Lugones sostiene para justificar el golpe

militar de Uriburu, sino el carácter faccioso de la misma. Lamentablemente, esta situación en que el estado no pasa de ser una presa al servicio de facciones políticas y no representa la legitimación política de la cultura, niega la existencia de una nación, más allá de que exista como poder compulsivo y se compartan algunos factores culturales. Sus obras verifican esa ausencia imposible de cubrir con la creación de mitos.

6

LITERATURA Y DEFORMACIÓN NACIONAL

El camino recorrido por la literatura argentina a través de los autores que aquí se han comentado, sirve para demostrar varios puntos en relación a la visión de los sectores sociales en los cuales se produce: las clases altas. En primer lugar, Echeverría, Mármol y Sarmiento son conscientes del uso extra literario que estaban dando a sus obras, pero la creencia de que sus privilegios de clase acomodada o prestigiosa heredada de la colonia era una cosa normal, les impide ver la parcialidad de sus puntos de vista. Esto los lleva a expresar sin reservas su derecho al poder, sobre la base de que se consideraban intelectualmente superiores al resto de la sociedad. Puesto que esa superioridad tenía un origen de clase y es considerada natural por ellos, es que no se controlan al momento de representar a los sectores desposeídos de la sociedad. Esa ceguera de clase también les impide considerar la parte de culpa de su sector de pertenencia social en el mantenimiento de la estructura colonial, al fin y al cabo la base del atraso y de la existencia de una sociedad estratificada, que no ofrecía otra salida que la de someterse al amo para poder sobrevivir.

Otro aspecto digno de destacar es que su intelectualidad fue postiza, ya que no fue producto de una evolución personal de frente a su propia realidad, sino de la voluntad de adaptar o adoptar ideas extranjeras. La mitificación de Francia y sus intelectuales, que se consolida con el retorno de Echeverría en 1830 y más adelante del desarrollo norteamericano, los lleva a tomar como verdad absoluta lo que allí se genera, lo que los priva de originalidad y ecuanimidad. Lamentablemente, esta actitud se trasbasa con el tiempo a la sociedad para definir una cultura esnobista en el area del puerto, la que se irradia imprimiendo un carácter imitativo a la cultura nacional. La tan mentada dependencia económica del siglo XX arranca en la dependencia intelectual que las elites impusieron en el siglo XIX.

En definitiva, la producción literaria de estos autores, lejos de intentar promover una formación nacional armoniosa, en que el estado representara la legitimación política de la cultura, se dedicó a descalificar al pueblo culpándolo por lo que pasaba, con el fin de imponer un modelo a espaldas del nivel de desarrollo histórico de la sociedad, copiado o adaptado de ideas desarrolladas en Europa o los Estados Unidos. Que el modelo sugerido e impuesto luego del derrocamiento de Rosas era incongruente con la forma de ser del pueblo argentino, lo prueba en el siglo XX Leopoldo Lugones con sus obras, cuando imposibilitada su clase social de detener la historia y el ascenso de la clase media al poder, se vuelca totalmente contra el derecho del pueblo a elegir su propio destino a través del sufragio, acusándolo de incapaz. Por lo tanto, las obras literarias de todos estos autores, más allá del mérito literario de su forma, antes de servir a la formación nacional, en realidad sirvieron a la deformación nacional, porque promovieron intelectual y artísticamente un estado excluyente, el prejuicio social y, sobre todo, una visión distorsionada e interesada de la realidad nacional, en nombre de sus intereses de clase.

OBRAS CITADAS

Alberdi, Juan B. Autobiografía. La evolucion de su pensamiento. 3ra. ed. Bs. As. : Jackson, 1945

---. Bases. 3ra. ed. Bs. As.: Jackson, 3ra. ed. 1957

---. Cartas Quillotanas. Bs.As.: La Cultura Argentina, 1916.

Anderson, Benedict. Imagined communities. London: Verso, 1983.

Bhabha, Homi K. Nation and Narration. N. York: Routledge, 1994.

Blomberg, Héctor Pedro. Las puertas de babel. Bs. As.: "Buenos Aires" Cooperativa Editorial Limitada, 1920.

Bruno, Paula. Travesías intelectuales de Paul Groussac. Quilmes (Argentina): Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

Bowle, John. Politics and opinions in the nineteenth century. N. York: Oxford U.P., 1954

Cambaceres, Eugenio. En la sangre. Obras completas. Santa Fe: Castellvi, 1968.

---. Sin rumbo. Obras completas. Santa Fe: Castellvi, 1968.

Charle, Christophe. Social History of France in the Nineteenth Century. Tr. Miriam Kochan, Oxford: Berg, 1991.

Danero, E.M.S. Prólogo. "Algunas observaciones y notas sobre Eugenio Cambaceres" Obras completas. Santa Fe: Castellvi, 1968.

De Tocqueville, Alexis. Democracy in America. N. York: Knopf, 1945.

Echeverría Esteban. "Primera lectura para el Salón Literario." El Ensayo Romántico. Ed. Adolfo Prieto. Bs. As.: Centro Editor, 1967.

---. "Segunda Lectura". Reflexiones sobre la organización económica de la Argentina. Bs. As.: Raigal, 1953.

---. El Matadero. Prosa Literaria. Bs. As.: Estrada, 1955.

---. Dogma Socialista. 2da. ed. Buenos Aires: Jackson, 1944.

---. "Clasicismo y Romanticismo". Prosa Literaria. Bs. As.: Estrada, 1955.

---. "Objeto y fines de la instrucción pública" . Los ideales de Mayo y la tiranía. Bs. As.: Jackson, 1945.

---. "Sentido Filosófico de la Revolución de Febrero en Francia" Los Ideales de Mayo y

la Tiranía. Bs. As.: Jackson, 1945.

---. La Cautiva. Cantos. Bs. As.: Jackson, 1944

Fox-Genovese, Elizabeth. "Literary criticism and the politics of the New Historicism." The New Historicism. Ed. H. Aram Veeser. N. York: Routledge, 1989. 213-224.

Faulkner, Harold Underwood. American Political and Social History. 7th ed. N. York: Appleton, 1957.

Franco, Jean. "The nation as imagined community." The New Historicism. Ed. H. Aram Veeser. N. York: Routledge, 1989. 204-212.

Geary, Patrick. J. The myth of nations. Princeton: Princeton U.P., 2002.

Gellner, Ernest. Nations and Nationalism. Ithaca, N.Y.: Cornel U.P., 1983.

Goetzmann, William H. "James Fenimore Cooper: The Prairie." James Fenimore Cooper Society Website (http://www.oneonta.edu)

Gray, John. Black Mass. Apocalyptic Religion and The Death of Utopia. N. York: Farrar, Straus and Giroux, 2007.

Groussac, Paul. Del Plata al Niágara. Buenos Aires: Jesús Menendez, 1925.

Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo. México: Fondo de cultura económica, 1962

Irazusta, Julio. Genio y figura de Leopoldo Lugones. Bs. As.: Eudeba, 1968.

Jameson, Fredric. The Political Unconcious. Ithaca: Cornell U. P., 1981.

Lipson, Leslie. The Great Issues of Politics. Englewood, NJ: Prentice Hall, 1957.

Lynch, John. The Spanish American Revolutions 1808-1826. N. York: Norton, 1986.

Lugones, Leopoldo. Roca. Bs. As.: Coni, 1938.

---. Historia de Sarmiento. Bs. As.: Comisión de fomento interamericano, 1945

---. El imperio jesuítico. 2da. Ed. Obras en prosa. México: Aguilar, 1962.

---. La guerra gaucha. Obras en prosa. México: Aguilar, 1962.

---. El payador. Obras en prosa. México: Aguilar, 1962

---. La grande Argentina. Bs. As.: Huemul, 1962.

---. "Didáctica". Antología de la prosa. Ed. Leopoldo Lugones (hijo). Bs. As. Centurión, 1949.

Mannheim, Karl. Ideology and Utopia. N. York: Harcourt, 1936 (Reimpresión, sin fecha)

Mercado, Juan Carlos. Building a Nation. The Case of Echeverría. Lanham: University Press of America, 1996

Mill, John S. Utilitarianism. On liberty. Essay on Bentham. Cleveland: The World, 1962.

Montesquieu. The spirit of the laws. N. York: Hafner, 1966.

Montrose, Luis A. *"The poetics and politics of cultura"* The New Historicism. Ed. H. Aram Veeser, ed. N. York: Routledge, 1989. 15-24.

Moreno, Ismael. El matadero. Bs. As.: Selecta, 1921.

Palazzo, Juan. La casa por dentro. Bs. As.: Imprenta Lopez, 1921.

Palcos, Alberto. Sarmiento. Buenos Aires: El Ateneo, 1938.

Pascarella, Luis. El conventillo. Bs. As.: La lectura, 1917.

Pearce, Roy Harvey. Savagism and civilization. Baltimore: J. Hopkins Press, 1967.

Rama, Angel. Rubén Darío y el modernismo. Caracas: Alfadil, 1985.

Rockland, Michael Aaron. Sarmiento's Travels in the United States in 1847. Princeton: University Press, 1970.

Sarmiento, Domingo F. Viajes Buenos Aires: kapeluz, 1971.

---. Conflicto y armonías de las razas en América. Buenos Aires, 1915.

---. Recuerdos de provincia. Bs. As.: Jackson, 1944.

---. Facundo. Civilización y barbarie en la República Argentina. Madrid: América, 1916.

Seton-Watson, Hugh. Nations and states: An enquire into the origin of nations and the politics of nationalism. Boulder: Westview Press, 1977

Voltaire. Political writings. Cambridge: Cambridge U.P. 1994

---. Essay on the Manners and Spirit of Nations.The portable Voltaire. Ed.Ben Ray Redman. Kingsport: Penguin, 1940.

White, Hayden. Tropics of discourse. Baltimore: John Hopkins, 1978.

Wilde, Eduardo. Aguas abajo. Bs. As.: Huemul, 1964.

Williams, Raymond. Marxism and Literature. N. York: Oxford U. P., 1977.